

México 2025. El futuro se construye hoy

Autores:

Luis Rubio, Oliver Azuara, Edna Jaime, César Hernández
Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C. (CIDAC)

Prólogo

Ing. Carlos Fernández González

México tiene un enorme potencial que no hemos sabido cabalmente aprovechar. Es un tanto paradójico que convivan en el país situaciones de pobreza extrema con casos exitosos en el ámbito internacional, que coexista un potencial inexplorado con una distribución del ingreso que nos vulnera. Nos hemos quedado cortos no sólo en términos de los comparativos de competitividad que se publican con tanta frecuencia, sino sobre todo, en relación al potencial de la economía y respecto de las necesidades de muchos mexicanos.

Así, la mejoría de la competitividad y la búsqueda de un desarrollo sólido y duradero tienen que ser vistas no sólo como un imperativo económico sino también moral. Desaprovechar las posibilidades del desarrollo es doblemente erróneo: no sólo dejamos dinero en la mesa sino que fallamos injustamente en el gran proyecto de disminución marcada de la pobreza.

El libro que el lector tiene en sus manos constituye una invitación a la reflexión. Se trata de un planteamiento sobre lo que sería necesario activar y reencauzar para permitir el desarrollo del país en una dirección que beneficie a toda la población. Mi propósito al pedirle a los profesionales del CIDAC que realizaran este texto ha sido el de provocar ideas y forzar la discusión sobre los temas que exigen atención y resolución para que el país efectivamente pueda romper con los círculos viciosos que por años le han impedido emprender y avanzar sobre la senda del desarrollo. El libro no tiene intención política alguna. En un mundo globalizado, ya no se

puede hablar de izquierda o de derecha más que en la correcta, responsable y atinada aplicación de los fondos gubernamentales. En general, los gobiernos de izquierda se preocupan más por el desarrollo social y la eliminación de la pobreza, en tanto que los de derecha enfatizan los asuntos relacionados con la inversión y el crecimiento. Pero debemos ser muy realistas: “el desarrollo exige la atención decidida de ambos componentes”. Nadie puede hablar de desarrollo si persiste la pobreza, ni puede lograrlo si no se crean condiciones propicias para el crecimiento de la economía.

El libro nos hace ver aspectos del desarrollo que muchas veces en México pasamos por alto. Nos recuerda la naturaleza volitiva del mismo, insiste en que el desarrollo no puede darse por generación espontánea sino sólo con el concurso de los integrantes de la sociedad que toman una decisión afirmativa a favor del proyecto de modernización del país. Así ha sido en el resto de los países exitosos. Todo empieza por la definición de la voluntad de desarrollo y las reformas fluyen como corolario de esta expresión.

Nos invita a desechar el excepcionalismo mexicano que con frecuencia es pretexto para evadir las cuestiones del desarrollo. Subraya que el común denominador de los casos exitosos son la estabilidad macroeconómica, la competencia en el mercado, el incremento en la productividad y el cumplimiento de contratos.

Nos recuerda también que el desarrollo es costoso, que requiere de la organización de la sociedad y de la dedicación de significativos recursos de inversión sobre todo para la mejora del capital más precioso con que contamos, nosotros mismos, y hacer del “conocimiento y la educación las palancas del desarrollo”.

Que la oposición a muchas de las reformas surge la mayoría de las veces de intereses económicos claros que hay que atender y sólo en ocasiones por consideraciones ideológicas.

Enfatiza que el desarrollo y la competitividad son conceptos por naturaleza prospectivos: sólo tiene sentido ser competitivo mañana y no, desde el punto de vista económico, si lo fuimos ayer. Nos cuesta mucho trabajo entender esto por la

querencia de vivir “aferrados al pasado”, incluso de idealizarlo. Por eso el libro nos reta a construir el futuro hoy, a optar entre “seguir peleándonos por volver al pasado” o “hacer posible el futuro” y desarrollarnos.

Argumenta que el desarrollo es posible: que México puede volverse un país desarrollado en una generación y, si hacemos las cosas bien, contar con una clase media mayoritaria y, por lo tanto, reducir la pobreza significativamente. Para esto el “desafío es organizarnos de una manera adecuada para poder adoptar las medidas necesarias de carácter técnico. Y éste es un proceso político”, relacionado con la voluntad del desarrollo.

Nos reta a hacer un gran pacto—cimentado en el imperio de la ley—que permita el desarrollo y el crecimiento. Como parte de este pacto señala la necesidad imperiosa de un acuerdo intergeneracional para resolver simultáneamente el problema actuarial de las pensiones y la necesidad de las reformas por todos conocidas para apuntalar la competitividad.

Finalmente, nos invita a un tiempo de innovar para construir nuestro propio futuro, a darnos un rumbo a favor de la modernización y el desarrollo.

Los invito a leer con detenimiento este documento que abre un panorama por todos conocido pero por pocos meditado.

Introducción

Los mexicanos vivimos aferrados al pasado. Tendemos a preferir las certezas de lo que ya conocemos sobre las oportunidades que ofrece el mundo moderno. Pero la realidad es que todos los países que son ricos ven para adelante. Ver hacia adelante es el reto más grande que tiene el país frente a sí.

El pasado ejerce una poderosa atracción. La historia, tradición y cultura de cada país se puede apreciar viendo hacia atrás. El pasado también ofrece un marco de certidumbre, una sensación de seguridad frente a un futuro lleno de cosas desconocidas e inciertas. Es por esto que es muy natural idealizar al pasado, aun cuando no haya sido tan bueno como parece en retrospectiva y resulte simplemente imposible recrearlo. Tenemos que comenzar a pensar hacia el futuro,

construir los cimientos de un país creciente, competitivo y rico. Tenemos que dejar de aferrarnos al pasado. Tenemos que cambiar para construir algo mucho mejor. Ese es el tema de este libro.

Todo mundo quiere mejorar y siempre tiene expectativas de un futuro mejor. Sin embargo, el futuro no se da por sí mismo. El futuro se construye día a día. Aunque no nos demos cuenta, cada una de nuestras acciones –e inacciones- va dándole forma al porvenir. Quienes nos precedieron en generaciones anteriores tomaron decisiones que dieron forma a lo que hoy tenemos. La mayoría de aquellos hombres y mujeres no estaba consciente de que cada uno de sus actos impactaba la realidad de una manera directa. Pero el hecho es que lo que hicieron ayer arroja los resultados que hoy tenemos.

Es en este sentido que tenemos que comenzar a pensar sobre el futuro: Si queremos que el futuro sea diferente, tenemos que emprender acciones hoy que cambien el resultado más adelante. Este es el punto clave: si extrapolamos las principales tendencias de la realidad nacional en la actualidad, lo que encontraremos son escenarios muy poco atractivos a veinte años de distancia. Por ejemplo, sin un cambio en la estructura de la educación actual, el país será incapaz de generar empleos en el sector de servicios, sobre todo en las ramas que más valor agregan (como software) y que, por lo tanto, son los que ofrecen el mayor potencial de elevar el ingreso de la población. Lo mismo se puede decir de temas como el de la infraestructura física del país. El punto es que, si no llevamos a cabo ajustes importantes hoy, el futuro será peor que el presente.

En algunos campos, el problema es mucho más impactante de lo aparente. En el ámbito de la economía, podría parecer que un crecimiento adicional del PIB de 1% cada año es algo deseable, pero no muy significativo. Sin embargo, si uno observa los números, las implicaciones acumuladas de un cambio minúsculo son enormes. Por ejemplo, si la economía crece 3% en promedio cada año, como lo ha hecho en los últimos, en el veinteavo año tendremos una economía 80% más grande que al inicio. Pero si le pudiéramos agregar un crecimiento adicional de 1% cada año, el resultado sería un 120% de crecimiento acumulado en ese mismo periodo. Un país que crece al 2% por año tarda treinta y cuatro años en duplicar el tamaño de

su economía, en tanto que un país que crece al 6% lo logra cada doce años. A primera vista, la tasa de crecimiento es una medida simple de desempeño de una economía; sin embargo, en el largo plazo es un factor de transformación integral de una sociedad y de un país. Puesto en otros términos, un pequeño cambio en el ritmo de crecimiento tiene una enorme trascendencia. El problema es que no hemos hecho, ni estamos haciendo, nada para lograr semejante resultado.

Los mexicanos hablamos mucho del crecimiento económico, pero nos rehusamos a construir las condiciones que serían necesarias para que éste se dé. El problema no es de bondad o maldad, sino de capacidad de acción gubernamental y de claridad de enfoque por parte tanto del gobierno como del conjunto de la sociedad. En el pasado se hicieron cosas buenas y malas, en ocasiones de manera premeditada, pero generalmente más como resultado de las circunstancias del momento. Lo que el país requiere en la actualidad es definir un camino sostenible hacia el futuro y, con base en ello, emprender las acciones pertinentes para que sea posible alcanzarlo en un plazo razonable.

Si analizamos el perfil demográfico del país, es decir, la composición de la población por edades, nos vamos a encontrar con que en los próximos veinticinco años la población del país llegará a su punto máximo (alrededor de 130 millones de personas) y, en ese mismo periodo, el segmento más grande de la misma dejará de ser el de los más jóvenes, para ir avanzando hacia los de edad media. Es decir, la población dejará de parecer una pirámide y comenzará a adquirir la forma de un hongo: grande en el centro y más pequeño en la base. Este cambio, que es perfectamente anticipable porque todos esos mexicanos ya nacieron, entraña el mayor reto de nuestra historia: tenemos la excepcional oportunidad de convertir a esa población de edad intermedia en el “jalón” que el país necesita para pasar a formar parte de las naciones ricas de la Tierra, pero también el riesgo de que, de no hacer nada, no sólo desaprovechemos la oportunidad, sino también dejemos a una población numerosa de mayor edad cada vez más pobre. El resultado de esta disyuntiva dependerá de lo que se haga el día de hoy.

Gráfica I.1

Población total 2000 - 2050

Fuente: Proyecciones y estimaciones del CONAPO con base en el XII Censo General de Población y Vivienda, 2000.

Un tema central que el país se ha rehusado a reconocer es el hecho de que la riqueza no se crea de la nada. Son las empresas las que crean la riqueza, son las empresas las que generan empleos y son las empresas las que le dan dinamismo a la economía. Muchas personas parten del principio de que le debe ir mejor a México para que le vaya bien a las empresas, cuando la realidad es exactamente la contraria: Las empresas deben mejorar, deben transformarse y deben contar con un marco de acción que haga propicio su desarrollo para que al país le vaya mejor. No hay progreso sin empresas y no hay empresas prósperas en ausencia de un marco normativo y legal que les permita operar, crecer, competir y funcionar de manera normal. Ese es el verdadero dilema que enfrenta el país en la actualidad, pues el entorno vigente no facilita hacer negocios y con ello lograr que las empresas crezcan y se multipliquen.

Algo seguro es que lo que hemos estado haciendo en los últimos años no es suficiente o incluso adecuado para lograr el resultado deseado. Si todos estamos de acuerdo en que lo imperativo es elevar la tasa de crecimiento y mejorar en el camino su distribución, tenemos que arremangarnos las mangas y comenzar a hacerlo efectivo. El futuro no espera y mientras más tardemos en hacerlo nuestro, mayor será el riesgo de perder una oportunidad generacional que no volverá a presentarse.

Pasado, presente y futuro

El principal reto de México en la actualidad es el de construir una estructura económica que le permita enfrentar con éxito el enorme reto social que caracteriza al país y darle vitalidad a la sociedad mexicana. Aunque enorme en dimensiones, es posible salir avante enfrentando este desafío porque existen los mecanismos y el conocimiento suficiente para poder resolver nuestras dificultades. El verdadero reto no es de naturaleza económica, pues existen soluciones técnicas que han sido probadas en una nación tras otra. Nuestro desafío es el de organizarnos de

una manera adecuada para poder adoptar las medidas necesarias de carácter técnico. Y éste es un problema político.

Definir y adoptar una estrategia de desarrollo económico entraña dos componentes fundamentales. Por una parte, requiere de la definición cabal de un conjunto de factores económicos que son conocidos y sobre los cuales existe una historia larga, tanto en México como en otras latitudes. Es decir, las medidas que serían necesarias adoptar para dar un gran salto hacia adelante no son esotéricas ni particularmente complejas. Existe una vasta experiencia en materia económica sobre las formas y medidas que requiere adoptar una economía para crear las condiciones que le permitirían crecer de manera sostenida por largos periodos. Algunas de esas medidas son relativamente fáciles de adoptar, en tanto que otras requieren de decisiones políticas que con frecuencia son difíciles. Entre las primeras se puede hablar de la infraestructura, el ahorro de la sociedad o las instituciones (como los bancos o las entidades reguladoras gubernamentales) que cumplen funciones esenciales para el desarrollo económico. Entre las segundas se encuentran temas como el de la estructura y contenido del gasto público, la conformación de un sistema de justicia que garantice el reino de la ley y la transformación de las relaciones laborales, temas todos que entrañan la afectación de intereses particulares. Es decir, aunque es relativamente sencillo definir lo que debe contener un plan de desarrollo, pues eso es un factor de carácter técnico, la dificultad de instrumentarlo reside en el terreno de la política, donde tienen que dirimirse las diferencias, conciliarse intereses contradictorios y crear las condiciones que permitan adoptar las medidas técnicas y económicas.

El pasado y los vicios que se mantienen

Se discute mucho sobre el “modelo” económico que requiere el país para lograr su desarrollo. Por casi medio siglo, el país siguió un modelo de desarrollo fundamentado en el desarrollo industrial a partir de la sustitución de importaciones. Ese modelo hizo posible que la economía creciera de manera constante y sostenida por varias décadas, hasta que dio de sí. Pero la verdadera

razón del éxito económico de aquella época radica menos en la substitución de importaciones que en el hecho de que existió estabilidad macroeconómica y jurídica: es certero que cualquier esquema económico sustentable hubiera podido ser exitoso bajo esas condiciones. Además, independientemente de su éxito temporal, el modelo de substitución de importaciones no tenía viabilidad de largo plazo: llegó un momento en el que las exportaciones que el país realizaba (sobre todo agrícolas y minerales), y que servían para financiar la importación de partes y componentes que requería la industria, comenzaron a declinar, creando problemas sistemáticos en la balanza de pagos. Es decir, llegó un momento en el que el déficit generado por la diferencia entre nuestras importaciones y nuestras exportaciones resultó ser demasiado grande y creciente para seguir funcionando. A partir de ese momento, la economía no sólo dejó de crecer a tasas elevadas, sino que entró en la fase de crisis económicas recurrentes

La adopción de un nuevo modelo económico a partir de mediados de los ochenta fue consecuencia de la necesidad de enfrentar ese nuevo reto: cómo reorganizar a la economía mexicana para que fuera capaz de recrear el crecimiento económico de una manera sostenida. Poco a poco, se fueron instrumentando diversas decisiones para darle forma al nuevo modelo de desarrollo. En su esencia, el objetivo era incorporar a la economía mexicana a la economía mundial a fin de generar un mercado suficientemente grande para nuestros productos y, con ello, generar riqueza y empleos en el país. Pero, para poder funcionar debidamente, el nuevo modelo requería cambios importantes no sólo en materia estrictamente económica, sino también en el terreno político. Y ahí es donde el modelo nunca avanzó mayor cosa.

Mientras que se avanzó mucho en terrenos como el comercial y el fiscal (donde se abrieron nuevos mercados y se reestructuró el gasto público para hacer posible el financiamiento de las empresas), no se avanzó en igual medida en terrenos como el sindical, el de los enormes pasivos laborales que se han venido acumulando tanto en los gobiernos estatales y federal, así como en las empresas paraestatales. Es decir, los avances han sido parciales, creándose muchas

distorsiones que han impedido una reactivación económica sostenida. Por ejemplo, aunque el gobierno ha reducido y controlado severamente su gasto, las pensiones de las entidades gubernamentales han crecido de manera exponencial, comiéndose una parte creciente del gasto público, e impactando a los mercados financieros

. De esta manera, aunque el gobierno ha manejado el gasto público con prudencia, el gasto en esas pensiones ha disminuido el financiamiento potencial para las empresas. Algo semejante ha ocurrido en el terreno de la legalidad y la seguridad pública, factores esenciales para que una empresa invierta. En unas palabras, aunque se ha avanzado en muchos terrenos, hay otros que siguen anquilosados y paralizados por los intereses burocráticos, sindicales y privados que se benefician de la forma en que se encuentran las cosas como están y, por lo tanto, no las quieren cambiar.

Las reformas emprendidas a la fecha fueron, en su mayoría, avanzadas y atrevidas en un principio, sobre todo porque no existían precedentes en el país para semejante estrategia. Sin embargo, el tiempo ha mostrado que las reformas emprendidas a la fecha han sido insuficientes o, en todo caso, muy limitadas. Luego de un principio inspirado en una clara visión, aunque no siempre igual diligencia en la consecución del objetivo, las reformas se paralizaron y hoy, varios años después, nos encontramos con que el país no avanza porque no hay condiciones para que prospere la inversión y, por lo tanto, para que crezca la economía.

Lo anterior no implica que las reformas emprendidas hayan sido erradas. La mayoría no fue tan solo benigna, sino que creó oportunidades que hasta ese momento eran imposibles. La liberalización de importaciones, quizá la política más seria y de largo alcance que se haya emprendido en este proceso, ha sido extraordinariamente benéfica para la economía en su conjunto, pues ha permitido desarrollar mercados antes inexistentes, ha facilitado la modernización de un aparte importante de la planta productiva del país y a ella se le debe prácticamente la totalidad del crecimiento económico de la última década. Es decir, aunque sin duda hay algunas empresas y, en algunos casos, sectores

productivos, que sufrieron como resultado de las importaciones, la economía en general se ha beneficiado. Dicho lo anterior, es evidente que falta crear condiciones propicias para que un número mucho más grande de empresas, nuevas y viejas, pueda prosperar en este entorno y eso seguramente requerirá de acciones gubernamentales en frentes tan diversos como el de la infraestructura y la regulación, la política fiscal y el desarrollo de mecanismos de apoyo a la transformación de la planta productiva nacional.

A pesar de los beneficios que ha traído consigo el modelo económico de los últimos años, todo lo anterior explica la razón por la cual el modelo económico ha sido menos exitoso de lo que debió haber sido y porqué es tan criticado por muchos políticos e intereses. Algunos lo critican porque no ha logrado sus objetivos, en tanto que otros se oponen a su instrumentación cabal porque afecta sus intereses particulares. Lo lamentable es que ambas cosas van de la mano: el modelo ha funcionado de manera inadecuada y, sobre todo, insuficiente, debido a que no se ha instrumentado a cabalidad; por otra parte, no se puede instrumentar a cabalidad porque hay innumerables intereses que se benefician de que no se instrumente. Este es un problema no del modelo, sino de la estructura política del país que ha sido incapaz de conciliar las posiciones contrapuestas para hacer posible el funcionamiento integral del modelo.

Quizá la crítica más acabada al modelo económico es la que se deriva no de los intereses particulares que prefieren la situación existente, sino de la lucha por el poder que caracteriza al país en la actualidad. En la arena electoral, la falta de logros en materia económica constituye una mina inagotable de oportunidades para avanzar sus planes y proyectos de desarrollo. Cuando una persona compite por el poder, emplea todos los medios a su alcance para avanzar su causa y, evidentemente, la ausencia de un crecimiento económico elevado y sostenido constituye una oportunidad excepcional para construir una candidatura. Todo esto ha generado ingentes oportunidades para criticar al modelo sin proponer una alternativa que fuese viable y atractiva a una misma vez.

Quienquiera que sea presidente en el futuro va a requerir de un modelo económico que permita lograr tasas elevadas y sostenidas de crecimiento

económico. Aunque fallo en lograr ese objetivo, el modelo económico de mercado, con finanzas públicas en equilibrio, y que existe en la actualidad es, en buena medida, el único posible. Como se mencionaba con anterioridad, sus carencias se deben más a lo que falta por instrumentarse que a su concepción integral. A diferencia del modelo de sustitución de importaciones que se siguió en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, el modelo actual tiene una concepción integral donde todas las piezas cuadran. Lo que nos hace falta es poner todas esas piezas en su lugar.

Entre el crecimiento poblacional y mediocridad económica

El país nunca ha planeado su desarrollo. En el curso de su historia se han adoptado diversas medidas orientadas a propiciar el desarrollo económico. Sin embargo, más allá de la estrategia de desarrollo, nunca se planeó, de manera concienzuda, el objetivo que se pretendía lograr. En la mayoría de los casos, las medidas de política pública encaminadas a buscar mayor desarrollo del país no han tomado en cuenta las condiciones sociodemográficas de nuestra sociedad, con lo que su efecto se vuelve transitorio o incipiente en el mejor de los casos.

Durante los últimos treinta años, el total de la población en México se ha incrementado en más de cincuenta millones de personas, al pasar de 57 millones de mexicanos a más de cien. Es decir, en menos de un siglo el número de habitantes habrá crecido como nunca en la historia.

La mayor preocupación dentro de la agenda pública durante los decenios anteriores fue lograr la mayor cobertura de los servicios básicos para una población en crecimiento, particularmente dentro de los centros urbanos. Así, las prioridades de los gobiernos en turno fueron aumentar el número de escuelas, hospitales, agua, drenaje, electricidad, entre otras, a la mayor velocidad posible, sin control de calidad en los servicios y mucho menos bajo un esquema claro de desarrollo. Conforme iban surgiendo mayores carencias y problemas, especialmente en los centros urbanos, las acciones de gobierno se han encaminado a resolver la coyuntura, a pesar de que muchas de estas soluciones no son sostenibles en el mediano plazo e incluso van en contra del propio

desarrollo.

Esta forma de acción gubernamental fue insuficiente para satisfacer los requerimientos de una sociedad cada vez más compleja. El centralismo de la estructura administrativa y de la toma de decisiones, en otro tiempo eficientes, no permitieron lograr una expansión demográfica y social ordenada.

Lo que es peor, las malas decisiones de política pública fueron un factor decisivo para el mal desempeño de nuestra economía durante la última parte del siglo XX. El indicador más importante, la tasa de crecimiento económico, fue apenas de 1.56% en promedio anual entre 1970 y 2000, lo cual ha significado una barrera para la creación de empleos que se deriva del crecimiento demográfico.

Si se observa el comportamiento de la oferta agregada, tenemos que los tres elementos que determinan la productividad total de nuestra economía se han desacelerado en forma considerable durante el mismo periodo. La acumulación de capital y fuerza de trabajo, así como la productividad total de los factores se ha frenado significativamente. Las crisis recurrentes hicieron que la acumulación de capital físico tuviera una desaceleración, e incluso disminuyera. La falta de acumulación de capital físico se vio además exacerbada por la apertura que volvió obsoleto a buena parte del capital existente. En general es mejor abrir la economía cuando se está en condiciones de reemplazar el capital sujeto a obsolescencia y no cuando la economía, por razones macroeconómicas, tiene dificultades para acumularlo con celeridad. El patrimonio generador de riqueza, poco a poco se ha ido depreciando y no lo hemos sustituido a la velocidad requerida, lo que en sí representa un freno para el crecimiento económico. Al mismo tiempo, los procesos de aprendizaje laboral se desperdiciaron y depreciaron en varias ramas de la economía, la rentabilidad educativa disminuyó al igual que la productividad total de los factores. Todo ello ha contribuido a que la productividad y eficiencia de la economía mexicana no sean los óptimos y explica nuestro estancamiento. La informalidad, solución de corto plazo al problema del desempleo, fortalece aún más este círculo vicioso.

Tabla III

SEQ Tabla_II. * ARABIC

.

Fuentes de Crecimiento Económico en México

Fuente

1965 -1979

1980-2003

1996-2003

PIB

6.5

2.6

3.5

Tasa de Crecimiento de Factores

Capital

6.1

3.4

3.8

Trabajo

3.6

3.0

2.4

Productividad Total de Factores

2.1

-0.5

0.7

Contribución de Factores al Crecimiento Económico

Capital

2.0

1.1

1.2

Trabajo

2.4

2.0

1.6

Productividad Total de Factores

2.1

-0.5

0.7

Fuente: Fondo Monetario Internacional. GDP growth, potencial output and output gaps in Mexico, 2004.

La transformación que se decidió hacer de nuestra economía al abrirla al comercio internacional cambió la estructura del producto interno bruto en forma significativa. Debido a las asimetrías internas y a la falta de coordinación entre los agentes de la economía, todos los componentes presentaron una disminución en su tasa de crecimiento, con excepción de las exportaciones. Sin embargo, el alto contenido de importaciones con el que cuentan las manufacturas mexicanas de exportación –principal mercancía intercambiada

, impiden que este sector tenga un mayor impacto en el crecimiento económico.

Tanto la formación de capital como el consumo privado, elementos fundamentales para el mayor dinamismo económico, no han crecido. Como resultado de ello, ha habido una recomposición de la demanda agregada –consumo privado, consumo público, formación de capital, exportaciones e importaciones

ha variado, tal como se muestra en el siguiente cuadro.

Tabla III

SEQ Tabla_II. * ARABIC

.

Composición de fuentes de Gasto del PIB

Periodo

Consumo Privado

Consumo Público

Formación de Capital

Exportaciones

Importaciones

1970

71.9

7.2

20.0

7.8

9.7

1980

65.1

10.0

27.2

10.7

13.0

1990

74.0

8.9

19.0

19.8

21.0

1995

66.9

10.4

16.1

30.4

27.7

2000

71.0

10.1

21.5

36.2

38.8

2001

73.0

9.9

20.3

35.0

38.3

2002

73.5

9.8

20.0

35.2

38.5

2003

73.3
9.7
19.6
35.2
37.8

2004
73.3
9.2
20.2
37.8
40.6

2005
73.9
8.9
20.8
38.6
42.1

Fuente: Fondo Monetario Internacional. GDP growth, potencial output and output gaps in Mexico, 2004.

Como resultado de este desempeño de nuestra economía, el ingreso promedio en 1970 fue de de 3,800 dólares, mientras que en 2003 fue de 6,300 dólares, a precios constantes. Esta tasa de crecimiento es bastante mediocre al compararla con la obtenida por otros países, particularmente durante los últimos quince años, durante los cuales el incremento de la población en edad laboral ha sido considerable.

Gráfica III

SEQ Gráfica_II. * ARABIC

Crecimiento del Ingreso Per Cápita por País (1970 – 2000)

Fuente: Cálculos propios con base en datos de Penn World Table

http://pwt.econ.upenn.edu/php_site/pwt61_form

Este desempeño económico ha obligado a un gran porcentaje de las familias a buscar alternativas para poder tener el ingreso suficiente que les permita satisfacer sus necesidades básicas. De esta forma, el ingreso familiar promedio de los hogares en México no ha tenido un crecimiento sostenido, y con ello el porcentaje y número absoluto de población viviendo en condiciones de pobreza no se ha reducido en forma significativa.

Gráfica III.

SEQ Gráfica_II. * ARABIC

Distribución de la población por clase social

(1989-2004)

Fuente: Székely (2005).

La falta de empleo formal remunerado es la variable que mejor puede explicar este comportamiento, pues las familias han debido acudir al mercado al informal para realizar actividades mediante las cuales pueden obtener un ingreso. Hoy en día, por cada empleo formal dentro de nuestra economía, existen 1.5 empleos informales, en promedio. De tal magnitud es el desempleo.

Gráfica III

SEQ Gráfica_II. * ARABIC

Evolución del Empleo Formal e Informal en México

FUENTE: Encuesta Nacional de Empleo 1998-2004. Cálculos propios.

El gran crecimiento poblacional, el desempeño económico mediocre y la falta de una estrategia clara de desarrollo han sido los elementos para propiciar un aumento del número absoluto de personas que viven en condiciones de pobreza, según la definición oficial adoptada por el gobierno mexicano en 2002.

El Comité Técnico para la Medición de la pobreza ha aplicado esta metodología únicamente para las ENIGHs que fueron levantadas para los años 2000, 2002 y 2004, aunque, es posible utilizarla para encuestas similares que fueron levantadas entre 1984 y 1998. Para periodos anteriores, la Secretaría de Desarrollo Social ha hecho estimaciones de estas tres líneas para el periodo comprendido entre 1950 y 1984, a partir de encuestas realizadas por el gobierno federal y que son representativas a nivel nacional.

Gráfica III.

SEQ Gráfica_II. * ARABIC

Población total en condiciones de pobreza (1992-2002)

Fuente: Fuente: Székely, Miguel (2005).

De la gráfica anterior destacan cuatro hechos. En primer lugar, entre 1950 y 1985 hubo una disminución constante de la población en condiciones de pobreza. Segundo, durante el periodo 1989-1994, pese que se tuvieron tasas de crecimiento económico positivas, la pobreza en todos sus niveles aumentó, lo cual indica que dicho crecimiento no necesariamente benefició a la población con menores niveles de ingreso y que los programas para la reducción de la pobreza no fueron direccionados correctamente.

En segundo lugar, entre 1998 y 2000, periodo durante el que se tuvo la mayor tasa de expansión económica de los últimos quince años, se logró la mayor reducción de la pobreza, pues el porcentaje total de las personas que vivían bajo alguna de las líneas fue muy similar a la que se tuvo en 1994. Y, en tercer lugar, el periodo 2000-2004, el crecimiento económico fue casi nulo, aunque los niveles de pobreza siguieron reduciéndose.

El cambio en la tendencia para la reducción de la pobreza durante las últimas décadas coincide con el aumento en la importante del fenómeno migratorio de los mexicanos hacia el exterior y en donde millones de personas buscan mejorar sus expectativas de vida. La fortuna de contar con una larga frontera con la economía más grande del mundo ha permitido que cada año

en promedio- más de 300 mil mexicanos encuentren algún tipo de actividad mejor retribuida en Estados Unidos. Hoy en día se estima que entre 1980 y 2003, la pérdida neta anual de población por migración hacia los Estados Unidos es de casi 13 millones de personas, más del 10 por ciento de la población nacida en México.

Gráfica III.

SEQ Gráfica_II. * ARABIC

Pérdida de Población por Migración a Estados Unidos*

* Miles de personas.

Fuente: Consejo Nacional de Población (CONAPO). Estadísticas de migración.

Para revertir esta historia y evitar la agudización de los problemas derivados de la pobreza y migración, resulta indispensable lograr un aumento sostenido de la economía. En la siguiente sección se construyeron algunos de los posibles escenarios que se podrían presentar en el futuro inmediato, así como las condiciones para que dichos escenarios se cumplan.

Qué país queremos?

De la descripción hecha en las páginas anteriores se puede establecer que si no se presenta un proceso de crecimiento económico sostenido, que redunde en un incremento significativo del empleo formal, será imposible reducir el número el número absoluto de personas que viven bajo alguna de las líneas de pobreza. Con ello, los jóvenes que se año con año se incorporan al mercado informal de trabajo tendrán mayores incentivos a migrar hacia Estados Unidos. Si, por el contrario, el desempeño de nuestra economía se mantiene como durante los últimos treinta años, el número de pobres y emigrantes, en especial dentro de las zonas urbanas se verá incrementado en forma importante, con las consecuencias sociales y políticas que ello conlleva.

Al construir algunos escenarios sobre el desempeño esperado de la economía en el futuro es posible ilustrar lo que se vivirá durante los próximos lustros. A partir de

dichos escenarios se pueden determinar algunos de los factores que podrían incidir en un mayor crecimiento, así como el comportamiento de dos indicadores fundamentales como lo son el número de empleos y el número de personas en condiciones de pobreza.

a) Población

De acuerdo con las estimaciones del Consejo Nacional de Población, se espera que en el año 2025 el total de la población sea aproximadamente alrededor de 125 millones de personas. Esto quiere decir que en treinta años habrá 30 millones de mexicanos adicionales a los que actualmente existimos. Para ponerlo en perspectiva, esta población adicional es similar a la que hoy en día tiene Canadá, dos veces la de Chile, o poco menos de la que actualmente tiene Colombia, Argentina o España. En cien años, habremos incrementado el total de habitantes en más de cien millones de personas. Por consiguiente, durante los próximos decenos se incrementarán las presiones para satisfacer las necesidades de alimentación, educación, servicios básicos, bienes y servicios.

Gráfica IV.1

Población Total en México 1980 – 2025*

* Millones de personas.

Fuente: Consejo Nacional de Población (CONAPO). México en cifras. Proyecciones de la Población de México 2000 – 2050. <http://www.conapo.gob.mx/00cifras/5.htm>

Los retos y desafíos que se derivan de este crecimiento demográfico adicional son múltiples y de diferente naturaleza. El más evidente de ellos es el cambio en el perfil de edades del total de la población que se está dando. Hoy en día tenemos una recomposición del perfil demográfico: como porcentaje del total nacional, el de infantes se está reduciendo, la población en edad laboral crece y la población en edades mayores se está incrementando sustantivamente.

b) Economía

Este cambio en la estructura demográfica impacta en forma directa la forma de funcionamiento de nuestra economía y las necesidades de la población. Se trata

pues de un incremento permanente de la fuerza laboral, que promediará casi 800 mil personas por año hasta el 2025, las cuales ya nacieron y demandarán algún tipo de ocupación para poder mantenerse. Es decir, la presión permanente sobre el mercado laboral mexicano seguirá y sólo con un crecimiento sostenido de la economía será posible generar las oportunidades de empleo a la población. De otra forma, la informalidad seguirá creciendo al igual que el flujo migratorio hacia Estados Unidos lo que, junto con el acumulado de los decenios anteriores, puede generar problemas socioeconómicos que no se han presentado hasta el momento. Si mantenemos el desempeño económico como el que hemos tenido durante los últimos años, y se proyecta la misma tasa de crecimiento durante los próximos veinte años, el valor esperado del ingreso medio sería de 10,200 dólares en 2025. Si ese nivel de ingreso resulta inaceptable, entonces tendríamos que modificar las políticas que hoy se siguen para asegurar que la tasa de crecimiento en los próximos años sea lo suficientemente elevada como para lograr duplicar (o más) el ingreso esperado al llegar ese momento.

Esta manera de analizar el problema nos permite poner los temas de debate en una perspectiva más racional. En lugar de disputar los temas que requieren modificación o reforma, esta forma de analizar el problema permite discutirlos a partir, no de los intereses que se afectarían en la actualidad, sino de los beneficios que traería una modificación de la realidad actual para el conjunto de la sociedad. Visto desde esta perspectiva es posible apreciar los enormes costos que entraña la parálisis que ha caracterizado al proceso de toma de decisiones en el país y lo oneroso de los beneficios regulatorios o laborales que caracterizan a algunos sectores, empresas o sindicatos en el país y que impactan la dinámica de crecimiento de nuestra economía.

Como un primer paso, antes de construir algún tipo de escenario, analicemos la estructura del producto interno bruto mexicano. De acuerdo con la información del INEGI, existen nueve divisiones de actividad económica en el país, además del registro de impuestos netos de subsidios y otra más denominada Cargo por los Servicios Bancarios Imputados. Dentro de la división económica 3, Industria Manufacturera, se tienen a su vez nueve subdivisiones por el tipo de bienes que

se producen.

De esta forma, al cierre de 2003 el PIB estaba conformado de la siguiente manera.

Gráfica IV.2

Distribución del PIB por División de Actividad Económica en 2005

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Banco de información Económica.

HYPERLINK "<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>"

<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>

Las divisiones se ordenaron de acuerdo a su valor.

Gráfica IV.3

Subdivisión de la Industria Manufacturera en 2005

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Banco de información Económica.

<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>

El sector servicios, la industria manufacturera y los servicios financieros representan poco más del 70 por ciento del valor total de las actividades económicas del país. Al mismo tiempo, la construcción, el sector energético, incluyendo la minería, representan poco menos del 7% por ciento del total. Sin embargo, estos últimos tres sectores son determinantes para la producción de los primeros, pues tienen un papel decisivo del proceso productivo de bienes y servicios de consumo. En este sentido, el sector del transporte, que tan sólo representa el 11% del total, tiene una gran relevancia, pues es el sector del que depende la entrega física de la producción y por tanto, la eficiencia en el consumo. La categorización de la actividad económica resulta muy agregada para conocer sobre el dinamismo que han tenido las industrias en forma específica, especialmente las surgidas durante los 1990's. Sin embargo, esta clasificación puede ser útil para conocer cuál ha sido la dinámica que han tenido estos sectores durante las últimas décadas. A continuación se presenta un cuadro con las tasa de crecimiento promedio de cada una durante el periodo 1980 a 2003.

Tabla IV.1

Tasas de Crecimiento Ramas de Actividad Economica del PIB. 1980 - 2005

Sector

Porcentaje del PIB

Crecimiento 1980 – 2003

Impuestos a los Productos Netos de Subsidios

8.1%

2.5%

Agropecuario, Silvicultura y Pesca

5.3%

1.7%

Minería

1.2%

2.0%

Industria Manufactu-rera

(17.7%)

I. Productos Alimenticios, Bebidas y Tabaco

4.6%

2.8%

II. Textiles, Prendas de Vestir e Industria del Cuero

1.1%

0.2%

III. Industria de la Madera y Productos de Madera

0.4%

0.4%

IV. Papel, Productos de Papel, Imprenta y Editoriales

0.7%

2.0%

V. Químicas, Derivados del Petróleo y Plástico

2.5%

2.6%

VI. Minerales no Metálicos sin Petróleo y Carbón

1.3%

2.3%

VII. Industrias Metálicas Básicas

0.9%

2.6%

VIII. Productos Metálicos, Maquinaria y Equipo

5.4%

3.4%

IX. Otras Industrias Manufactureras

0.5%

1.6%

Construcción

3.9%

1.2%

Electricidad, Gas y Agua

1.6%

4.1%

Comercio, Restaurantes y Hoteles

20.3%

2.0%

Transporte, Almacenaje y Comunicaciones

12.1%

3.9%

Servicios Financieros, Seguros, Actividades Inmobiliarias y de Alquiler

16.0%

4.1%

Servicios Comunales, Sociales y Personales

17.6%

1.8%

Cargo por los Servicios Bancarios Imputados

-3.4%

5.2%

Fuente: Cálculos propios con base en información del Instituto Nacional de

Estadística, Geografía e Informática, Banco de información Económica.
<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>

Las ramas de la actividad económica que han sido más dinámicas durante los últimos 25 años son el sector de electricidad y gas, los servicios financieros y los transportes. Sin embargo, sus tasas de crecimiento no han superado el 5% por ciento en promedio, lo que significa que estos sectores, no han dinamizado el crecimiento económico, e incluso pueden verse como un impedimento para ello. De hecho, dentro de las ramas que han tenido un menor crecimiento promedio han sido la manufacturera y el sector construcción, cuyos costos dependen en gran medida de los energéticos y de los sistemas de transporte.

Gráfica IV.4

Tasas de Crecimiento de las Actividades Económicas 1980 – 2005

Fuente: Cálculos propios con base en información del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Banco de información Económica.
<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>

Este marco de referencia puede servirnos para hacer un ejercicio prospectivo del crecimiento económico en nuestro país y determinar algunas de las acciones que podrían incidir en su aceleramiento. Es decir, podemos construir algunos de los posibles escenarios en nuestra economía.

Para tal efecto, se hicieron algunos supuestos, descritos en la siguiente tabla, así como los resultados derivados de ellos. Se utilizó un modelo basado en la demanda final de bienes –tanto externa como interna, y los valores iniciales para cada uno de los ramos económicos.

Tabla IV.2

Escenarios de Crecimiento por Actividad Económica 2005 - 2025

Escenario

Crecimiento Poblacional

Incremento de la PEA

Crecimiento Salario

Crecimiento E.U.

Crecimiento México

I

0.8%

1.5%

0.0%

1.0%

2.7%

II

0.8%

1.5%

1.0%

1.5%

3.5%

III

0.8%

1.5%

3.0%

2.0%

5.0%

IV

0.8%

1.5%

5.0%

2.5%

8.0%

Fuente: Cálculos propios.

La población nacional tendrá un crecimiento de 0.8% en promedio de acuerdo a los datos de CONAPO. De igual forma, la población económicamente activa, prevé un crecimiento de 1.5%.

Dado que estas estimaciones dependen en gran medida de lo que ocurra en el mercado interno, los aumentos en el salario real son un determinante del crecimiento. Para ello, es necesario aumentar la productividad de la mano de obra en forma sustantiva, lo que a su vez necesita distintas acciones de política pública que serán discutidos en los siguientes capítulos.

El escenario I supone una tasa de crecimiento para cada sector muy similar a la que se ha presentado durante los últimos 25 años. Las condiciones internas serían similares en adición a un entorno externo poco dinámico. Con ello, la demanda interna y externa sería muy limitada y el crecimiento total sería inercial. Es decir, la economía en su conjunto podría crecer poco más del 2.5% anualmente hasta llegar al año 2025, con lo que el ingreso promedio llegaría a 12,800 dólares de 2005. Poco más del 60% de la estimación para ese año.

El segundo escenario, supone un mayor dinamismo del sector interno y del externo. Esto implica que las reformas económicas que se llevaron a cabo en el pasado podrían aumentar la competitividad de las empresas nacionales, así como una mayor consolidación del sector financiero. Se asumió que el sector manufacturero incrementaría su actividad en forma importante, pues al haber mayor incremento de la demanda nacional como externa por estos bienes, aumentaría su dinámica. Una leve mejoría en la flexibilidad laboral resultaría indispensable para ello. Sin embargo, al mantenerse las restricciones de infraestructura, comunicaciones y energéticos, el potencial de crecimiento se vería reducido significativamente. Esto se traduciría en un incremento del producto interno bruto de 3.5% anual y con ello el ingreso per cápita alcanzaría casi los 14,950 dólares de 2005 en el año 2025, 86% más que en el año 2005.

En el escenario III, los supuestos son muy ambiciosos, pues cada uno de los sectores con mayor impacto dentro de la economía crece en forma importante como resultado del incremento en la demanda agregada. Para ello sería necesaria

una completa consolidación del sistema financiero que permita mayor acumulación de capital. Esto implica un crecimiento de la intermediación bancaria que incluya a un alto porcentaje de la población. En forma adicional, se requeriría una disminución en los costos de transporte y logística derivados de una agresiva construcción de infraestructura, al igual que la satisfacción plena de la demanda por energéticos y servicios de comunicación que son necesarios para una mayor y más eficiente generación de riqueza. Si se lograra, la eficiencia en la producción tanto de bienes en el mercado interno como exportaciones podrían aumentar en forma sostenida. De igual manera, se necesita una mayor flexibilidad del mercado laboral que permita un funcionamiento eficiente. Con ello, el crecimiento económico podría alcanzar el 5.0% anual en promedio, lo que significa que en 2025 el ingreso promedio sería de 19,928 dólares de 2005, equivalente a casi 1.5 veces el nivel de 2005.

Finalmente, el escenario IV es el más optimista. Supone un crecimiento interno y externo sin precedentes. Para ello se requeriría de un agresivo programa reformas estructurales que hagan eficiente el funcionamiento de nuestra economía y permita un crecimiento del 8.0%. Esto incluye, un crecimiento del sector energético que triplique su tasa de crecimiento, una completa consolidación del sistema financiero que permita a los consumidores la adquisición de bienes de consumo duradero e inmuebles, así como triplicar el crecimiento del sector transporte. Esto último requiere de una construcción sin precedentes de infraestructura de todo tipo en el país y una gran penetración de los sistemas de modernos de comunicación.

Asimismo, es necesaria una flexibilización absoluta del mercado laboral y una mejor cultura de innovación por parte de los consumidores y productores, con el objeto de que se genere una mejora continua en todos los procesos de producción y distribución. Con ello, el ingreso per cápita sería de 34,685 dólares de 2005 para el 2025, que significa 3.3 veces lo que se tuvo en el 2005. Todos los escenarios se muestran en la siguiente gráfica.

Gráfica II.

SEQ Gráfica_II. * ARABIC

Proyecciones de Ingreso per cápita para diferentes escenarios de Crecimiento (2006 – 2025)

Fuente: Cálculos propios con base en información del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Banco de información Económica.
<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>

Para cada uno de estos escenarios se pueden estimar distintos resultados sobre el mercado laboral y sobre los niveles de pobreza. En ambos casos, un mejor crecimiento económico se traduce en mejores resultados. Para el caso del mercado laboral, en número de empleos remunerados, los resultados estimados se muestran en el siguiente cuadro.

Tabla IV.3

Estimación de empleos remunerados para cada escenario

Escenario

Empleos (millones)

Promedio Anual (millones)

% PEA

I

4.9

0.25

31.2

II

7.4

0.37

44.9

III

13.2

0.66

78.4

IV

16.5

0.83

98.2

Fuente: Cálculos propios con base en información del INEGI.

La creación de empleos remunerados es el principal efecto que tiene un crecimiento económico sostenido. De acuerdo con los escenarios, México tiene la posibilidad de poder crear suficientes plazas para la creciente población económicamente activa. Sin embargo, de obtener resultados similares a los obtenidos durante los decenios anteriores, esto no será posible, y el fenómeno migratorio no podrá frenarse. Si la creación de empleos es menor, en promedio, a los 800 mil empleos anuales, las personas tendrán necesidad de buscar ocupaciones alternativas en otro lugar o bien dedicarse al mercado informal, tal como sucede hoy en día.

Por el contrario, si crecemos tal como se supone en el escenario IV, hacia el final de 2025, existirán las condiciones para que los mexicanos tengan una ocupación que les permita tener el ingreso suficiente para mantenerse ellos y sus familias. Con ello, el sector público tendrá mayores ingresos y podrán financiarse mejores bienes públicos.

Entre mejor desempeño se tenga, la reducción de los niveles de pobreza será más factible. Cabe hacer mención que los altos niveles de pobreza actuales y el envejecimiento de la población durante el mismo periodo, son un impedimento para reducir en mayor medida este fenómeno. Sin embargo, es posible reducir el total de personas en condición de pobreza a menos de la mitad, tal como se muestra en los siguientes cuadros.

Tabla IV.4

Porcentaje de Población en Condición de Pobreza para cada escenario

Pobreza

2004*

Escenario

I

Escenario

II

Escenario

III

Escenario

IV

Alimentaria

17.3%

12.7%

11.5%

8.1%

5.1%

Capacidades

24.6%

19.3%

16.9%

14.2%

11.4%

Patrimonial

47.0%

42.8%

34.2%

29.8%

21.4%

No Pobres

53.0%

57.2%

65.8%

70.2%

78.6%

Fuentes:

*Székely (2005).

Cálculos propios con base en información del INEGI y SEDESOL.

Tabla IV.5

Población en condición de pobreza para cada escenario*

Pobreza

2004**

Escenario

I

Escenario

II

Escenario

III

Escenario

IV

Alimentaria

18.3

15.8

14.3

10.0

6.3

Capacidades

26.0

24.0

21.0

17.7

14.2

Patrimonial

49.6

53.2

42.5

37.0

26.6

No Pobres

55.9

71.1

81.8

87.3

97.8

Fuentes:

* Millones de personas

**Székely (2005).

Cálculos propios con base en información del INEGI y SEDESOL.

Este mismo ejercicio se puede realizar utilizando otro tipo de supuestos, como podrían ser la inflación, la educación y así sucesivamente. En cada uno de estos encontraremos situaciones semejantes a la del crecimiento económico: la

ausencia de reformas entraña costos significativos para el desarrollo del país y estos costos se traducen en una menor tasa de crecimiento y, por lo tanto, en menores ingresos para el mexicano promedio.

En materia del desarrollo de la economía no hay temas esotéricos. Lo que hay es una estructura económica que conduce al crecimiento o una estructura que no lo hace propicio. En la actualidad, el país enfrenta el reto de organizarse para hacer posible un crecimiento económico acelerado. Sin éste, los riesgos políticos se elevan, en tanto que se mantiene alienada a una enorme porción de la población que, en otras circunstancias, aportaría su talento y capacidad al desarrollo, además de convertirse en parte integral del mercado interno, para beneficio del conjunto de la sociedad.

La parálisis que ha caracterizado al país en el pasado reciente tiene consecuencias que no se pueden ignorar y que son crecientes. Es imperativo actuar al respecto.

Crecimiento económico: Mitos y reformas

La economía es la esencia de la vida en sociedad. La gente puede ponerse de acuerdo en cómo va a diseñar un desarrollo urbano o incluso en desarrollar un sistema de seguridad o protección a su propiedad. Pero sin una organización económica que le dé vida a la comunidad, todo el resto resulta irrelevante. La economía es la base sobre la que se construyen las sociedades humanas.

Pero no todas las sociedades tienen la misma estructura económica y ese hecho es un factor evidente de diferenciación a lo largo y ancho del mundo. Algunos países y sociedades lograron conformar una estructura económica muy funcional que les hizo posible alcanzar un desarrollo económico pleno, en tanto que otras se mantienen rezagadas en un estadio económico que recuerda más a las sociedades primitivas que al mundo moderno de la tecnología y las comunicaciones. La estructura de la organización económica es clave para el desarrollo.

La organización económica de cada sociedad refleja un sinnúmero de factores, comenzando por su historia y cultura. En algunos casos, como sugieren las

concepciones filosóficas de pensadores como Thomas Hobbes, Juan Jacobo Rousseau y John Locke, una sociedad se encuentra con que no puede prosperar porque no existen condiciones mínimas de convivencia. Para Hobbes, el problema era la inseguridad; para Locke la necesidad de proteger la propiedad; y para Rousseau lo que faltaba era un arreglo institucional, un contrato social, que permitiese establecer las reglas del juego de la interacción entre los pobladores de la comunidad. El punto es que cada sociedad llegó a organizarse a partir de sus características particulares y estructuró un esquema operativo, un contrato explícito o implícito, que se convirtió en la base de su estructura económica.

Por siglos, la estructura económica que cada sociedad adoptó determinó en buena medida las características de su desarrollo y, a lo largo de los siglos XIX y XX, en que el concepto de crecimiento económico hizo su debut, su ritmo de crecimiento. Algunas sociedades, sobre todo las europeas como Inglaterra y Holanda, lograron articular sistemas de organización conducentes a un ritmo de rápido desarrollo económico, en tanto que otras, como podría uno pensar en diversas sociedades africanas y muchas latinoamericanas, jamás lograron articular esquemas económicos compatibles con las necesidades de sus poblaciones. Esas diferencias explican en buena medida las diferencias en pobreza y riqueza relativa de cada sociedad.

Lo que ha cambiado en el último tiempo y que rompe con una realidad de siglos, es el doble fenómeno de la extraordinaria visibilidad que tienen las diferencias de pobreza y riqueza entre un país y otro, así como el hecho de que las economías se encuentran profundamente interconectadas en la actualidad. El primer fenómeno, el de la visibilidad de las diferencias se debe, en buena medida a las comunicaciones modernas, tiene agudas consecuencias sociales y políticas. Un nigeriano o un mexicano promedio que observa el nivel de vida de que goza un sueco no puede más que comenzar a dudar de la sabiduría de sus gobernantes. El contraste entre lo que acusa la realidad de los países ricos y su realidad de habitante de un país pobre no hace sino despertar expectativas de transformación que usualmente no son fáciles de manejar por parte de los gobernantes del país pobre.

Lo mismo ocurre con el hecho de que las economías se encuentren cada vez más interconectadas. En nuestro caso, los contrastes, en ocasiones dramáticos, que muestra la pujanza del norte del país frente a los rezagos y pobreza del sur no hacen más que atestiguar la existencia de una estructura económica inadecuada, poco conducente no ya a un desarrollo integral, sino incluso a la viabilidad de la economía misma. Si por siglos una economía podía permanecer, gracias a su aislamiento, virtualmente paralizada, como ocurre en muchos países y algunas regiones del país, hoy en día esa realidad se ha vuelto con frecuencia económicamente insostenible, además de ser, en muchos casos, políticamente intolerable. La realidad ha cambiado porque hasta el pueblo más remoto se ve afectado por la interacción económica entre diversas sociedades, alterando un statu quo que bien podía ser milenario.

La pregunta que los mexicanos tenemos que hacernos es si la estructura y organización de nuestra economía es la adecuada para alcanzar tasas de crecimiento económico compatibles o idóneas para satisfacer las necesidades de la población. Esa pregunta se la han hecho muchos mexicanos por siglos. Las respuestas que cada quien dio en su momento respondían a la información con que se contaba y a las preferencias de cada uno de esos individuos. Lo que ha cambiado es que hoy en día existe amplia evidencia de qué políticas y elementos estructurales son necesarios para procurar un crecimiento económico acelerado, por lo que no hay más excusa para no adoptarlos, excepto la de los intereses particulares que se benefician del statu quo.

Factores de éxito

Cualquiera que revise la literatura disponible sobre los casos más exitosos de crecimiento económico sostenido por largos periodos de tiempo acaba revisando un puñado de ejemplos que destacan por su claridad de rumbo. Entre los ejemplos contemporáneos más evidentes se encuentran, primero que nadie, los países del sudeste asiático, comenzando por los llamados “tigres”, como Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong, pero también otros igualmente respetables como Tailandia

y Malasia. En un segundo lugar se encontraría China, país que en dos últimas décadas no sólo ha transformado sus propias estructuras, sino al mundo entero. Finalmente, pero no menos importantes, son casos como los de Irlanda, Chile y España, cada uno con sus características y peculiaridades, países que lograron una transformación cabal luego de décadas de aislamiento y rezago. El caso de Irlanda es particularmente llamativo por lo impactante de su transformación, en un plazo relativamente rápido. Pero el caso chileno es notable para nosotros porque rompe con el tabú de que las economías latinoamericanas son incapaces de repetir el éxito de los tigres asiáticos.

El común denominador de todos estos países en lo que a la economía atañe es un muy simple: en un momento dado, hubo una decisión de concentrar todas las fuerzas y recursos de la sociedad en torno a un objetivo específico: el crecimiento económico. Cada uno de los países mencionados, y de otros muchos que caen bajo el mismo rubro, tiene características propias. Unos son democracias consumadas, en tanto que otros son claramente dictaduras autoritarias. Pero lo que los une es el hecho de que han definido un objetivo claro en materia económica y han tomado las decisiones legislativas y regulatorias requeridas para hacerlo posible. Antes de insertarse en ese proceso, todas estas naciones padecían problemas crónicos de estancamiento económico y conflicto político. Su éxito principal consistió precisamente en que tuvieron la capacidad de articular una estructura de organización dedicada al crecimiento económico.

La pregunta relevante es en qué consistió esa nueva estructura organizacional. Al respecto podemos ver, un primer conjunto de políticas que todas esas naciones comparten, y un segundo conjunto que sólo algunas de ellas hicieron suyas. En términos generales, el común denominador y los componentes centrales de su estrategia fueron los siguientes: estabilidad macroeconómica; una estructura económica que promovía activamente la competencia interna; una dedicación sistemática a elevar la productividad general de la economía; y mecanismos eficientes para hacer cumplir los contratos y resolver las disputas, particularmente los primeros. Más allá de este basamento general, algunos países adoptaron políticas específicas que complementaron lo anterior, sobre todo en los siguientes

rubros: un sistema educativo de alta calidad dedicado a apoyar la producción; servicios competitivos; y tasas máximas de impuestos corporativos muy por debajo de la norma internacional.

Como se podrá apreciar, muchos de estos factores no son nuevos. Sin embargo, aunque tanto políticos como funcionarios, académicos e instituciones multilaterales los mencionan y repiten con regularidad, es evidente que no ha habido una capacidad para adoptarlos como asunto de interés prioritario para el desarrollo económico del país. Ante esto, es necesario analizar las características de estos factores, así como la situación política que impide su adopción.

La agenda de reforma

La agenda de reforma que se describió en los párrafos anteriores no es particularmente novedosa. Se trata de un conjunto de medidas claras que todos los países que han sido exitosos en su desarrollo económico han instrumentado en el proceso de crear una plataforma de crecimiento. Se trata, de hecho, de precondiciones necesarias para el éxito económico. Sin embargo, es pertinente advertir que no cualquier reforma económica es idónea. Este punto es crucial, pues mucho del debate que ha tenido lugar en el país a lo largo de los últimos años tiende a ignorar el contenido de las iniciativas de reforma. Se habla de LA reforma tal o cual y no de UNA reforma, como si dos iniciativas de reforma fuesen siempre, por definición, idénticas. Un ejemplo extremo puede ilustrar este punto de manera evidente: un gobierno puede alcanzar un equilibrio en sus cuentas fiscales bajando su gasto o elevando su ingreso. Lo usual es lograr ese equilibrio a través de una racionalización del gasto junto con una política impositiva adecuada. Sin embargo, al menos conceptualmente, también es posible lograr ese equilibrio reduciendo el gasto al nivel del ingreso o elevar los impuestos a cualquier nivel con tal de que cubran el gasto gubernamental. Ningún gobierno recurre a ese tipo de medidas porque con ello mataría a su economía; es decir, hasta el gobernante más abusivo sabe que si destruye toda fuente de ingresos se destruye a sí mismo. Pero el tema es mucho más relevante de lo que este ejemplo risible sugiere.

Algunos piensan que la única solución al cuello de botella que enfrenta la industria eléctrica en el país reside en su privatización. Otros, en el otro extremo, estiman que sólo una empresa paraestatal puede, dadas las condiciones políticas del país, satisfacer la demanda eléctrica. Entre estos dos extremos hay un sinnúmero de posibles combinaciones de reforma, algunas mejores que otras. El factor clave en una reforma no es el hecho de reformar, sino el que se logre el objetivo buscado. Siguiendo el ejemplo eléctrico, si lo que se busca es desarrollar fuentes confiables de fluido eléctrico a un precio competitivo bajo estándares internacionales, entonces sólo una reforma que logre lo anterior va a cumplir el propósito. Definido el objetivo de esa manera, no cualquier reforma es adecuada; por ejemplo, una reforma que no resuelve el tema laboral y sindical, el principal componente del gasto tanto de CFE como de la empresa Luz y Fuerza, no puede alcanzar el objetivo buscado. De igual manera, una reforma en el sector petroquímico que no establece mecanismos transparentes e indisputables para la fijación de los precios de los petrolíferos que produce Pemex es una reforma que no tendrá los resultados esperados. El punto es que el contenido de las reformas es fundamental.

En el momento actual, la mayor parte de los temas de reforma que han sido propuestos y debatidos en el país han sido rechazados por una o varias fracciones dentro del poder legislativo. Independientemente del contenido de las reformas propuestas que, como hemos visto, es crucial, el conjunto de los partidos políticos mexicanos ha rechazado, prácticamente sin discusión, cualquier posibilidad de reforma seria y profunda. Algunos políticos rechazan el concepto mismo de reforma, pues se oponen, esencialmente por razones ideológicas, a la consolidación de una economía de mercado en el país. Pero esos son los menos. La mayoría objeta las reformas por razones mucho más específicas y concretas, como las siguientes: a) algunos simplemente pretenden impedirle cualquier éxito al gobierno actual; b) otros se oponen a cualquier reforma que dañe los intereses sindicales (ya sea por principio o porque, en sectores como el energético, existen vasos comunicantes entre sus sindicatos y algunos partidos); c) algunos más por razones estrictamente políticas y gozan de hacer sentir su fuerza y capacidad de

imposición; d) algunos políticos y sus partidos temen de la reacción de votantes (en temas como el IVA), de precandidatos a la presidencia o de grupos fuertes y violentos que siguen existiendo fuera de cualquier marco institucional; y e) en la actualidad, el poder legislativo mexicano no está estructurado para hacer fácil el proceso de toma de decisiones, lo que hace que intereses pequeños puedan obstruir decisiones más grandes en temas en los que sí sería posible construir una coalición mayoritaria.

Pero el hecho de que existan dificultades políticas para avanzar la agenda de reforma no cambia el hecho de que las reformas son necesarias. Como ilustran las gráficas que siguen, existe amplia evidencia empírica que más que justifica la adopción de un conjunto de políticas públicas que permitan, por ejemplo, elevar la productividad de la economía mexicana. El hecho de que los legisladores mexicanos no puedan, o hayan podido aprobar las medidas necesarias no cambia el hecho de que éstas sean urgentes. Es decir, si uno acepta la premisa de que por más que haya cosas esenciales que hacer y transformar en el seno de la economía mexicana para activar al mercado interno, no es posible abstraerse de lo que acontece en el resto del mundo, entonces no hay manera de evadir la adopción de la agenda de reforma que aquí se está proponiendo.

Algunas de las reformas propuestas modificarían la forma de funcionar del gobierno, otras obligarían a construir infraestructura y, otras más, liberarían fuerzas y recursos de toda la sociedad para dedicarlas al crecimiento de la economía en general. En el proceso, podría concluirse el debate en torno a si debe privilegiarse el mercado interno o las exportaciones, debate frecuentemente etéreo y casi siempre vacío, en vista de que ambos, tanto el mercado interno como el externo, comenzarían a crecer. O, puesto en otros términos, en un mundo globalizado, la distinción entre el mercado interno y el externo es cada vez menos relevante. Esa diferencia sigue siendo motivo de interminable debate porque existen innumerables obstáculos en la economía mexicana para facilitar las transacciones económicas, lo que conlleva a que no sólo sea diferente el desempeño de los dos componentes de la economía mexicana, sino, peor, que existan incentivos perversos que llevan a que el sector externo esté

estructuralmente impedido para integrarse con el interno. El punto anterior es crucial: el hecho de que existan dos componentes poco integrados de la economía mexicana es resultado de la existencia de obstáculos institucionales o legales que impiden la fusión de las dos. Algunos ejemplos de esos obstáculos son muy evidentes: la falta y baja calidad de la infraestructura (carreteras, red eléctrica), la calidad de la educación, la estructura oligopólica del sistema de transportes (transportistas y aviación) y de comunicaciones (telefonía) y la ausencia de proyectos de inversión que generen demanda interna, como bien podrían serlo inversiones masivas en petróleo y energía eléctrica.

La productividad

El primer gran reto de la economía mexicana, y la clave para elevar la competitividad de las empresas, tiene que ver con la productividad. El crecimiento de la productividad es probablemente el indicador individual más importante de la salud y vitalidad de una economía. El crecimiento de la productividad determina el crecimiento del ingreso real de las personas, el ritmo de crecimiento de los precios, las tasas de interés, las utilidades de las empresas y el valor de las acciones en los mercados. Es decir, aunque el tema de la productividad sea poco romántico, su importancia es trascendental porque, en una palabra, tiene más impacto sobre la calidad y nivel de vida de la población de un país que cualquier otra cosa. El problema es que el crecimiento de la productividad depende de muchos factores y eso hace que sea difícil para los políticos asir su importancia y actuar al respecto. Inevitablemente, esta falta de atractivo del concepto hace fácil que se ignore la importancia de actuar, y actuar rápido, en torno a la productividad. La gráfica que sigue ilustra un punto muy sencillo. La gráfica establece una correlación entre el crecimiento de la productividad y el crecimiento del PIB para un grupo de X países. La gráfica ilustra el punto anterior: primero, existe una correlación entre crecimiento económico y productividad y, segundo, los países que más crecen son los mismos que tienen altas tasas de crecimiento de la productividad de su economía.

Gráfica V.1

Productividad laboral del total de la economía, selección de países desarrollados, 1980-2002

Fuente: International Labour Organization (ILO). Key Indicators of the Labour Market, KILM 3rd Edition - Charts by indicator. {<http://www.ilo.org/public/english/employment/strat/kilm/chartsind.htm>}

Gráfica V. 2

Productividad laboral como porcentaje del nivel de Estados Unidos, 2001

Fuente: International Labour Organization (ILO). Key Indicators of the Labour Market, KILM 3rd Edition - Charts by indicator. {<http://www.ilo.org/public/english/employment/strat/kilm/chartsind.htm>}

La correlación entre el crecimiento de la productividad y del PIB es tan obvia que no debería ser tema de discusión. Sin embargo, el mayor problema de la productividad no reside en su definición, sino en el conjunto de factores que la determinan. El factor que más directamente contribuye al crecimiento de la productividad es la inversión productiva; pero la inversión responde a otros factores que son los que hacen posible su crecimiento, factores como la educación de la mano de obra, la calidad de la infraestructura, los mecanismos de regulación y realización de trámites y, en general, todos los mecanismos y sistemas que contribuyen a reducir los costos de las empresas y a elevar su rendimiento. Un trabajador con buena educación va a poder aprender y operar procesos tecnológicos complejos que, típicamente, agregan mucho más valor que un proceso simple de ensamble. Lo mismo se puede decir de la infraestructura: un sistema de transporte eficiente y de bajo costo contribuye a la competitividad de los productos que se transportan por esos medios, en tanto que un sistema de transporte saturado, poco eficiente, costoso y mal administrado eleva los costos, reduciendo la productividad. En el terreno regulatorio, lo que es clave para el crecimiento de la productividad es la existencia de certidumbre en las reglas de funcionamiento de las empresas, el que no haya inspecciones caprichosas, arbitrariedad en la aplicación de las reglas y trámites, etcétera. Finalmente,

probablemente no existe tema más fundamental para las empresas que la certidumbre de que habrá una capacidad de obligar a sus contrapartes (proveedores, clientes, gobierno) a que cumplan con lo pactado en un contrato. La productividad crece donde existen condiciones que la propician y, al revés, disminuye o se estanca donde no las hay.

Finalmente, la productividad crece en la medida en que las empresas sean muy eficientes y contribuyan, unas a otras, a la elevación de la productividad en la economía en general. Quizá no haya mecanismo más eficiente para asegurar que el conjunto de la economía contribuya al crecimiento de la productividad que el que exista un entorno de competencia económica. Algunas de las economías más productivas del mundo son también las que se caracterizan por la existencia de una fuerte competencia en sectores clave de su economía, cuando no en el conjunto. Tal es el caso de la industria automotriz y electrónica en países como Taiwán y Japón, así como de la economía norteamericana en general.

La gráfica siguiente ilustra la evolución de la productividad en México en los últimos años. La gráfica indica que ésta comenzó a crecer al inicio de los noventa, sobre todo ante la expectativa de que, en un momento en el que se estaban instrumentando diversas reformas, se eliminarían los obstáculos al crecimiento económico, lo que atrajo mucha inversión privada. Con el pasar de los años, sin embargo, resultó evidente que no se habían atendido esos factores, lo que ha llevado a una disminución en el ritmo de crecimiento de la productividad.

Gráfica V.3

Fuente: INEGI

Estabilidad macroeconómica

La estabilidad macroeconómica es uno de los temas más incomprensidos de la política mexicana. Dada la experiencia de décadas de crisis financieras, los políticos mexicanos han aceptado, casi como axioma, la noción de que un déficit fiscal excesivo constituye un riesgo para la estabilidad económica y, por lo tanto, las últimas legislaturas han aprobado presupuestos cuyo punto de partida es un

déficit relativamente bajo. A pesar de ese hecho, la abrumadora mayoría de esos mismos políticos, y buena parte de la opinión pública en el país, parte de un principio filosófico muy distinto. Específicamente, el verdadero axioma que domina el pensamiento político e intelectual en torno a las finanzas públicas es que existe una correlación positiva entre un déficit fiscal y el crecimiento económico. Esta noción se deriva de la visión de John Maynard Keynes, quien argumentó en los años treinta del siglo pasado que una política fiscal agresiva (o sea, un gasto público deficitario) permitiría una rápida recuperación de la economía en la era de la depresión. Sin embargo, lo que Keynes realmente argumentó es que lo idóneo era una política contra cíclica, es decir, una contracción de gasto en épocas de bonanza que amenazan con desbocar a una economía y, viceversa, un gasto elevado para enfrentar una depresión. En adición a lo anterior, Keynes arguyó por la utilización del gasto público para crear sobre todo infraestructura para incentivar la inversión privada, nunca la elevación del gasto corriente, cuyo impacto es usualmente de muy corto plazo. El punto es que el dogma de un gasto deficitario persiste en la mente de muchos burócratas y legisladores, lo que les lleva a contemplar permanentes elevaciones del gasto corriente (que son las que tienen impactos políticos atractivos y clientelares), más que el gasto de inversión, cuyos beneficios son de más largo plazo.

Sea como fuere, existe evidencia empírica convincente de que los países que más crecen son aquellos que mantienen una inflación baja y la única manera de mantener bajo control el ritmo de crecimiento de los precios es mediante un equilibrio en las finanzas públicas en el largo plazo. Unas finanzas públicas equilibradas evitan que el gobierno desplace a la inversión privada en los mercados financieros y asegura una plataforma sólida de crecimiento. Como ilustra la gráfica siguiente, la correlación es impactante: los países que más rápido crecen son, en la mayoría de los casos, los que mantienen una menor inflación.

Gráfica V.4

Fuente: Cálculos propios con base en datos de Penn World Table

http://pwt.econ.upenn.edu/php_site/pwt61_form

La política de la reforma económica

La economía mexicana lleva dos décadas tratando de reencontrar su camino al crecimiento, un objetivo que en la sociedad mexicana nadie pone en duda. Sin embargo, la existencia de un acuerdo básico sobre el objetivo no ha impedido la existencia de disputas interminables respecto a las medidas concretas que sería necesario adoptar para alcanzar ese objetivo que goza de consenso. El resultado de lo anterior es que el país pierde oportunidades para competir por la inversión, el mercado interno no logra salir adelante y el empleo e ingreso de la población se rezagan. Se trata de asuntos fundamentales que no se van a resolver solos. La problemática económica tiene tres vertientes.

Los cambios de política económica experimentados a partir de los ochenta no han logrado generar el entorno de crecimiento elevado y sostenido que prometían.

La lucha por el poder lo ha contaminado todo y, en cuanto a la economía se refiere, ha llevado a que se discuta interminablemente el pasado, en lugar de construir hacia el futuro.

Los políticos muestran una aparente incapacidad de comprender las variables medulares que hacen a una economía funcionar, lo que les lleva a despreciarlas como si se tratara de asuntos ideológicos o de imposición por parte de los técnicos en materia económica y no los resultados de una amplia experiencia internacional. Para nadie es secreto que los cambios económicos de los ochenta no rindieron los frutos que se esperaban. La pregunta es por qué. La idea original de las reformas económicas, luego de varios años de contracción económica y tasas cercanas a la hiperinflación, sostenía que sólo una economía altamente productiva podría crear las condiciones para el crecimiento. Ningún economista serio cuestionaría esa premisa, pues todos reconocen que, en palabras de Paul Krugman, “la productividad no lo es todo, pero en el largo plazo es casi todo: de la productividad depende la tasa de crecimiento, la disponibilidad de empleos y el nivel de ingresos

de una población”. La gran pregunta entonces era cómo elevar la productividad para generar esos beneficios.

La concepción que inspiró las reformas económicas de los ochenta y noventa partió de la premisa, razonable en todos sentidos, de que el gobierno no puede obligar a que la economía sea más productiva; lo que puede hacer es crear condiciones que hagan posible el crecimiento de la productividad. Las reformas económicas fueron concebidas, al menos en teoría, como un mecanismo que forzara a los agentes económicos (empresarios, trabajadores, reguladores, inversionistas, etc.) a modernizarse mediante la elevación de la productividad, cada uno en su ámbito. Es decir, el objetivo era que una serie de cambios en la estructura de la economía presionara a sus participantes, obligándolos a hacer más con menos, a realizar mejor las cosas y bajar el costo de cada cosa que produjeran.

La apertura a las importaciones, que precedió y se profundizó con el ingreso de México al GATT en 1986, perseguía estimular la competencia en la economía mediante la participación controlada de importaciones. Es decir, se buscaba que la presencia de artículos importados con aranceles relativamente altos en una primera etapa, sirviera de acicate para que los fabricantes nacionales comenzaran a optimizar sus procesos productivos. Por su parte, la privatización de empresas propiedad del gobierno seguía una lógica similar: muchas de éstas producían bienes y servicios cuyo impacto en los costos de las empresas era enorme, como puede ser el acero, diversos petroquímicos, la telefonía, la electricidad y demás. La existencia de empresas competitivas en estos ámbitos serviría para reducir los costos de las firmas industriales y de servicios y, por lo tanto, para elevar su productividad. Uno puede aprobar o rechazar estos conceptos, pero nadie puede negar la lógica interna que los caracteriza.

El primer impacto de liberalización comercial fue mucho más positivo de lo que sostiene la mitología política. Un sinnúmero de empresas comenzó a transformarse, algunas comenzaron a exportar y la inversión comenzó a materializarse, sobre todo a partir de que se anuncia la negociación del TLC norteamericano a principios de los noventa. Aunque lentamente, el proceso de

modernización empezó a cobrar forma y sus frutos potenciales se pudieron apreciar al final de los noventa en que la economía logró tres años de tasas de crecimiento superiores al 5% anual.

Aunque la crítica política al proyecto modernizador de la economía ha estado presente desde que éste comenzó a instrumentarse (como ilustra el desprendimiento del PRI de la entonces llamada “corriente democrática”), la crítica se acentuó en dos momentos cruciales: con la crisis devaluatoria de 1994-1995 y con la recesión/estancamiento que comenzó en el 2000. A pesar de todo, no es evidente que el “modelo económico” adoptado en 1985 haya sido equivocado, pero tampoco cabe la menor duda de que muchas empresas fueron incapaces de adaptarse a la competencia.

Mucha de la crítica a la política económica de estos lustros tiene un origen estrictamente ideológico. Los críticos simplemente rechazan la noción de la globalización, independientemente de que eso sea un tanto equivalente a rechazar la ley de la gravedad. Pero lo importante es que hay por lo menos dos situaciones que explican los magros resultados a la fecha. La primera tiene que ver con lo parcial e incompleto del proyecto de modernización económica. Si bien se liberalizaron las importaciones y se privatizaron muchas empresas, ninguno de los dos procesos se ejecutó de manera homogénea o coherente con el objetivo medular de elevar la productividad. Es decir, no se hizo lo que hicieron los países exitosos: definir al crecimiento como el objetivo central y adoptar todas las medidas de política pública necesarias para hacerlo exitoso. O sea, las reformas mexicanas se parecen, pero no son iguales, a las instrumentadas en los países exitosos. De esta forma, a pesar de la apertura, no todo se abrió y a pesar de la privatización de empresas, no todas se sujetaron a la competencia. A partir de entonces, la economía mexicana experimenta incoherencias diversas que no facilitan la competitividad de las empresas.

La segunda situación que ha hecho mucho más penoso y difícil el proceso de modernización y ajuste a la competencia tiene que ver con las ausencias que siguen caracterizando a la sociedad mexicana. La productividad se eleva en la medida en que existe una infraestructura moderna que ayuda a reducir costos (del

transporte y comunicaciones, por ejemplo), una mano de obra calificada (lo que depende del sistema educativo), un sistema legal que hace cumplir los contratos y permite dirimir diferencias y conflictos (sobre contratos, por ejemplo) de una manera rápida y efectiva, de la seguridad pública (que garantiza la seguridad de las plantas, personas y bienes en general) y así sucesivamente. Sin embargo, lo que hemos visto en estos lustros es casi lo contrario: la infraestructura se ha rezagado, la educación sigue siendo la misma, el poder judicial no se ha reformado y todo lo relativo a la seguridad pública ha empeorado. Pretender que una empresa pequeña o mediana compita con un rival chino, que cuenta con muchas de esas condiciones de entrada, es un tanto excesivo. Por ello es imperativo adoptar las medidas económicas necesarias para construir un país exitoso.

Lo evidente es que el proyecto de transformación económica tenía una lógica intrínseca que no es fácil de disputar. Al mismo tiempo, sus cimientos conceptuales eran y son sólidos y no han sido rebasados por la realidad. Lo que sí ha sido rebasada es la capacidad del país para enfrentar estos entuertos –los errores y deficiencias de las reformas económicas y los rezagos estructurales de México–, y alcanzar el objetivo medular de elevar la productividad de la economía en su conjunto. Puesto en otros términos, no es casualidad que la economía del país esté rezagada y que algunas regiones lo estén más que otras. Cuando se busca una correlación entre condiciones de infraestructura, mano de obra, calidad de la educación y otras variables con niveles de crecimiento regionales, la correlación es absoluta: las partes más prósperas del país son aquellas que cuentan con la mejor (o menos mala) infraestructura y con un sistema educativo mínimamente funcional, como ocurre en algunas partes del centro del país (como Querétaro y Guanajuato), así como en buena parte del norte. Lo contrario ocurre en el resto: la correlación entre mala o pobre infraestructura, pésima calidad educativa y procesos judiciales arbitrarios es típica de los estados más rezagados, como se ilustra en el sur y algunas otras regiones del país.

La construcción de una economía exitosa requiere de definiciones y de acciones, no de la identificación de culpables y errores. Lo evidente es que los problemas y

rezagos que enfrenta la economía mexicana no son excepcionales (muchos países los han enfrentado). Ciertamente son consecuencia de la inacción gubernamental en temas elementales, que son intrínsecos a la actividad de cualquier gobierno con claridad de objetivos, comenzando por los elementales (estabilidad macroeconómica, competencia interna y capacidad de resolución de disputas) y prosiguiendo con los que son clave para un desarrollo de largo plazo, como la educación, la seguridad pública, el Estado de derecho y todo el sistema de regulación económica (las comisiones reguladoras, de competencia y afines). El país está rezagado no porque el modelo económico sea el equivocado, sino porque no se ha hecho nada que permita el éxito del modelo. La realidad es que ningún modelo económico podría ser exitoso dado el retraso de nuestra estructura social, política y económica. Es ahí donde debiéramos colocar el énfasis.

Como se decía en un principio, la organización de una economía responde a sus características peculiares y específicas. La nuestra responde, como la de todas, a una historia y a una manera tradicional de hacer las cosas. El problema es que esa manera de hacer las cosas es disfuncional y los costos de mantenerla son elevados y crecientes. Es por ello que debe ser modificada. Pero también ahí es importante definir lo que se persigue: es perfectamente sabido qué hay que hacer para permitir una transformación económica del país; es decir, no hay nada secreto en el contenido de las reformas requeridas. Lo que se requiere es una verdadera obsesión por crecer que logre vencer los obstáculos que impiden el éxito del modelo económico. Eso es lo que diferencia a los llamados tigres asiáticos de nuestro país. Mientras el país no haga suya esa obsesión, el estancamiento seguirá siendo la característica de nuestra economía.

La “nueva” economía: paradigma no asimilado en México

Desde hace varios siglos y hasta finales del los 1970's, el crecimiento económico estuvo directamente ligado al desarrollo de un conjunto de industrias consideradas fundamentales por su impacto sobre el resto de la economía. Los países que aspiraban a la modernidad y a la riqueza se abocaron a construir grandes plantas siderúrgicas, redes eléctricas que cruzaban todo el territorio de un país,

cementeras, carreteras y plataformas de infraestructura que se estimaban cruciales para el crecimiento.

Las economías más exitosas fueron aquellas donde las empresas tenían desarrollaban todos los procesos necesarios para obtener productos estandarizados que se vendían en mercados regionales. Las mejores empresas tenían estructuras jerárquicas en la definición de responsabilidades que les permitía ser eficientes. De esta forma, los mercados relevantes eran aquellos donde las empresas se encontraban localizadas y atendían las necesidades de un determinado país o región.

Esa era terminó hace ya muchos años. Si bien la industria sigue siendo el pilar de muchas economías, y la mexicana no es excepción, el mundo ha experimentado una verdadera revolución tecnológica que ha transformado la manera en que funciona no sólo la economía en general, sino también la industria.

La denominada “nueva economía” es aquella que se basa en el conocimiento y el uso de tecnología por una mayor cantidad de población. El éxito se relaciona directamente al uso de la tecnología en distintas áreas de la producción de bienes y servicios, a los mejoramientos que se puedan derivar de su implementación, así como a las ideas e innovaciones en todos los sectores productivos. Esto significa un nuevo paradigma respecto del pasado, en donde la tecnología servía como soporte de un proceso productivo estático. Ahora, lo importante es la interacción del trabajo y la tecnología, en donde el primero se encuentra organizado alrededor del segundo y ambos evolucionan al mismo tiempo para realizar actividades en forma más eficiente de forma permanente. Es un sistema vivo que utiliza telecomunicaciones de alta velocidad, computadoras personales, instrumentos de uso diario (agendas, telefonía, instrumentos médicos, etc.) y, por supuesto, el Internet y en donde las personas realizan mejoras permanentes en sus actividades cotidianas.

En la nueva economía los trabajadores no utilizan su fuerza corporal, sino que generan y procesan información, mejoran productos y los llevan a los consumidores en el menor tiempo posible. Esto significa que la fuerza laboral no calificada es cada vez menos relevante, pues la mayoría de los trabajadores

deben utilizar su intelecto en vez de sus habilidades físicas. Gracias a la alta productividad que se tiene por trabajador, la organización tiene sólo algunos niveles de responsabilidad, pues las responsabilidades son equiparables y la necesidad de jerarquías laborales es menor.

La nueva economía no se encuentra circunscrita a mercados locales. Gracias a la reducción de los costos de transacción y comunicación, las empresas pueden producir bienes y servicios para mercados localizados en diferentes lugares del planeta. De esta forma, el intercambio informativo y de formas de producción es mucho mayor que en el pasado, con un aumento en los niveles de competencia sin precedentes. Mientras que hace algunas décadas podían coexistir en el mundo empresas que fabricaban acero, por citar un ejemplo muy evidente, a precios muy distintos, hoy en día, una era en la que los costos del transporte se han colapsado y la información es instantánea, el fabricante que no logra abatir sus costos para reducir sus precios no puede vender sus productos.

Las ganancias en eficiencia derivada de la implementación de tecnologías se derivan de la estandarización en la producción de millones de productos que antes se consideraban industriales y, por lo tanto, en cierta forma excepcionales. Productos como teclados de computadoras hasta láminas de acero, focos y decenas de productos electrónicos o químicos

que son indistinguibles en su calidad y desempeño independientemente de quien los fabrica o donde

y que son mejorados en forma permanente en distintas partes del mundo al mismo tiempo. La combinación de tecnologías de comunicaciones, diseño, fabricación y comercialización en todo, desde la producción de bienes tradicionales como papel, zapatos o computadoras, pero también software, energía o crédito bancario, ha transformado al mundo. La rentabilidad de las empresas que se encuentran en estos campos no se deriva de la producción misma de los bienes, sino del valor agregado que la empresa genera a lo largo de su proceso.

Existe una concepción errónea que considera a la nueva economía como la producción barata de partes de instrumentos tecnológicos. Sin embargo, cuando el

ensamblado de productos no se convierte en conocimiento sobre su uso y aplicaciones en nuevos procesos productivos o en mejoramientos de la vida cotidiana su producción no tiene mayor beneficio social que el precio al cual se vende. Tal ha sido el caso de las maquilas en México. Las empresas ahí establecidas lo han hecho sólo por la conveniencia en su logística productiva y no ha sido un fuerte catalizador, con algunas excepciones, para tener un mayor desarrollo tecnológico en México. Esto no significa que las maquiladoras sean un sector no deseado para nuestra economía. Por el contrario, gracias a su gran dinamismo y expansión fue posible lograr la recuperación económica después de la crisis de 1995. Sin embargo, al ser un sector extraordinariamente sensible a cambios en los costos de sus insumos, es evidente que el atractivo de competir en esas industrias disminuye conforme tenga opciones más baratas, tal como ha sucedido durante los últimos cuatro años. Debemos generar los incentivos para que este sector agregue valor a partir del conocimiento y su aplicación y no sólo sean una fuente de empleos temporales. El hecho de que en los últimos dos años se haya observado un retorno de maquiladoras de China sugiere que la estabilidad macroeconómica mexicana constituye una ventaja nada despreciable y que, por lo tanto, la economía mexicana mantiene cierto grado de competitividad. Agregar valor es el punto neurálgico de la nueva era. Nada de esto niega la importancia o el valor de la industria tradicional, pero la pone en perspectiva. Las empresas y plantas ya instaladas o aquellas que, gracias a nuevas tecnologías, pudieran ser competitivas, deben hacer todos los esfuerzos por operar, crecer y exportar. Eso es justo lo que no hemos hecho y es ahí donde deberíamos concentrar nuestros esfuerzos.

Gráfica VI.1

Evolución del empleo en manufacturas, 1990, 1995 y 2000

Fuente: International Labour Organization (ILO). Key Indicators of the Labour Market, KILM 3rd Edition - Charts by indicator. {<http://www.ilo.org/public/english/employment/strat/kilm/chartsind.htm>}

Cambio de paradigma como punto de partida

Si bien la lógica de la transformación necesaria es bastante evidente, la sociedad mexicana parece orientada hacia una dirección muy distinta. Refugiándose en el pasado, la propensión natural de la población (incluyendo al empresariado) es la de ver con nostalgia hacia atrás. Unos se sienten más seguros al amparo del pasado, en tanto que otros se empeñan en hacer viable un mundo que quizá ya no puede ser pero que, en todo caso, no es particularmente atractivo. Muy elocuente es la forma como se observa y debate la evolución de la economía mexicana: la obsesión con la que se quiere recrear un mundo industrial que, a estas alturas, ya no es particularmente rentable. En lugar de ver hacia adelante en aras de construir una economía fundada en el valor agregado, la tecnología y el conocimiento, todo el discurso público parece obstinado en fabricar productos industriales que ya no generan empleos (ni ingresos elevados) y que, para colmo, actualmente acaparan economías con costos de mano de obra mucho menores.

La noción de poder competir exitosamente en todas las ramas de la actividad industrial con países como China es absurda hasta en concepto. Pero ese reconocimiento no ha llevado a otro igualmente importante: que hay oportunidades de desarrollo en actividades y sectores distintos que no se están explotando.

La gran pregunta es si pretendemos desarrollar al país elevando los niveles de ingreso de la población y construir una economía sólida y próspera con una sociedad más equitativa o, por el contrario, si queremos competir con los salarios más bajos en las industrias más competidas y con menos futuro. Es decir, la disyuntiva es si queremos volver a 1975 o avanzar hacia el 2025. La respuesta parecería obvia, pero eso no es evidente en el debate público actual, las posturas de los políticos o el ánimo de la población.

Si uno observa con distancia los temas que apasionan y obsesionan a los políticos y que proliferan en los medios de comunicación, resalta el hecho de que éstos suelen ser los menos importantes. Todo mundo parece concentrado en preservar el pasado. El gran tema que domina y abrumba las mentes, así como discurso de la mayoría de empresarios y políticos, es cómo mantener la vieja economía, es decir,

la industria basada en la producción de bienes que hoy se han convertido en meras mercancías.

La mayoría de los empresarios viven quejándose de los precios de la energía en lugar de pensar en nuevas industrias o, más bien, servicios, cuyo potencial es descomunadamente superior (cierto, los precios de la energía y de otros servicios públicos son clave pero, en términos del desarrollo de largo plazo, ese no es el tema central).

Los pocos empresarios mexicanos que han entendido la nueva economía, tienen empresas cuya característica medular descansa en el uso de la capacidad de raciocinio de su personal. Son compañías que proveen servicios, no empresas industriales dedicadas a la fabricación de una mercancía. Utilizan la tecnología para producir mejor, invierten en ingeniería y diseño, administran sus marcas y comercializan sus productos como si fueran empresas de servicios. Algunas elaboran programas de computación, pero muchas otras siguen en productos industriales, aunque se apartan del todo de los fabricantes tradicionales. La clave de su rentabilidad está en los servicios, no en la fabricación.

Los empresarios exitosos emplean la tecnología para elevar su productividad más allá de lo que puede imaginar cualquier empresa tradicional. En lugar de competir con fabricantes chinos cuya rentabilidad con frecuencia emana de costos básicos como energía o mano de obra, compiten por los servicios adicionales que ofrecen, la innovación, la administración de sus marcas, la comercialización y logística y el desarrollo de propiedad intelectual. La empresa tradicional invierte en máquinas; la empresa de servicios invierte en conceptos o en los medios para desarrollarlos. Un ejemplo de lo anterior nos lo da uno de los conceptos menos entendidos en la discusión nacional es el de las marcas. Así como en la “vieja” economía se invertía en maquinaria, en la llamada “nueva economía”, una de las inversiones más trascendentes es la de las marcas que, junto con los sistemas de distribución y logística, adquieren una importancia inusual. Algo que pocas veces se entiende en el país, las marcas que desarrollan las empresas son su principal carta de presentación y, por lo tanto, fuente de enorme valor. Dos empresas pueden vivir una junto a la otra, vender productos similares y, sin embargo, ser muy diferentes.

Los empresarios tradicionales se encuentran empeñados en proteger sus empresas tradicionales, que no tienen futuro como creadoras de riqueza o empleos. Se estima que el proteger lo que existe es la mejor manera de avanzar hacia el futuro, aun y cuando todos reconozcamos la falacia del concepto. De esta manera, buscan la protección mediante impuestos para protegerse en lugar de cambiar la manera en que agregan valor.

En lugar de lamentar la pérdida de empleos, la égida de empresas maquiladoras o la falta de nuevas inversiones, el país debería estar transformándose para hacer posible el nacimiento de una nueva plataforma de desarrollo económico. Por ello, cualquier estrategia de desarrollo que tenga posibilidad de ser exitosa tiene que partir del entrenamiento y la educación en temas como matemáticas y computación, ingeniería y tecnología.

Una “nueva” economía para México

A la luz de los dilemas que presenta la nueva economía, como mexicanos tenemos dos opciones. Una es seguir peleándonos por volver al pasado. La otra es hacer posible el futuro. Por más que los políticos se rasguen las vestiduras por los empleos perdidos o las empresas que se encuentran en problemas, lo urgente es concentrarnos en la creación de nuevas oportunidades. Parte de ello tiene que ver con el desarrollo de tecnologías, pero mucho más con todo lo que se dice pero no se hace, como las reglas del juego (seguridad pública, Estado de derecho, propiedad intelectual, respeto a los contratos, etc.), la estabilidad macroeconómica y la educación. Un papel crucial lo juega también la reorientación del debate y del discurso político. Lo imperativo es pensar hacia adelante, buscar nuevas oportunidades y concentrar todos los esfuerzos, públicos y privados, hacia ese objetivo.

El país tiene dos posibilidades. Una es seguir perdiendo el tiempo en reconstruir lo que no tiene o en lo que no se puede fincar un futuro. Por supuesto, muchas empresas viejas van a seguir existiendo, empleando y funcionando. Pero es obvio que ahí no hay futuro porque, fuera de lo que logremos capturar de inversiones de

este tipo que emigran de la economía estadounidense (y que cada vez son menores porque China resulta un destino más atractivo), ya no hay más opciones. La alternativa es concentrarnos en construir el futuro, debatir qué es posible y abandonar la inútil discusión sobre la historia o lo que pudo haber sido, pues nada de eso da de comer.

El futuro reside en una visión distinta, una visión que conjugue el desarrollo de nuevas habilidades (una función que se remite primordialmente a la educación formal) con una reorientación de los programas gubernamentales a fin de promover un acelerado desarrollo tecnológico y sentar las bases para la creación de una economía con alto valor agregado. En todo caso, los esfuerzos deben concentrarse en impulsar una sólida educación primaria y secundaria en matemáticas, lenguaje y capacidades analíticas. Esto es una condición necesaria para que nuestra economía genere conocimiento que a su vez se traduzca en riqueza.

Conocimiento y educación: Palancas para el desarrollo

La economía mexicana está muy mal pertrechada para ser exitosa en un mundo global, caracterizado por la innovación y la generación de valor. El problema de fondo, no consiste en los rezagos que el país presenta en uno u otro ámbito, como podría ser el de la infraestructura o el sistema fiscal, sino en que no se ha entendido la naturaleza de los cambios que sobrecogen al mundo. El nuevo paradigma del crecimiento que ha venido cobrando forma desde hace algunas décadas. Sin un reconocimiento cabal de lo que la nueva economía implica, difícilmente daremos los pasos necesarios para reconvertir a la economía mexicana, hacerla apta a los nuevos tiempos cuya singularidad es una revolución permanente.

En la nueva economía, el desarrollo de nuevos conocimientos es la base. Para que ello se dé es necesaria una fuerte inversión en capital humano. Entre mayor es el nivel de capital humano, generalmente medido como los años educación formal de una población, mayor es la productividad individual y en el agregado. Es

decir, mayor acumulación de capital humano permite a los ciudadanos desarrollar sus capacidades en forma más eficiente y con ello aumentar las posibilidades de tener una ocupación y el ingreso necesario para satisfacer sus gustos y necesidades.

El término economía del conocimiento o nueva economía no sólo es una forma parsimoniosa de llamar un estadio de desarrollo económico elevado, es un nuevo paradigma de crecimiento. En términos muy simples, el término indica que el conocimiento es el factor que determina en mayor medida el crecimiento de una economía, más que el capital, el trabajo o los recursos naturales. El conocimiento permite hacer más con menos recursos, innovar, generar valor y, por lo tanto riqueza. Aunque no siempre reconocido, por que no es fácil de cuantificar, el conocimiento siempre ha estado presente en los procesos económicos, pero nunca había sido tan predominante como lo es hoy en día.

La cuantificación del impacto del conocimiento sobre el crecimiento económico siempre ha sido difícil por lo que se induce de manera indirecta. Los estudiosos del tema han concluido que el conocimiento explica la parte del crecimiento que no puede ser entendido por la acumulación de factores tangibles y cuantificables, como el trabajo y el capital. El residuo de ese cálculo es atribuible al crecimiento de la productividad que no es otra cosa que el uso de esos recursos de una manera más inteligente y eficiente, producto justamente del uso del conocimiento. Alfred Marshall, un economista británico lo puso de esta manera “Mientras la naturaleza muestra una tendencia a reducir sus retornos, el hombre muestra una tendencia a incrementarlos”.

La educación formal permite un mayor nivel de desarrollo tecnológico, condición indispensable para el crecimiento económico de un país. Es el conocimiento y las innovaciones tecnológicas lo que permiten expandir la frontera de posibilidades de una economía, de hecho, de la economía mundial. Las predicciones fatalistas que anunciaban un cataclismo por la escasez de recursos naturales una y otra vez han sido derrotadas. La revolución verde, por citar un ejemplo evidente, introdujo cambios tecnológicos revolucionarios en la producción agrícola y la amenaza de la escasez alimentaria se disipó. La biotecnología promete ser una nueva revolución

en el campo de la alimentación.

En una era de acelerados cambios tecnológicos, la posesión de recursos naturales o de ventajas generadas por la geografía, ya no son tan relevantes como en el pasado. “Son las ideas, no los objetos las que cuentan” Las ventajas que importan hoy son las creadas, las que tienen que ver con la innovación y conocimiento que permiten producir más con menos recursos y no sólo eso, permite generar valor, algo que los consumidores aprecian como una cualidad por la que están dispuestos a pagar más.

En la caracterización de la nueva economía que se hizo en el capítulo anterior, el factor subyacente que le da contenido a esta nueva definición es el conocimiento. Si no transitamos en esa dirección, la economía mexicana no tendrá un futuro promisorio. Si no rompemos con el paradigma vigente y no abrazamos una visión del desarrollo sustentada en el conocimiento, condenaremos al país a la mediocridad.

Conocimiento: aplicación y desarrollo

El conocimiento es un bien público.

Esto es, una vez producido es difícil excluir a otros de su uso o disfrute. Si bien existen esquemas de protección a la propiedad intelectual y se restringe el acceso de terceros por periodos determinados al uso del conocimiento generado, precisamente para incentivar su producción, existe un acervo de conocimiento disponible para ser explotado. Pero no todas las economías tienen la capacidad de absorberlo o generarlo, algunas no tienen siquiera los incentivos para hacerlo. Las ideas, el conocimiento o la innovación sólo florecen en un entorno propicio.

La educación es sin duda un factor muy importante y necesario, pero el verdadero catalizador de la innovación es la competencia económica. Sirva un ejemplo para ilustrarlo. Cuba es (y por mucho) el país latinoamericano mejor evaluado en términos del desempeño de sus educandos en el nivel básico en áreas como lenguaje y matemáticas (UNESCO. Laboratorio latinoamericano de evaluación de la calidad de la educación, primer Informe, noviembre de 1998). También es reconocido por la calidad de su educación superior y si bien cuenta con una

política tecnológica centralmente dirigida que presume de algunos avances en el campo de la ciencia, sobre todo médica, es totalmente irrelevante en términos de sus procesos económicos. Sin una estructura económica que genere los incentivos adecuados, no se produce conocimiento orientado a la productividad, a la elevación de los niveles de vida. No hay vasos comunicantes entre el conocimiento y el crecimiento económico. Una de las maneras de medir el conocimiento y su aplicación en la vida cotidiana de las personas es a través del número de patentes que cada país tiene.

Gráfica VII.1

Total de patentes en el mundo

Fuente: United States Patent and Trademark Office

Patent Statistics Reports Available For Viewing. Statistics By Calendar Year

Extended Year Set - Historic Patent Counts by Country/State and Year, Utility Patents Report

http://www.uspto.gov/web/offices/ac/ido/oeip/taf/reports.htm#pat_trends

Como puede observarse en la gráfica anterior, los Estados Unidos es la nación que genera mayor cantidad de patentes y por ende nuevos productos para los consumidores. Nuevos productos facilitan la vida cotidiana y permiten lograr incrementos sustantivos en la productividad. Esto ha sido entendido por las demás naciones y por ello, el porcentaje de nuevas patentes que se desarrollan es cada vez mayor. Si tomamos el año de 1963, se puede observar que el total de patentes desarrolladas fuera de Estados Unidos fue apenas el 18% del total, mientras que para el año 2003 este porcentaje se incrementó a casi el 50%.

Pero no hay que trasladarnos más allá de nuestras fronteras para corroborar la tesis anterior. En el México de la posrevolución experimentamos una de las más espectaculares expansiones educativas, sin que ésta tuviera incidencia en el crecimiento económico, en el abatimiento de la pobreza o la distribución del ingreso. A finales de los ochenta G. Psacharopolous publicó un artículo en el que comparaba los retornos de la educación en un listado de países seleccionados. Para el caso de México encuentra que la educación explica tan sólo el 0.8 por ciento del crecimiento económico entre los años cincuenta y sesenta. Este dato

resulta particularmente alarmante, no sólo porque México fue el caso extremo de la muestra y se encontró a casi ocho puntos porcentuales de la media, sino porque, como decíamos, coincide precisamente con la etapa de mayor expansión de la matrícula de educación básica experimentada por el país. En ese mismo estudio y en ese mismo lapso, la educación en Estados Unidos explica un 20% de su crecimiento.

La estructura de la economía importa, ésta debe generar los incentivos a la generación de conocimiento que se traduzca en mejoras en la calidad de vida de las personas. Debe establecer vínculos entre el conocimiento y la producción para elevar la productividad. Ese vínculo lo motiva la competencia económica. Pero en el México de aquellos años (de los cincuenta a principios de los ochenta) se estableció un paraguas de protección a la industria del país y un control burocrático de los procesos económicos que aniquiló la necesidad de la innovación, inclusive de mano de obra preparada. El “milagro mexicano” de esos años, fue un crecimiento intensivo en el uso de recursos, pero poco en conocimiento y capital humano, por lo mismo hizo crisis años después. Al amparo de un modelo de protección, el país desarrollo industrias básicas, fortaleció su sector manufacturero.

El traslado de recursos de actividades rurales a la producción industrial, implicó en sí un aumento de la productividad de la economía en su conjunto. Pero sin competencia, no existió un acicate a la innovación, a la generación de conocimiento. Para nadie debió ser sorpresa que a mediados de los ochenta, cuando se dan los primeros pasos para liberalizar el comercio en el país, una gran parte de la industria nacional estuviera muy mal dotada para competir, eran tan improductivas como obsoletas sus tecnologías de producción. Nuestros procesos productivos acusaban un déficit agudo en materia tecnológica, de ahí lo difícil que ha resultado adaptarlos a las nuevas circunstancias. Tal como se muestra en la siguiente gráfica, no es sino hasta después de 1997 que ha habido un incremento en el número de patentes, que apenas igualan las que se tuvieron durante los 1960's y 1970's. Sin embargo, nuestra participación en el desarrollo tecnológico

mundial se ha reducido a menos de una sexta parte de lo que llegó a ser hace apenas tres décadas.

Gráfica VII. 2

Total de patentes en México y como porcentaje del mundial

Fuente: United States Patent and Trademark Office

Patent Statistics Reports Available For Viewing. Statistics By Calendar Year

Extended Year Set - Historic Patent Counts by Country/State and Year, Utility Patents Report

http://www.uspto.gov/web/offices/ac/ido/oeip/taf/reports.htm#pat_trends

Las condiciones para la industria mexicana hoy son radicalmente distintas a las del pasado. La economía mexicana abrió sus fronteras al ingreso de productos importados y con ello elevó la competencia en el sector de las manufacturas, primordialmente. Pero la economía mexicana no logra sacudirse del legado de la estructura económica anterior. Sectores enteros se caracterizan por una organización industrial en la que sobresalen unos cuantos participantes, en la que prevalecen barreras a la entrada de la más diversa índole (desde la prohibición constitucional a la inversión privada o extranjera, hasta regulaciones en apariencia inofensivas que en realidad protegen los intereses de los actores dominantes en el mercado). Esta condición de falta de competencia es una característica de mucho más sectores económicos de los que imaginamos. La economía mexicana sigue siendo una en la que los participantes buscan rentas elevadas no a través de su productividad, sino de regulaciones que les den protección.

A pesar de lo anterior, las reformas económicas de los ochenta han calado. Existen sectores económicos cuya productividad converge con la de sus competidores, o la de sus pares en otras latitudes. En su mayoría se trata de sectores en los que la inversión extranjera es mayoritaria y junto con esa inversión se ha importado el conocimiento contenido en sus tecnologías. Esa inversión fluye ahora mucho más lentamente hacia el país, al encontrar destinos más atractivos al nuestro. Si México se hubiese convertido el destino de la inversión que prometía al inicio de los noventa, nuestro atraso tecnológico se hubiera mitigado. La inversión extranjera es el medio más rápido y eficaz para cerrar brechas en conocimiento.

Mientras nosotros nos debatimos entre el pasado y lo que quisimos construir a través de las reformas económicas de los ochenta y noventa, el mundo desarrollado ha dado un salto cualitativo monumental (en el capítulo anterior se abunda sobre la naturaleza de ese cambio). Frente a ello México debe de ubicar su posición (y vocación) y definir qué quiere para el futuro. Debe asumir, también, las consecuencias de esta decisión. Los países que han incrementado en forma sustantiva sus tasas de crecimiento durante los últimos decenios, se han percatado de ello. España, Irlanda, India y China, por mencionar algunos ejemplos, han enfocado parte de sus esfuerzos en el desarrollo tecnológico propio, como base para la producción de nuevos bienes y servicios en sus economías. En la siguiente gráfica puede observarse el incremento: El número de patentes entre 1963 y 2003, han crecido en forma permanente, lo que habla de un incremento importante en sus procesos productivos.

Gráfica VII. 3

Total de patentes en países con alto crecimiento económico

Fuente: United States Patent and Trademark Office

Patent Statistics Reports Available For Viewing. Statistics By Calendar Year

Extended Year Set - Historic Patent Counts by Country/State and Year, Utility Patents Report

http://www.uspto.gov/web/offices/ac/ido/oeip/taf/reports.htm#pat_trends

Para bien o para mal, es claro desde hace tiempo que México no es un país con una vocación agrícola. Pero tampoco es un país de mano de obra barata que pudiese especializarse en proceso sencillos de ensamble. México no es una potencia industrial, y si bien puede caracterizársele como un país exportador (lo es porque la principal fuente de su crecimiento lo constituye este rubro), enfrenta una cada vez más encarnizada competencia de países como China que lo desplaza de ciertos mercados, sobre todo en la economía de nuestro vecino del norte. México, es cierto, es un país rico en recursos energéticos, pero aún si se canalizara la suficiente inversión para extraer esa riqueza del subsuelo, sustentar nuestro crecimiento en un producto natural no renovable, además de suicida, nos remontaría a un pasado ya superado. México puede permanecer indefinido, pero

los costos serían cada vez más elevados.

La fuente de riqueza ya no son los recursos naturales, sino el conocimiento que se transforma en tecnología y productividad. Si en el transcurso de los próximos años queremos crecer a tasas elevadas y sostenidas, el énfasis debe trasladarse a temas y ámbitos que hasta ahora hemos soslayado. Tendremos que actuar en el terreno de la microeconomía, pues es ahí donde los incentivos están mal estructurados. Si se levantan las barreras a la competencia que siguen plagando sectores enteros de la actividad económica, de manera natural habrá demanda por la innovación, por el conocimiento, pues ahí se encuentra la fuente de la productividad y la capacidad de competir. Pero el país debe prepararse en otro frente, el educativo. Una población educada es el principal activo con el que puede superar no sólo el reto de crecimiento, sino también el de la equidad.

Educación, la agenda permanente en México

La educación es el otro gran componente de la ecuación en este nuevo paradigma del crecimiento. Si partimos de la premisa de que el conocimiento existe, debemos de tener las capacidades mínimas para entenderlo, procesarlo, discriminar lo que nos sirve y lo que no.

Las tecnologías de la información han revolucionado las maneras de acceder al conocimiento, pero si no hay capacidad para aprovecharlo, simplemente resulta irrelevante. Una mejor educación contribuye a la prosperidad de un país, ayudando a nivelar la productividad del trabajo y el progreso tecnológico, con lo que se impulsa el crecimiento económico. En una estimación hecha por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, los expertos en el tema han calculado que un año adicional de educación de una población, permite aumentar el producto económico entre un 3 y un 6% anualmente.

En el pasado, la economía no demandaba gente preparada, sino personas que pudieran realizar mecánicamente una labor en una línea de producción. En la medida en que la economía se comenzó a transformar y que procesos complejos de producción requirieron de algo más que la fuerza física de un trabajador, la escasez de gente con habilidades básicas se comenzó a manifestar. La

capacitación en el trabajo ha resultado una vía para solventar las deficiencias, pero no es una solución.

En el caso mexicano, el énfasis de la política educativa nacional estuvo en la cobertura durante las décadas anteriores. La agenda se concentraba fundamentalmente en proporcionar el servicio educativo básico, con poco énfasis en la calidad. El enfoque principal de las políticas educativas mexicanas fue proporcionar educación básica obligatoria para una población joven, sin una estrategia clara sobre el tipo de educación y capacidades que deberían desarrollarse en los estudiantes. Entre 1970 y 2004 el total de estudiantes ha crecido en casi veinte millones, pues pasó de 11.5 a 30.5 millones de personas, tal como se muestra en las siguientes gráficas.

Gráfica VII. 4

Matrícula de la educación primaria en México (1970 - 2025)

Fuente: Secretaría de Educación Pública.

Sistemas para el análisis de la estadística educativa.

HYPERLINK "<http://www.sep.gob.mx>"

<http://www.sep.gob.mx>

Gráfica VII.5

Matrícula de la educación secundaria en México (1970 2025)

Fuente: Secretaría de Educación Pública.

Sistemas para el análisis de la estadística educativa.

HYPERLINK "<http://www.sep.gob.mx>"

<http://www.sep.gob.mx>

Dada la gran presión demográfica, ha habido distintos esfuerzos por tratar de mejorar la calidad de la educación pero los resultados no han sido los esperados. La concepción de los programas educativos ha sido rebasada por la necesidad de ir instrumentando los planes sobre la marcha. La educación pública en México puede caracterizarse como laxa y uniforme, sin orientación hacia el conocimiento y

desarrollo de capacidades individuales.

En la década de 1970's, las autoridades comenzaron a hablar sobre la necesidad de mejorar los servicios educativos a la vez de incrementar la cobertura. Hubo diferentes esfuerzos por mejorar los planes de estudio y se implementaron algunas estrategias aisladas como los libros de texto gratuitos, las telesecundarias. En el discurso se hablaba de actualización, apertura y flexibilidad, aunque en la práctica se trató de masificar la educación, con un descuido total del tipo de enseñanza.

Esta política se mantuvo hasta principios de los 1980's, cuando se implementó la política denominada "Educación para Todos". Bajo este enfoque se buscó ofrecer educación a cualquier niño en edad de recibirla, para lo cual hubo una gran ampliación del sistema educativo, se crearon los albergues escolares. De igual forma, se implementaron cursos comunitarios para niños en comunidades apartadas, la primaria intensiva para adolescentes y se implementaron programa de educación para adultos. En el discurso se mostró la necesidad de vincular la educación con las necesidades de la producción, por lo que se implementaron programas para la educación media y superior. En 1979 se creó el Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (CONALEP) en 1979. Cabe hacer mención que elevar la calidad de la educación no fue la prioridad, aunque en 1978 se creó la Universidad Pedagógica Nacional, y en 1979 el Consejo Nacional Consultivo de Educación Normal como herramientas para lograrlo.

De acuerdo con los expertos en el tema educativo, los objetivos que se buscaron durante aquellos años no pudieron alcanzarse. De hecho, el sistema político afectó en forma definitiva el funcionamiento de los programas y hasta la fecha no son herramientas que sirvan para mejorar el sistema educativo nacional. El sistema educativo funciona a partir de las relaciones sindicales de los maestros y su relación con la Secretaría de Educación Pública.

Entre 1982 y 1988 se puso en marcha el Programa Nacional de Educación, Cultura, Recreación y Deporte. En dicho plan se hizo un reconocimiento sobre la necesidad de incrementar en forma sustantiva la calidad de la educación, pues el incremento de maestros, instalaciones y presupuesto educativo, no eran

condiciones suficientes para mejorarla. Se habló de una “Revolución Educativa” que mejorara los contenidos, métodos y sistemas de enseñanza; los apoyos didácticos y culturales, y en administración. Es en este periodo cuando se crean 31 delegaciones de la Secretaría de Educación en las entidades federativas. Por primera vez se reconoce que la calidad de la educación es una prioridad y un problema.

Para el periodo 1989 a 1994 se implementó el Programa para la Modernización Educativa. En él, se establece la necesidad de tener un sistema educativo de mayor calidad. Se reconoce la relación que existe entre la educación de los ciudadanos y su interacción en los mercados, así como el efecto que tiene el conocimiento y la productividad en la economía. En 1992 se firma el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica, a partir del que fue posible modificar la Ley General de Educación en 1993 y que sustituyó a la Ley Federal de Educación de 1973. Este acuerdo incluyó un conjunto reformas fundamentales del sistema de educación, entre las que destacan: la descentralización del sistema educativo; la reformulación de los contenidos y materiales, la promoción de la evaluación externa, el incremento del número de años de la educación básica y la revaloración del trabajo de los maestros. Se amplió la educación obligatoria hasta los 9 años (6 de primaria y 3 de secundaria) y se estableció que la educación es la herramienta para lograr un desarrollo de largo plazo para combatir la pobreza y para mejorar el nivel del capital humano.

El Acuerdo de 1992 permitió la descentralización la administración del sistema educativo hacia los gobiernos estatales, quienes se convirtieron en corresponsables del financiamiento del sistema educativo, en la capacitación de los maestros y en la definición de algunos contenidos de los programas.

Durante el gobierno de Ernesto Zedillo, quien fue secretario de Educación, se mantuvieron los objetivos del Programa para la Modernización Educativa. Se hicieron cambios importantes en los programas de educación básica y en la forma de capacitar a los maestros por medio de la formación del Consejo Mexicano para la Investigación Educativa (COMIE). Sin embargo, todos estos en la práctica, el gobierno federal ha mantenido un alto grado de control en la definición del

contenido de los procesos educativos y en el sistema de evaluación. Hubo un mayor énfasis en la educación técnica superior y el establecimiento de las universidades tecnológicas, esquemas similares a los colegios comunitarios en los Estados Unidos y a los institutos Universitarios de tecnología de Francia. De esta forma el sistema educativo fue estructurado, tal como se describe en el siguiente cuadro.

Tabla VII.1

Estructura del Sistema Educativo Mexicano

Tipo de Educación

Nivel

Basado en Escuela

No basado en escuela

Educación inicial

Educación inicial

Educación por padres

Educación Básica

Preescolar

General

Comunidad

Indígena

Primaria
General
Primaria para adultos

Comunidad

Indígena

Secundaria
General
Secundaria para adultos

Comunidad

Indígena

Capacitación vocacional

Capacitación

Capacitación vocacional

Bachillerato Preparatoria

Profesional técnica

Profesional técnica

Educación abierta a distancia

Bachillerato

General

Técnico

Educación Superior

Profesional técnica

Profesional técnica

Educación abierta a distancia

Grado universitario

Capacitación de profesores

Grado universitario

Grado técnico

Postgrados

Especialización

Grado de maestría

Doctorado

Fuente: Secretaría de Educación Pública.

HYPERLINK "<http://www.sep.gob.mx>"

<http://www.sep.gob.mx>

En la administración de Vicente Fox, la política educativa tiene como objetivo

reforzar el Acuerdo de 1992. En el Plan Nacional de Desarrollo, se busca fortalecer la equidad en la educación, la mejoría de los resultados educativos, el fortalecimiento del federalismo y la participación de social en la educación. En 2002 se creó el Instituto Nacional para la Evaluación Educativa, que se contempló desde 1992. El papel, este instituto tiene plena autonomía e independencia para dar seguimiento a los contenidos y la calidad de la enseñanza pública. Se amplió la educación básica obligatoria, aumentando el número de años de preescolar y que en el 2008 será de 3 años. Es decir, se ha busca alcanzar los objetivos planteados hace más de una década, con énfasis en la calidad y descentralización. Tanto el programa de Escuelas de Calidad, como el programa de Enciclomedia tienen estos objetivos. La distribución de estudiantes por nivel de estudios que se tiene hoy en día se muestra en el siguiente cuadro.

Tabla VII.2

Distribución de estudiantes en México por tipo de educación

Federal

Estatal

Privado

Independiente

Total

Preescolar

339

10.4

2,928

13.1

369

9.5

3,636

11.8

Primaria

929

28.4

12,737

57.1

1,191

30.5

14,857

48.2

Secundaria

407

12.4

4,804

21.5

449

11.5

5,660

18.2

Capacitación vocacional

331

10.2

392

1.8

441

11.3

1,165

3.8

Bachillerato / Preparatoria

911

28

1,194

5.4

711

18.2

479

34.8

3,295

10.7

Educación superior

346

10.6

250

1.1

742

19

899

65.2

2,237

7.3

Total
3,263
100.0
22,283
100.0
3,903
100.0
1,401
100.0
30,850
100.0

Fuente: Secretaría de Educación Pública.

HYPERLINK "<http://www.sep.gob.mx>"

<http://www.sep.gob.mx>

Desafortunadamente, los alcances del Acuerdo para la Modernización Educativa que se han tenido durante las tres últimas administraciones no han sido los deseados. Las autoridades de cada entidad se han convertido en simples administradores del sistema educativo, sin otra responsabilidad que el pago a los maestros de las escuelas de sus estados, así como el pago de los aumentos salariales. La Secretaría de Educación Pública sigue siendo responsable del diseño de los planes y programas educativos, de preparar los libros de texto, de la planeación y evaluación de los resultados y de la promoción de la equidad del sistema escolar.

El aumento en cobertura que permitió incrementar la escolaridad promedio de 3 a 7.7 años durante los últimos 30 años. Sin embargo, estos resultados son muy vagos y tal como se describe en la siguiente sección, la calidad educativa dista mucho de lo esperado a partir del Acuerdo de 1992. Los retos y desafíos por delante son muchos. Hoy y durante siguientes años, habrá un aumento significativo en la demanda por educación secundaria, bachillerato, preparatoria y

educación superior, especialmente en las entidades del país que tienen los mayores índices de marginación, tal como se muestra en las siguientes gráficas. El reto será ampliar esta cobertura y mejorar la calidad de los servicios que se prestan.

Gráfica VII.6

Matrícula de bachillerato en México (1970 2025)

Fuente: Secretaría de Educación Pública.

Sistemas para el análisis de la estadística educativa.

HYPERLINK "<http://www.sep.gob.mx>"

<http://www.sep.gob.mx>

Gráfica VII.7

Matrícula de educación superior en México (1970 2025)

Fuente: Secretaría de Educación Pública.

Sistemas para el análisis de la estadística educativa.

HYPERLINK "<http://www.sep.gob.mx>"

<http://www.sep.gob.mx>

Este panorama nos indica que el esfuerzo educativo deberá ser mayor al hecho hasta el momento. Resulta indispensable cumplir con lo establecido en el Acuerdo para la Modernización Educativa de 1992, con mayor énfasis en la promoción de la evaluación externa, el financiamiento vinculado a estas evaluaciones y mejoras de los programas de conformidad con los cambios tecnológicos.

En este sentido, debe haber una reforma para el financiamiento de la educación básica y superior. La estructura fiscal de nuestro país no vincula el bien público educación con los impuestos pagados por los contribuyentes. De igual forma, no existen criterios de eficiencia educativa, lo que impide una sana competencia para logra la mejora permanente del sistema educativo.

A pesar del gran esfuerzo del gobierno federal para destinar mayores recursos

para la educación, éstos son insuficientes. De acuerdo con la OCDE, el gasto en educación en México representa más del 20% del gasto público total, en comparación con el 13% promedio de otros países. Sin embargo, debido al bajo nivel de recaudación fiscal reducen el impacto de este gran esfuerzo, pues al ser medido como porcentaje del PIB, el gasto educativo es de los más bajos del organismo, especialmente cuando se corrige como proporción relativa de los jóvenes. Adicionalmente, el gasto educativo se encuentra fundamentalmente dirigido al pago de la nómina de profesores y empleados, con una muy baja inversión en capital, tal como se muestra en el siguiente cuadro. Esto significa que la inversión educativa es insuficiente, cada vez tendrá menores rendimientos, pues no hay los recursos para su mejoría.

Tabla VII.8

Distribución de estudiantes en México por tipo de educación

PAÍSES

Educación Básica

Educación Superior

Gasto Corriente

Gasto de Capital

Gasto Corriente

Gasto de Capital

Malasia

63.2

36.8

48.6

51.4

Corea

78.7

21.3

79.5

20.5

Chile

83.5

16.5

90.2

9.8

Islandia

86.1

13.9

96.2

3.8

Estados Unidos

88.1

11.9

89.4

10.6

Grecia

88.6

11.4

60.1

39.9

Noruega

88.7

11.3

90.1

9.9

Turquía

88.8

11.2

79.8

20.2

Japón

88.9

11.1

83.7

16.3

Irlanda

89.7

10.3

81.6

18.4

Rep. Checa

91.2

8.8

87.5

12.5

Media

91.6

8.4

88.5

11.5

Francia

91.7

8.3

89.7

10.3

Polonia

91.9

8.1

96.2

3.8

Reino Unido

92.2

7.8

97.7

2.3

Israel

92.3

7.7

90.5

9.5

Alemania

92.4

7.6

89.5

10.5

Brasil

93.3

6.7

96.9

3.1

España

93.5

6.5

80.9

19.1

Indonesia

93.9

6.1

82.0

18.0

Holanda

94.6

5.4

95.4

4.6

Italia

94.7

5.3

83.0

17.0

India

95.3

4.7

98.8

1.2

Uruguay

96.6

3.4

92.0

8.0

México

97.2

2.8

95.7

4.3

Argentina

98.4

1.6

99.2

0.8

Nota: x indica que los datos están incluidos en otra columna. La columna referida es mostrada en paréntesis después de la "x", ej: x(2) significa que los datos están incluidos en la columna 2.

Educación para el conocimiento: el reto de la calidad educativa

La relevancia de los contenidos en los programas educativos debería ser el tema central en el debate sobre la política educativa. Y responder a la pregunta del para qué, la piedra de toque de una pretendida reforma educativa. En el pasado la lógica de control político se fue apoderando del aparato educativo hasta hacer irrelevante cualquier otra consideración. La lógica de control político sigue incrustada en la labor educativa y docente e impide siquiera responder a la pregunta educar ¿para qué? La educación debe servir para brindar al individuo que la recibe, las herramientas y habilidades para desarrollarse a lo largo de su vida. En el mundo de hoy donde la competencia es ubicua, la relevancia de la educación debe ser medida con ese rasero, si la educación dota o no al individuo de las capacidades para poder competir. Por la información que se presenta a continuación, la educación en México no pasa esta prueba.

Hasta hace muy poco, los mexicanos no teníamos acceso a información sobre desempeño y aprovechamiento educativos, a pesar de que la SEP realizaba exámenes periódicos con ese propósito. No fue sino hasta que se hizo público un estudio realizado por la OCDE sobre evaluación de aprovechamiento, que las deficiencias en nuestro sistema educativo se hicieron manifiestas. Con ella, corroboramos lo que ya intuíamos. La primera evaluación conocida como Programme for International Student Assessment (Pisa 2000) se centró en la comprensión de lectura de jóvenes de 15 años que cursaban la secundaria. En esta primera evaluación México ocupó el último lugar muy lejos del promedio y del antepenúltimo lugar. En este ejercicio a México se le comparó con los mejores de las grandes ligas. Una segunda evaluación a cargo de la UNESCO, realiza el mismo ejercicio para los países latinoamericanos. El énfasis se puso en lenguaje y matemáticas y se evaluó a niños de tercero y cuarto de primaria. Otra vez, México aparece por debajo de la media. Los niños y jóvenes mexicanos entienden menos lo que leen que sus pares en países desarrollados; y realizan operaciones matemáticas con más deficiencia que la media de sus pares en países con igual o menor nivel de desarrollo. La educación que reciben no los está dotando de las habilidades mínimas para ser exitosos y competitivos en su edad adulta.

La publicación de los estudios anteriores levantó en el país un gran revuelo. Pero

no mucho más. También motivó respuestas fáciles de quienes a todas luces no entienden la naturaleza del problema. “Gastemos más en educación”, a lo que siguió una reforma legislativa en la que se establecen incrementos periódicos en el gasto educativo hasta llegar a un 8% del PIB. Ni tangencialmente se aborda el problema de fondo. La actual administración esbozó en sus inicios una agenda educativa que ponía énfasis en la evaluación. El tema de la calidad pareció permear las infranqueables paredes de la SEP y el sindicato magisterial. Contamos ahora con una entidad encargada de la evaluación, pero seguimos igual, sin información del desempeño de las escuelas del país y de la efectividad del gasto en materia educativa.

En materia de educación superior, seguimos produciendo profesionistas en humanidades, pero muy pocos ingenieros o tecnólogos. Esta relación es vieja, pero su persistencia indica que el mercado no está mandando las señales adecuadas y que nuestro aparato productivo sigue sin demandar los servicios de estas profesiones. La fuga de cerebros es tan intensa como en el pasado, no hay nada que atraiga a los científicos nacionales a permanecer en el país.

El problema en el ámbito educativo es parte de una problemática mayor: no hemos definido a dónde queremos ir. Ni hemos entendido que la realidad del mundo de hoy nos deja pocas opciones. Por eso el debate político y público se da el lujo de descarrilarse de la manera en que lo hace. Estamos desconectados de la realidad que nos circunda. En materia educativa, como en muchos otros ámbitos el marco de referencia que se emplea es incorrecto. No estamos aislados, ni nos podemos abstraer de la realidad mundial porque las fuentes de crecimiento están afuera, en nuestra relación comercial, de inversión y tecnológica con el resto del mundo. Ya no hay manera de crecer endógenamente, a menos de que queramos empobrecer más al país hasta hacerlo inviable. La educación es un instrumento y, como tal, tiene que ser apropiado para las condiciones del mundo en el que tendrán que emplearlo sus receptores; si el instrumento no empata con las necesidades y circunstancias del mundo real, es irrelevante. Pero es imposible emprender una reforma educativa, si antes no cambiamos el paradigma y rompemos de una vez por todas con el del pasado.

El conocimiento está rompiendo barreras de todo tipo: los costos, la escasez, las distancias. Pero también está ampliando las brechas entre quienes lo desarrollan y utilizan y los que no. Lo vertiginoso de su evolución, nos está dejando atrás, no conectarnos a él cancelará definitivamente nuestras posibilidades de desarrollo.

¿Podrá México constituir una economía basada en el conocimiento? Plantear o pensar a la economía mexicana como una basada en el conocimiento parecería, a primera vista, ilusorio. No tenemos todavía una estructura económica que incentive la innovación, no tenemos una planta científica o de desarrollo tecnológico extendida, ni relevante y sus vínculos con la industria son apenas incipientes, aunque existen excepciones notables. La calidad de la enseñanza impartida en las aulas en casi todos los niveles es de baja calidad y la protección que se brinda a la propiedad intelectual aunque ha avanzado, todavía es débil, como cotidianamente lo ilustra el comercio de productos piratas. Si hacemos un balance de qué tan bien acondicionados estamos para dar el salto hacia una economía del conocimiento, la conclusión sin duda es negativa.

Pero no hace mucho, también nos parecía una pieza de la fantasía pensarnos como un país exportador, con empresas de clase mundial. No obstante las tenemos. También se veía muy lejano avanzar lo suficiente en el terreno electoral como para dejar atrás años de fraude y componenda electoral, y lo logramos. En el tema de desarrollo no hay fatalidades, sólo buenos o malos liderazgos, buenas o malas políticas públicas, incentivos que promueven la iniciativa empresarial o incentivos que promueven el rentismo. La educación y el conocimiento son parte del léxico de la nueva economía. Si embonan en un proyecto definido de lo que queremos ser el futuro, sin duda serán palancas privilegiadas para generar riqueza y distribuirla mejor.

El problema de la informalidad

La informalidad en la economía mexicana se ha convertido en un problema literalmente de definición fundamental sobre el tipo de país que queremos ser. La informalidad tiene una razón de ser, pero también tiene consecuencias, algunas sumamente graves, para el desarrollo del país. Si queremos desarrollar una

economía competitiva y un país próspero, tendremos que enfrentar el problema de la informalidad y mientras más tiempo tardemos, más difícil será resolverlo de manera satisfactoria.

A primera vista, la presencia de vendedores ambulantes y del comercio callejero, parece no más que un nuevo factor en el panorama económico del país. Su apariencia y presencia puede ser grata o ingrata a la vista o molesta para los transeúntes, pero la sociedad mexicana parece haber aceptado la informalidad como una forma legítima de vivir y ganarse la vida dada la hostilidad burocrática y las dificultades inherentes a la creación de empresas formales. Y no cabe la menor duda de que el comercio informal, así como otras actividades económicas que operan al margen de la legalidad, han permitido que innumerables individuos y familias logren un determinado grado de éxito en su vida como quizá no lo hubieran podido hacer bajo las reglas tradicionales del juego. Es decir, hay una lógica y explicación razonable tanto para la existencia de la economía informal como para la decisión, al menos de facto, de participar en ella. Lo que pocas veces se aprecia es el costo que ésta entraña para la sociedad y el desarrollo económico. A la larga, mientras mayor sea la economía informal, menor será el potencial de desarrollo del país.

El tamaño de la informalidad en México varía según la metodología y la definición que se emplee. Típicamente, las cifras fluctúan entre el 12% y el 20% del PIB o entre el 25% y el 55% de la Población Económicamente Activa. Como es de esperarse, el gobierno enfatiza el aspecto legal en la definición de la economía informal (son informales los que no pagan impuestos, no cumplen con lo establecido en los códigos urbanos y comerciales, no se atienden a las normas de salud, etcétera). Las investigaciones académicas tienden a observar otros aspectos de la informalidad, comenzado por un punto muy obvio: qué es lo que lleva a una persona a optar por la informalidad en lugar de establecerse como cualquier otro comerciante o industrial. Lo que parece evidente es que sólo los primeros comerciantes o productores informales se hicieron preguntas en este sentido; la mayoría de los que se establecieron después y todos los que se suman a la economía informal cada día, encuentran que ese es un mecanismo

conveniente y fácil, sin impedimentos, para iniciar una actividad económica. Es decir, una vez que la informalidad se institucionaliza y el gobierno la acepta como un hecho irrefutable, la informalidad adquiere vida propia.

¿Por qué surge la economía informal pero, sobre todo, cuáles son las causas de su proliferación y crecimiento? Aunque hay muchas hipótesis, la evidencia sugiere que existen dos grandes temas –y perspectivas- que la hacen posible. Empecemos por el momento cuando se establece el primer comercio o fábrica sin permiso alguno, frecuentemente en la calle, sin local establecido. El primer comerciante tiene que lidiar con autoridades y el comercio establecido; sin embargo, una vez que su presencia se torna permanente, otros comerciantes comienzan a instalarse ya sin costo alguno. Más importante, mientras que el primero en establecerse tuvo que tomar conscientemente la decisión de no apegarse a los reglamentos establecidos, los siguientes simplemente imitan el comportamiento, ya sin que medie decisión alguna en ese sentido.

El otro lado de la misma moneda, esencial para el nacimiento de la informalidad, ocurre cuando la autoridad responsable (llámese gobierno municipal, que tiene jurisdicción sobre la creación de empresas y la responsabilidad de hacer valer la ley para todos, o gobierno federal, a través de entidades como la Secretaría de Hacienda, de Salud o el IMSS) decide hacerse de la vista gorda. Al igual que el primer comerciante, las diversas autoridades se encuentran ante la disyuntiva de autorizar o tolerar la instalación del comercio ambulante o productores informales, pero una vez que, por corrupción o descuido, la autoridad da su anuencia al crecimiento de la informalidad, ésta prolifera, hasta volverse potencialmente incontenible. En este sentido, la explicación más frecuente, y convincente, de la existencia de la informalidad es que hay tantas trabas burocráticas para la creación de empresas y para su operación cotidiana, que muchos optan por instalarse sin permiso.

Los primeros informales en instalarse tienden a ser hostigados por diversas autoridades, pero en la medida en su número se incrementa, el poder público tiende a abandonar su función de regulador e inspector y, sobre todo, su responsabilidad ante el conjunto de la sociedad, para convertirse en gestor político

de los informales. Es decir, a los ojos de las autoridades municipales, una vez que la informalidad se incrementa, el tema deja de ser uno de autoridad para convertirse en una nueva realidad política. Algunos gobernantes utilizan a los informales para sus propios fines: desde la extracción de mordidas, hasta la movilización para fines políticos. El punto fundamental es que los informales acaban convirtiéndose en una realidad política y, cuando esto sucede, todo cambia. Es decir, dejan de ser un fenómeno de excepción (y, por lo tanto, administrable por parte de la autoridad), para convertirse en la nueva realidad: los involucrados son tantos que se convierten en una fuerza política que el gobierno ya no puede, aun queriendo, someter a la legalidad sin incurrir en crecientes costos políticos.

La explicación analítica de la informalidad ataca sólo una parte del problema. Si uno sigue el argumento "técnico", por llamarle de alguna manera, lo que explica el nacimiento de la economía informal es muy simple: las regulaciones gubernamentales son tan engorrosas y la infraestructura tan pobre que ambas acaban convirtiéndose en incentivos naturales para que proliferen la informalidad. En México toma entre dos y tres meses crear una empresa, comparado con menos de diez días en países como Singapur, Turquía o Estados Unidos. Lograr que la autoridad judicial obligue al cumplimiento de un contrato entraña 37 procedimientos distintos y lleva 421 días

. Si uno observa a la mayoría de los informales, parecería evidente que prácticamente ninguno de ellos tendría la capacidad o posibilidad para dedicar esos tiempos a crear y administrar su negocio. En otras palabras, la decisión de no constituir una empresa formal es resultado de un cálculo racional que toma el individuo ante un entorno regulatorio abusivo y complicado (que incluye toda clase de trámites absurdos e interminables).

Si parece evidente la racionalidad que lleva a una persona a establecerse en el mundo de la informalidad, también lo es su permanencia en él. A final de cuentas, visto desde la perspectiva de una persona de origen modesto, la informalidad constituye una oportunidad, quizá la única, para desarrollarse, tener un negocio propio y valerse por sí mismo en un momento en el que el país no genera muchas

fuentes de empleo formal, sobre todo para personas carentes de habilidades técnicas típicas de una educación avanzada y con una relativa alta calidad. Lo que es más, desde un punto de vista político, es evidente que la economía informal (al igual que la migración a Estados Unidos) ha tenido el efecto de disminuir tensiones en México. La contraparte de ese beneficio es que la economía informal limita el crecimiento de las empresas y de las personas porque depende de relaciones personales, es decir, nunca se institucionaliza.

Este punto es fundamental. Por su naturaleza, la economía informal enfrenta límites absolutos a su crecimiento y, sobre todo, impedimentos al desarrollo de la economía en su conjunto. Evidentemente, un negocio informal puede crecer de un pequeño estanquillo o taller a un comercio visible y en el cual participan innumerables personas. ¿Cuál es el problema de la economía informal? Ciertamente no es su falta de dinamismo o de personas dispuestas a trabajar. El problema radica, más bien, en los límites que estos negocios enfrentan. No padecen los costos de una empresa formal, pero tampoco reciben sus beneficios: los empresarios informales o clandestinos difícilmente pueden acceder a créditos y con frecuencia deben pagar sobornos a las autoridades. Más aún, la informalidad también limita su capacidad para explotar economías de escala, es decir, para producir grandes cantidades con menores costos, y artículos de alto valor agregado, donde la utilidad es mayor. Así, por ejemplo, la producción de unas cuantas computadoras diarias es absurda, ya que si se hicieran masivamente su producción costaría una fracción de lo que les cuesta. La economía informal representa, en ese sentido, un desperdicio de recursos. Sin embargo, el otro lado de la moneda es que la informalidad impide el desarrollo de economías de escala más allá de un primer proceso de crecimiento porque enfrenta severos límites a su capacidad para financiar el crecimiento y porque sus costos se elevan en la medida en que crece, en lugar de disminuir como ocurre con las empresas formales. Pero lo más importante desde la perspectiva de la sociedad en general y del desarrollo del país, es que, al no pagar impuestos ni contribuir al desarrollo del conjunto de la sociedad, la economía informal no genera lo que se llaman “bienes públicos”, es decir, beneficios para el conjunto de la sociedad, como podrían ser

calles y alcantarillas, alumbrado público y un mejor sistema de salud y pensiones. Puesto de otra manera, mientras más crece la economía informal más se impide el crecimiento de la economía formal, que es la que mayor potencial debería ofrecerle al conjunto de la sociedad.

De esta manera, una empresa informal, suponiendo que produce o comercia estrictamente bienes lícitos, es decir, sin incorporar nada robado o de contrabando, sobrevive mientras cuenta con crédito informal (comúnmente muy caro, lo que hace sumamente costoso su capital) y sin que su productividad pueda crecer significativamente. El resultado es que se resuelve el problema inmediato de uno o varios empleos, pero no se contribuye al desarrollo económico. La economía informal le resuelve un problema a los directamente involucrados – objetivo que no es menor en términos tanto políticos como sociales- pero perjudica al conjunto de la sociedad.

Ha habido muchos planteamientos académicos sobre cómo se podría y debería combatir el fenómeno de la informalidad. Estos fluctúan entre la imposición de multas y todo tipo de castigos y restricciones a los informales hasta la eliminación de trabas e impedimentos a la formalidad, a fin de incentivar la formalización de los informales. Quizá el ejemplo más avanzado al respecto, sobre todo porque no se limitó a una propuesta académica, sino que se instrumentó en la práctica, es el de Hernando De Soto en Perú. Inicialmente, De Soto había escrito el libro que lo hizo famoso, *El Otro Sendero*,

en donde identificó el problema y lo explicó como resultante de los enormes costos en que tenía que incurrir un empresario formal para serlo. Desde la perspectiva de De Soto, la informalidad se explicaba no por un ánimo de evadir la ley, sino por lo oneroso de cumplirla. Años más tarde, cuando el propio De Soto tuvo la responsabilidad gubernamental de combatir la informalidad, su principal acción consistió en simplificar trámites, eliminar obstáculos y facilitar la formalización de empresas. El principal obstáculo que enfrentó fue de carácter político, pues los informales ya habían aprendido a beneficiarse de no tener responsabilidad alguna con la sociedad. Sin embargo, cualquiera que observe la ciudad de Lima en la actualidad puede atestiguar que es perfectamente posible

lidiar con el fenómeno de la informalidad comercial de una manera exitosa y sin violencia.

El problema de la informalidad no se limita a los propios informales. Como se ha venido argumentando, el fenómeno de la informalidad es particularmente pernicioso para el conjunto de la economía porque impacta tanto el potencial de desarrollo de los propios informales, como del conjunto de la economía. La informalidad no es sólo una actividad económica o una manera de insertarse en la economía. La informalidad es también una forma de vida. En la medida en que la actividad informal crece, altera los comportamientos del resto de los actores económicos, afectando a las empresas establecidas y, potencialmente, la salud de la población. Una empresa informal que vende comida (igual un comedor que una carnicería), por ejemplo, usualmente ofrece mejores precios que los negocios establecidos formalmente. Sus precios son mejores por la sencilla razón de que sus costos también lo son: no paga renta, no paga impuestos, no requiere de un contador que procese los últimos inventos de la burocracia fiscal, etcétera. Al mismo tiempo, tampoco tiene que cumplir con reglamentos sanitarios ni de calidad. Todo esto le permite hacer negocios, pero desplaza a empresas formales que, en otras circunstancias, tendrían capacidad de crecer y beneficiar a mucha más gente.

Hace no mucho se llevó a cabo un estudio en Brasil

sobre el mercado del comercio al menudeo. Muchas empresas internacionales, como la francesa Carrefour y la inglesa Safeway, habían considerado entrar en ese mercado, como lo han hecho alrededor del mundo. El estudio demostró que los comercios informales, que no pagaban renta, impuestos o seguro social, podían ofrecer precios menores que las cadenas comerciales más exitosas del mundo. A primera vista, uno podría concluir que lo ideal sería que proliferaran esos comercios bajo la premisa de que los consumidores obtendrán mejores precios. Sin embargo, el primer problema que enfrenta el comercio informal es que no puede crecer como las empresas formales, lo que se traduce en precios bajos para un pequeño núcleo de consumidores cercanos al comercio, pero precios más elevados para todos los demás. Lo que el estudio demuestra es que quienes

tienen acceso a esos comercios informales obtienen mejores precios, pero la mayoría de la población, la que recurre a comercios establecidos, acaba pagando precios más elevados. Es decir, la economía informal tiene el efecto de impedir la modernización del sector comercial, lo que se traduce en beneficios para unos cuantos y precios elevados para todo el resto.

La ausencia de Estado de derecho. Tierra fértil para la informalidad

Un estudio reciente sobre la economía mexicana revela que su principal impedimento al crecimiento reside en la inexistencia de mecanismos efectivos (y disposición para desarrollarlos y emplearlos) para el cumplimiento de los contratos. Aunque este factor ha sido una constante en México por décadas, las convulsiones financieras de los noventa, sobre todo las relativas a la crisis bancaria y financiera que se produjo luego de la devaluación de 1994, crearon un nuevo fenómeno: la cultura del no pago y la indisposición de las autoridades para hacer efectivo el cumplimiento de contratos y obligaciones

. Aunque este estudio no se refiere a la economía informal, sus conclusiones son aplicables a la discusión sobre la economía informal. En cierta forma, uno de los efectos de la crisis de 1994-1995 fue precisamente que una parte importante de la economía mexicana se comportó como si fuera informal al no cumplir con sus compromisos ni existir autoridad dispuesta a hacerlos cumplir. Uno puede discutir la complejidad del fenómeno y la racionalidad de los afectados, pero el ejemplo sirve para ilustrar los enormes costos que tiene la informalidad para el conjunto de la economía; en este caso particular, a ese hecho se debe el que la economía no crezca de manera significativa, circunstancia que afecta a toda la economía y población.

Existe un elemento adicional, paralelo al de la capacidad de hacer cumplir los contratos, que es igualmente relevante, pero específicamente aplicable a la economía informal: el del cumplimiento de normas de salud. En la economía informal se producen y comercian alimentos y medicinas, la mayor parte de los cuales no satisface norma alguna de calidad o salubridad, circunstancia que

puede acabar siendo mucho más costosa para el consumidor de lo aparente: el costo del medicamento puede ser menor al del comercio establecido, pero puede ser peligroso para quien lo emplea o simplemente no servir para lo que supuestamente fue vendido. En ambos casos, el consumidor acaba pagando un costo infinitamente superior al aparente.

La economía informal tiene el efecto no sólo de distorsionar los sectores formales de la economía sino también a los procesos de decisión política. En el primer caso, la informalidad distorsiona la competencia e impide la evolución normal de las empresas legales y establecidas. Lo normal (y deseable) es que las empresas más productivas sustituyan a las menos productivas, pues eso es lo que permite elevar los salarios, disminuir los precios y beneficiar al consumidor. La economía informal impide esa evolución, simplemente porque no constituye un mercado más que para los directamente involucrados. Es decir, las empresas informales no pueden crecer más porque para ello tendrían que formalizarse y sin poder crecer no pueden lograr economías de escala y, con ello, elevar su productividad. Esta circunstancia afecta el potencial de desarrollo del país en su conjunto, y mientras mayor sea la participación de la economía informal, peor ese el problema. En adición a lo anterior, la informalidad constituye un impedimento para el avance de industrias formales cada vez más importantes, como las de software, música y demás, que dependen de que no exista una industria pirata, obviamente informal. En este sentido, la informalidad constituye un desincentivo a la innovación (a patentar productos) ante el riesgo de que éstos sean imitados al margen de la ley. De esta manera, algunas de las industrias más rentables y con mayor potencial de creación de valor, riqueza y empleo en el país quedan imposibilitadas por el hecho de que exista la economía informal.

Pero el impacto político de la economía informal no es menor, ni se limita al reducido potencial de desarrollo de las empresas que ahí existen. La informalidad contribuye a que persista la parálisis que caracteriza al país en la actualidad porque todo lo que es importante para quienes son informales y viceversa. De esta forma, con excepción de los temas fiscales que, por razones obvias son clave para la economía informal (porque una “buena” reforma fiscal eliminaría su razón de

ser, pero también su viabilidad como informales), toda la discusión que domina al debate público sobre las reformas económicas es irrelevante para la economía informal. Es decir, los temas que son vitales para el desarrollo de la economía mexicana, como la infraestructura, una mayor eficiencia y productividad de la economía, un sistema educativo moderno, etcétera, no son de interés para quienes participan en la economía informal, aunque sean cruciales para la economía formal. De esta manera, mientras mayor es el tamaño de la economía informal, menor es el interés de la sociedad y de los políticos por resolver los problemas del país en terrenos como el judicial, fiscal o eléctrico, por citar algunos evidentes. Aunque parezca de Perogrullo, como la informalidad opera fuera de los canales formales, no le interesa ninguna reforma en el ámbito de lo formal. Ese hecho se convierte en un factor permanente de freno para el desarrollo del resto de la sociedad.

En adición a lo anterior, la informalidad florece en un entorno en el que no existe la legalidad ni la autoridad, lo que no implica que no existan conflictos que resolver. Sin embargo, la manera de resolver esos conflictos no es a través del sistema judicial o de arbitraje formal y profesional, sino de mecanismos propios que con frecuencia nada tienen que ver con una resolución justa, sino producto del poder físico o político. Se trata de un mundo duro, violento, frecuentemente dominado por mafias. En ese mundo, los conflictos y disputas se dirimen por medios informales, lo que desplaza a las fuerzas formales del orden, destruyendo con ello, aun sin pretenderlo, la posibilidad de que se resuelva el problema de la inseguridad que aqueja a la ciudadanía en general. Por donde uno lo vea, la informalidad es perniciosa.

La informalidad es un fenómeno real que no va a desaparecer por el hecho de ser perniciosa; va a desaparecer cuando el conjunto de la sociedad reconozca los costos que ésta entraña para su desarrollo.

Olvidémonos de enredos: nuestro futuro económico está en Norteamérica

La situación geográfica de México representa una de sus ventajas comparativas

más grandes y –hasta antes del TLCAN- más desaprovechadas. Situado al lado del más grande mercado de bienes y servicios del mundo, México tiene una frontera que muchos países envidiarían. Sin embargo, hasta antes del TLCAN los mexicanos teníamos una aversión visceral a aprovechar nuestra vecindad para resolver nuestros problemas ancestrales de pobreza y desarrollo. La desconfianza mexicana tiene raíces políticas y económicas: las primeras, derivadas del difícil proceso de formación histórica del Estado mexicano; las segundas, surgen de una popular -pero equivocada- visión negativa de los efectos de la integración económica.

La desconfianza de Norteamérica

“Pobre México –rezaba el popular dicho atribuido a Porfirio Díaz-, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”. Y los libros de historia que leíamos en las escuelas hacían eco de esa visión al recordarnos el trauma de nuestra derrota militar de 1847 frente al vecino del norte, derrota que costó a México más de la mitad del territorio heredado. La carga de la historia, y de nuestra visión histórica, pesó fuertemente y por muchos años sobre nuestros gobernantes. Tuvo que pasar casi un siglo para que los mexicanos comenzáramos a ver la enorme oportunidad económica latente en el vecindario norteamericano.

Los traumas del pasado nacional no son excepcionales ni únicos, antes bien son el producto normal del intrínsecamente accidentado proceso de consolidación de un Estado nacional independiente. A Francia y Alemania les tomó décadas olvidar el pasado de sangrientas guerras e invasiones mutuas que llevó a su consolidación como Estados modernos. No obstante, tras la segunda guerra mundial ambos países lograron dejar atrás las ataduras de su pasado y establecer la alianza que se convirtió en el corazón geopolítico y geoeconómico de la Unión Europea. Todavía hoy día, aún cuando nadie pone en duda la enorme sabiduría de la integración europea, se escuchan ocasionales resabios de la desconfianza cultural entre los pueblos de esas dos grandes naciones vecinas, cada vez más limitados a las diatribas de sus intelectuales culturales o a las trifulcas de los

seguidores de sus respectivos equipos nacionales de fútbol.

Pero, más que la reconciliación de Francia con Alemania, es el acercamiento de España con Europa el proceso que más claramente ejemplifica el paso de la desconfianza histórica del vecino al aprovechamiento de las ventajas económicas de la cercanía. “África empieza en los Pirineos”, decía Alejandro Dumas, reflejando el alejamiento español de Europa que ya era claro a principios del siglo XIX. A la propia España no le faltaban razones para marcar distancia. La pérdida de su imperio americano, las derrotas a manos de los ejércitos napoleónicos y la cruenta lucha por recuperar su independencia oprimieron por largo tiempo el antes cosmopolita espíritu español, tornándolo receloso del mundo europeo. Todavía en las primeras décadas de la dictadura franquista los españoles parecían decididos a mantenerse apartados de Europa y concentrarse en la excepcionalidad de su cultura de toros y verbenas. La transición a la democracia devolvió a España la conciencia de las enormes oportunidades de su vecindad europea. El país tuvo que hacer un gran esfuerzo para reconcebirse como una nación cuya excepcionalidad cultural no era un pretexto válido ni suficiente para aislarse del centro rico de Europa.

México vive un proceso de reconcepción similar al que, en su momento, llevaron a cabo los españoles. La nueva confianza mexicana se asienta en más de ochenta años de estabilidad política y, sobre todo, en su nueva naturaleza democrática. México es –cada vez más– un Estado nacional consolidado, estable y normal, cuya población no espera invasiones extranjeras, ni revoluciones. México ha comenzado a darse cuenta de que su futuro económico se encuentra en Norteamérica, y ha comenzado a abandonar las desconfianzas y las fobias heredadas de su pasado político. La mirada mexicana ha comenzado a ver a través de las telarañas de su herencia política, y se concentra cada vez más en la fría realidad de la oportunidad que nos ofrece nuestra geografía económica: estamos al lado del mercado de consumo más grande del mundo con las enormes implicaciones que eso tiene para potenciar nuestro desarrollo.

La desconfianza de la globalización

“La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder.”

Esa frase con la que Eduardo Galeano iniciaba su libro “Las Venas Abiertas de América Latina” resume la histórica desconfianza latinoamericana hacia la globalización. En esa pesimista visión las relaciones de comercio e inversión entre países desarrollados y países subdesarrollados, son relaciones de explotación: lo que unos (los desarrollados) ganan, los otros (los subdesarrollados) lo pierden. La dramática crítica latinoamericana de la globalización tiene un alto y natural atractivo emocional: permite que culpemos a otros de nuestros males, nos descarga de responsabilizarnos por nuestro destino. Pero el problema de esa visión es muy sencillo: esta totalmente equivocada.

La experiencia económica ha demostrado que el comercio internacional y la inversión extranjera no son fuentes de pobreza sino, por el contrario, constituyen unas de las más importantes herramientas con que cuentan las naciones para impulsar su desarrollo.

El debate intelectual siempre resulta enriquecedor, pero la experiencia del mundo real es la piedra de toque de las teorías económicas. Gracias a los vastos experimentos acometidos por varias naciones europeas, asiáticas y caribeñas en el siglo XX hoy sabemos que el socialismo no fue una muy buena idea de generación de riqueza, al menos no el “socialismo real”. Por el contrario, el libre comercio real ha resistido exitosamente la prueba de su puesta en práctica. El hecho es que todos los ejemplos de desarrollo económico exitoso del siglo pasado –todos los casos de países pobres que lograron alcanzar un nivel de desarrollo más o menos decente- se han apoyado en la globalización. Y el hecho es que en todos aquellos lugares en los que se han desarrollado industrias exportadoras se ha observado un impacto favorable sobre el bienestar de la gente común.

La evidencia sobre crecimiento basado en las exportaciones y la reducción de la pobreza queda clara cuando el análisis se enfoca en los dos países que tienen las mayores concentraciones de pobreza mundial: China e India. Ambos países lograron reducciones significativas en la pobreza durante el periodo 1980-2000 en

que crecieron a tasas elevadas (China 10% anual, India 6%). No es casual que esas dos hayan sido también las décadas en las cuales tanto China como India aumentaron su integración a la economía mundial. De hecho en las tres décadas previas (1950-1980), en que India siguió políticas autárquicas, intervencionismo extremo, y permitió la proliferación de un sector público ineficiente, su crecimiento anual promedio fue de sólo 3.5%, y el nivel de pobreza de su población no dio señales de declinar. Obviamente las experiencias de las dos economías gigantes de China e India en alcanzar tasas de crecimiento más altas y la reducción de la pobreza a través de una mayor integración con la economía mundial, tratando tal integración como una oportunidad más que como una amenaza, es saludable. Por ello, dice Jagdish Bhagwati:

“Es difícil... coincidir con los múltiples críticos de un comercio más libre (y de la inversión extranjera directa) que ven a la cruel mano de la globalización lanzar una maldición sobre los pobres de los países pobres. La verdad empírica pareciera ser justamente la opuesta.”

La experiencia mexicana a raíz de la firma del TLCAN presenta otro fuerte argumento a favor de una estrategia de desarrollo económico impulsada por el comercio internacional y la inversión extranjera. Diez años después de la firma del tratado, México se ha convertido en una potencia exportadora y ha logrado reducir significativamente sus niveles de riesgo país. La economía mexicana, si bien fuertemente limitada por el freno que le imponen las restricciones internas a la inversión y a la competencia en varios sectores, parece haber logrado apartarse de la lógica de crisis recurrentes que la acompañó entre los años setenta y principios de los noventa. Después del TLCAN –y con un extraordinario apoyo estadounidense- México sorteo sorprendentemente rápido su crisis financiera de 1994-95. Hoy día, en México como en China, las regiones más dinámicas de la economía son también las más integradas al proceso de globalización, los sectores más dinámicos han sido los más exportadores. Por el contrario, en las regiones que se han mantenido más apartadas del proceso de internacionalización se observan tasas de crecimiento más reducidas.

La evidencia acumulada en diversas experiencias a lo largo del globo, sin

embargo, no ha bastado para desterrar los fuertes prejuicios que siguen viendo en el comercio y la inversión internacional una fuente de explotación y no de enriquecimiento. En América Latina la desconfianza de las relaciones económicas entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo, también se explica por la creencia de que existe una mejor alternativa: la integración latinoamericana, la integración entre iguales. Sin embargo, más que un motor de desarrollo acelerado, esa alternativa ha probado ser –al menos en la práctica- un espejismo.

El espejismo latinoamericano

La integración latinoamericana ha sido un objetivo recurrente del discurso de nuestras naciones. Las afinidades comienzan en el lenguaje compartido y se refuerzan con las similitudes de nuestra historia. Los latinoamericanos nos comunicamos en español o portugués (dos lenguas cercanas) y compartimos una complicada historia de independencia, inestabilidad política e intervenciones extranjeras. Nuestras literaturas, nuestra música y nuestras aficiones deportivas se desplazan con facilidad a través de fronteras que, aún distantes, no logran atenuar las afinidades culturales. No es poca cosa. Sin embargo, en su parte económica, la ecuación latinoamericana ha probado no funcionar tan bien.

En 1991, uno de los autores de este libro se preguntaba: “¿Existen alternativas al TLC?”. Y se respondía: “Desde luego, y muchas: el problema es que todas son peores.” Al analizar la más popular alternativa propuesta en ese entonces (y todavía recurrente): la de una “negociación multilateral en la que, en el tiempo, se abrieran los mercados de todo el hemisferio”, nuestro colega argumentaba su preferencia por el TLC: “La razón de negociar con Estados Unidos [en lugar de los países de Centro y Sudamérica] es obvia: varias de las economías del sur son muy parecidas a la nuestra, por lo que tendríamos competencia en todos y cada uno de los sectores de la industria, competiríamos con empresas saturadas de subsidios, algunos evidentes y otros imposibles de detectar, y, finalmente, las empresas mexicanas tendrían que operar en un entorno económico muy inestable donde las transacciones comerciales se tornarían más inestables y riesgosas.”

Más de una década después, y a la luz de la experiencia del Mercosur, las advertencias de 1991 se revelan premonitorias y vigentes. Si la experiencia de Mercosur revela algo, es que la relativa similitud entre las economías latinoamericanas, la capacidad de presión proteccionista de sus industrias y sindicatos, y la inestabilidad económica endémica y recurrente (acompañada de devaluaciones y fluctuaciones económicas cíclicas notablemente pronunciadas), son factores que complican significativamente el desarrollo de un bloque económico latinoamericano. Si en Europa la relativa homogeneidad económica y social pavimentó el camino para la integración, en América Latina la similitud ha plagado de baches el camino del desarrollo. Tristemente, no es lo mismo compartir fortalezas institucionales, que sumar las debilidades y los vicios mutuos. La integración de México con Latinoamérica no parece fácil, lo que no significa que no sea deseable ni posible si se dirige por cauces institucionales apropiados (y se previene contra los vicios compartidos). De hecho en América Latina puede observarse un avance paulatino del proceso de integración, pero por sendas muy diferentes de las previstas por sus proponentes teóricos y oficiales. Paradójicamente la integración que ha ocurrido ha provenido de los países hermanos que más recurrentemente parecían estar dando la espalda a la idea de Latinoamérica: España, México y Chile. En la última década han sido las empresas transnacionales de España, México y Chile las que más han invertido en los países Latinoamericanos, no obstante que ninguno de los tres países es miembro de Mercosur. Por su parte, México y Chile, distanciados por la geografía, han encontrado en su tratado de libre comercio (hecho a la imagen y semejanza del TLCAN) un instrumento institucional seguro que permite que el principal equipo y estadio de fútbol chileno (el Colo Colo) sean hoy día propiedad de un mexicano, y que los más populares vinos de mesa consumidos por los mexicanos sean los chilenos.

Generosidad Europea, tacañería estadounidense

Otro espejismo recurrente en el imaginario mexicano es el de la integración

europea. Muchos se dicen que México debiera detener su actual integración con Norteamérica (basada en el TLCAN) y negociar una integración alternativa basada en el más generoso modelo europeo. En el fondo, quienes siguen esta línea argumental contraponen la supuesta generosidad económica de los europeos con la pretendida tacañería de los estadounidenses.

A pesar de la crucial ayuda financiera provista por el gobierno estadounidense al mexicano con motivo de la crisis de 1994-95, una visión mexicana recurrente sigue pintando a Estados Unidos como un país egoísta. Mucha tinta se ha gastado en argumentar por el desarrollo de una relación diferente entre México y Estados Unidos más parecida a la de España y Portugal con Francia y Alemania. El modelo de la Unión Europea con sus espectaculares transferencias de fondos de los socios más desarrollados a los socios rezagados ejerce una poderosa influencia en las discusiones intelectuales. ¿Por qué se rehúsa Estados Unidos a ayudarnos? ¿Por qué no son los estadounidenses un poco más como los alemanes? ¿Por qué no nos tratan como los socios ricos de Europa han tratado a los españoles o a los portugueses?

La respuesta a las anteriores preguntas podría llevarnos a discusiones interminables y emotivas sobre la respectiva filosofía política abrazada por los europeos y la muy diferente dominante entre los estadounidenses, o sobre las relativas virtudes de un modelo económicamente más dinámico y otro más equitativo. Pero el atractivo del modelo europeo desaparece si dejamos de ver el caso de España, y nos concentramos en el de Turquía. Turquía es el eterno candidato a la membresía europea, el país que ha debido recorrer el camino más largo para ser aceptado. Para ellos no sólo no ha habido apoyo económico, ni transferencias de capital, no ha habido entrada fácil, punto. Y México, en relación a Estados Unidos, es más como Turquía frente a Alemania. Un país muy diferente en desarrollo, que ha crecido siguiendo otras tradiciones y moldes culturales, que ha sido fuente importante de migrantes económicos que generan temores en el país "socio". Para los turcos la Unión Europea no ha sido la generosa proveedora de fondos, sino el desdeñoso conjunto de potencias recelosas. En otro mundo, pero en circunstancias no tan disímolas, México ha sido capaz de imaginar y

pactar –vía TLCAN- una integración mucho más generosa con sus supuestamente menos solidarios vecinos del Norte.

Ciertamente podría ser en el interés de México insistir en propugnar por apoyos de infraestructura financiados con fondos de los ricos vecinos norteamericanos. En muchos casos, los apoyos podrían acabar siendo beneficiosos para los propios vecinos norteros que los aportaran. Pero no debe olvidarse que la principal aportación de los vecinos norteamericanos es su disposición a comerciar con, e invertir en, México. El egoísmo económico estadounidense, de existir, no es necesariamente mayor al nuestro, y tampoco genera malos resultados cuando se le compara con sus alternativas reales. Ciertamente sus inversionistas buscan ganar pagando lo menos posible, pero al invertir crean empleos que no existirían de otra manera. Más aún, al crecer su planta en nuestro país y competir entre sí, los inversionistas generan –sin proponérselo- las condiciones para la elevación salarial. Esta cuestión es todo menos teórica: cualquiera que haya visto el mercado de trabajo en Ciudad Juárez (u otra con maquiladoras) puede observar – en vivo y en directo- el funcionamiento de ese proceso. Ciertamente Ciudad Juárez está lejos de acercarse a los estándares de los países nórdicos, pero comparados con los salarios y la disponibilidad de empleo de Huajuapam de León, los trabajadores de Juárez viven en otro mundo de oportunidades y de niveles de vida.

El desarrollo de países pobres tiene mucho menos que ver con la buena voluntad de los países ricos que con los intereses egoístas de sus inversionistas y comerciantes. Por esa vía pasa, al menos hoy día, el camino realista del desarrollo. Como afirmara Paul Krugman:

“Los beneficios para las masas del crecimiento económico impulsado por la exportación no han tenido lugar porque gente bien intencionada de Estados Unidos haya hecho nada para ayudarnos –la ayuda a países en desarrollo, nunca grande, se ha visto reducida a virtualmente nada. Tampoco es el resultado de políticas benignas de los países en desarrollo, que son tan mediocres y corruptos como siempre. Se trata del resultado indirecto y no deseado de las acciones de transnacionales desalmadas y de empresarios locales rapaces, cuya única

preocupación ha sido aprovecharse de las utilidades que les prometen los bajos salarios.”

La oportunidad económica de la vecindad

En el entorno internacional México comparte con Canadá una ventaja única: se ubica al lado del más grande y rico mercado de consumidores del mundo, el de Estados Unidos. Para cualquier país pobre que tenga esta ventaja la estrategia económica es obvia: hay que encontrar la manera de producir y vender para ese mercado. Finalmente, no cualquier productor pobre del mundo tiene ya listos y contruidos los malls llenos de ávidos consumidores en los cuales vender sus mercancías. México los tiene cruzando la frontera, su único problema es colocar ahí los productos elaborados nuestro país.

La cercanía entre dos economías tan diferentes como la de México y Estados Unidos es importante por muchas razones. Significa que pueden aprovechar más plenamente sus ventajas comparativas: si la economía estadounidense tiene abundancia de capital, puede colocarlo en México y obtener una renta más alta; si la economía mexicana tiene abundancia de mano de obra puede ponerla a elaborar productos para el mercado estadounidense y obtener mejores salarios. La disparidad entre las respectivas dotaciones de capital y trabajo de México y Estados Unidos se repite entre muchas economías desarrolladas y en desarrollo, pero la vecindad (sumada a libertad de comercio e inversión) es en sí una ventaja comparativa adicional para nosotros: permite que México y Estados Unidos aprovechemos más fácilmente las oportunidades presentes en nuestras diferencias. Para los inversionistas estadounidenses es naturalmente conveniente producir en México bienes que tienen altos costos de transporte (como algunas televisiones), o que son particularmente sensibles al retraso en la producción (como productos alimenticios que rápidamente se echan a perder), o a los giros de la moda (como ciertas prendas de ropa). La cercanía también resultará valiosa en relación a ciertas mercancías cuya producción requiere de compleja interacción entre, y coordinación de, diversos jugadores (es más fácil administrar la complejidad de un proceso productivo si no se añade la complicación extra de la

distancia).

Pero si la geografía es importante, el hombre la rehace día a día. Gracias a la infraestructura de telecomunicaciones y a sus afinidades lingüísticas (el inglés), hoy India está más cerca de Estados Unidos que México si se trata de outsourcing de servicios de operadoras o de facturación. Por otra parte, gracias a la respectivamente buena y mala infraestructura de comunicaciones y transporte, hay partes de China que están mucho más cerca de Los Ángeles que algunas regiones de México. El tiempo que tarda un contenedor en ser llevado de Shangai a Los Ángeles, es mucho más reducido que el que tardaría en llegar de Oaxaca a Los Ángeles. Es obvio que México puede fácilmente dormirse en los cómodos laureles de su situación geográfica y dejar que las mejoras en infraestructura física y humana realizadas por otros países les permitan ir ocupando nichos del mercado norteamericano que hubieran podido ser llenados con mercancías y servicios originados en México. Por ello, aunque México siga teniendo por mucho tiempo una clara ventaja competitiva vis a vis otros países del mundo en desarrollo por su cercanía al mercado estadounidense, es claro que puede potenciarla si realiza inversiones significativas en su infraestructura de transporte y en la regulación que la rige , y en mejorar las habilidades y destrezas de su población.

No estamos condenados, pero sí podemos condenarnos

La geografía es importante pero no es inexorable, y el desarrollo es posible pero no inevitable. Para beneficiarse económicamente de la vecindad hay que ser capaces de encontrar maneras de comerciar y trabajar con los vecinos, si no la ventaja de la vecindad se vuelve irrelevante: véase Haití. Tampoco existen países “condenados a ser desarrollados”, hay que trabajar y construir sobre las bases heredadas, no basta haber nacido rico: véase Argentina.

No hay que perder de vista que una cosa en nuestro futuro económico y otra – diferente- son nuestras afinidades culturales. Seguramente, y aunque la

integración económica norteamericana siga avanzando, un buen número de mexicanos seguiremos prefiriendo leer a Gabriel García Márquez que a John Updike, y disfrutaremos más bailando al son de la música cubana que al del rap. Pero nuestra eventual prosperidad económica estará ligada a Norteamérica, por el camino que Norteamérica pasa al país próspero al que aspiramos. Con el tiempo, ¿quién sabe?, es posible que México y los mexicanos sean un puente que permita que dos vigorosas tradiciones descendientes de Cervantes y de Shakespeare – contemporáneos y vecinos- se reconcilien y acerquen en Norteamérica.

El nuevo pacto para el desarrollo: explícito e institucional

La pregunta clave es ¿cómo se puede lograr instrumentar la agenda que aquí se ha venido desarrollando? Nuestra experiencia a lo largo de la última década demuestra que el país no cuenta con los mecanismos para enfrentar adecuadamente los retos que tiene frente a sí. Todos sabemos, por ejemplo, que el país enfrenta una crisis energética, a pesar de contar con inmensos recursos petroleros y de gas. Simplemente no hemos sido capaces de organizar un plan de desarrollo energético que permita explotar los recursos disponibles de una manera racional, crear una ventaja competitiva para la industria del país y sentar las bases para un crecimiento económico sostenido que cree empleos, eleve el ingreso per cápita y se constituya en la plataforma de transformación del país que tanto urge. Lo imperativo es construir un nuevo pacto político que, fundamentado en un moderno sistema electoral y en una estructura de leyes y respeto a los derechos de propiedad, permita establecer los cimientos de una nueva estructura institucional y legal para el país. Un pacto político implícito fue lo que permitió, a lo largo de buena parte del siglo pasado, conferirle certidumbre y claridad de rumbo a la sociedad y al país. A diferencia de aquel pacto, sin embargo, el que ahora se construyera tendría que ser explícito e institucional, producto de un proceso democrático.

Para todos los que nos preocupa el crecimiento económico la pregunta crítica es ¿por qué no crece la economía? O, puesto en otros términos, ¿por qué crecía la

economía en los sesenta y qué hace que no podamos reproducir esas condiciones en la actualidad? Si le hacemos esta pregunta a un economista, su respuesta va a ser técnica y probablemente correcta, aun cuando existe una gran controversia en esta materia entre los especialistas. A pesar de innumerables estudios técnicos, la economía sigue experimentando un crecimiento raquítico. No cabe la menor duda de que buena parte de la explicación del estancamiento económico actual reside no en el desacuerdo entre especialistas, sino en la ausencia de ciertos componentes clave para el desarrollo de la economía, algunos de los cuales se resolverían con las reformas que han sido propuestas tanto por especialistas como por el gobierno. Pero todas las reformas no resolverían la ausencia de certidumbre respecto al desarrollo del país.

Si nos remitimos al pasado para comprender qué fue lo que hizo posible el crecimiento de la economía en sus años de oro vamos a encontrar explicaciones que sirven de contraste, aunque sean impracticables en un mundo integrado con características totalmente distintas. En otras palabras, ¿qué es lo que hacía que la economía creciera de manera sostenida y por plazos prolongados en los cincuenta y sesenta? Planteado el problema de esta manera podremos encontrar explicaciones que trascienden lo estrictamente técnico. A final de cuentas, si uno observa cómo es que economías como la japonesa o coreana pudieron crecer a tasas tan elevadas por tantos años a pesar de sus severas deficiencias estructurales internas, resulta evidente que las explicaciones económicas, a pesar de ser clave, no son suficientes. Para que se dé el crecimiento tiene que haber más que una estructura económica saludable; también tiene que existir una sensación entre los empresarios e inversionistas de que el país tiene claridad de rumbo, que esa dirección es compartida, al menos en lo elemental, por el conjunto de las fuerzas políticas y que la inversión privada es percibida como necesaria y, más que eso, como un componente crucial del desarrollo del país.

En la ausencia de un sentido de futuro compartido, el país evidencia la naturaleza de sus dilemas: por un lado cuenta con algunas instituciones modernas, propias de un sistema político democrático; por el otro, persisten estructuras de poder que no se ajustan ni subordinan a un sistema de gobierno democrático. La salida

económica que se encuentre tendrá que reconocer estas diferencias, pues es evidente que los mecanismos democráticos son todavía insuficientes para garantizar una claridad de rumbo. Al mismo tiempo, es evidente que la solución a estos dilemas no reside en la eliminación de la democracia ni su substitución por mecanismos paralelos de poder. Más bien, el ejercicio político que aquí se propone es el de construir un pacto político que haga valer todos los componentes de un moderno sistema político democrático, comenzando por la aceptación del imperio de la ley como punto de partida.

Dentro de este marco, resultan claras las razones por las cuales la economía crecía con tanta celeridad en los cincuenta y sesenta, así como porqué dejó de hacerlo en los años subsecuentes. Por una parte, como se discutió antes en este libro, existía un marco de estabilidad macroeconómica que garantizaba una plataforma clara para el crecimiento e impedía que hubiese crisis cambiarias frecuentes, como ocurrió en las décadas posteriores. Por la otra, y ese es el punto clave aquí, existía un entendimiento implícito entre el gobierno, los políticos y el empresariado sobre las reglas del juego para la inversión (estabilidad institucional y jurídica, así fuera primitiva). Es decir, existía una colaboración implícita entre el gobierno y los empresarios, que esencialmente consistía en una división del trabajo: el gobierno creaba condiciones propicias para el crecimiento, particularmente a través de inversión en infraestructura, en tanto que el sector privado realizaba inversiones productivas en fábricas, servicios y demás, típicamente asociados con la inversión que el gobierno había realizado previamente. Fue así como se desarrolló la industria, el turismo y buena parte de la agricultura comercial: esencialmente a partir de masivas inversiones en infraestructura por parte del gobierno. Lo mismo ocurrió cuando el gobierno decidió concentrar sus esfuerzos en electrificar estados o regiones completas, lo que abrió ingentes oportunidades para el desarrollo industrial en estados como el de México y Puebla. El esquema era relativamente sencillo y los incentivos directos. Pero esa no era toda la historia: el tema no es esencialmente de división de funciones, sino de certidumbre. Los tiempos cambian, pero la necesidad de certidumbre persiste: cuando ésta existe, el resto, comenzando por la inversión, es

asequible. Pero lo contrario también es cierto: puede haber inversiones masivas en infraestructura y, sin embargo, por la falta de certidumbre política, institucional y jurídica, no traducirse ésta en crecimiento económico.

La clave, o una clave fundamental, del éxito del proyecto de industrialización del país en los cincuenta y sesenta residió en el hecho de que existía un pacto implícito. El pacto se traducía en una división de funciones entre los dos sectores, pero tenía anclas mucho más profundas y trascendentes. Detrás de la división de funciones se encontraba un arreglo institucional, un conjunto de reglas que eran transparentes para todos los participantes. Esas reglas no sólo implicaban que el gobierno se auto limitaba en su alcance y en el tipo de políticas que podía instrumentar, sino que demarcaba su ámbito de influencia de una manera nítida y transparente. Por ejemplo, el pacto, otra vez, implícito, implicaba que el gobierno no expropiaría de manera berrinchuda ni crearía condiciones (tales como controles absurdos de precios) que aniquilaran a las empresas. Al mismo tiempo, le obligaba a mantener un entorno macroeconómico estable, conducente a una planeación empresarial de mediano plazo. Por su parte, acorde a la época y características del mundo en su momento, el pacto implicaba que el gobierno protegería al sector industrial de la competencia externa, en algunos casos proveería subsidios y las estructuras de precios serían compatibles con la rentabilidad esperada de la inversión privada. Se trataba de un esquema que satisfacía los objetivos tanto del gobierno como del sector privado, a la vez que generaba resultados que beneficiaban al país en general. También era un esquema que respondía a un momento de la historia del mundo y que no era sostenible de manera permanente.

La era del crecimiento económico sostenido en ese tipo de arreglos implícitos, alta rentabilidad y reglas del juego claras y transparentes se colapsó en los setenta porque una a una de sus premisas comenzó a hacer agua. Para comenzar el gobierno desconoció el pacto implícito y comenzó a alterar las reglas del juego. No había transcurrido mucho tiempo del sexenio que comenzó en 1970 cuando se comenzó a alterar el entorno macroeconómico, con lo que se inauguró la era de inestabilidad que, bien a bien (y confiadamente), no concluyó sino hasta mediados

de los noventa. A su vez, el arribo de la inflación a la economía mexicana vino acompañado de controles de precios y la expropiación implícita de negocios que resultaron insostenibles bajo el nuevo esquema. Por su parte, el gobierno introdujo innumerables regulaciones y restricciones a la inversión que no sólo la encarecieron e hicieron más escasa, sino que introdujeron mecanismos de protección que, en el curso de los años, se encumbraron y ahora constituyen impedimentos a la competencia y barreras casi infranqueables para la instalación de nuevos productores en esos sectores y actividades.

Todo esto violó los términos del pacto implícito que por tantos años le había dado fortaleza a la economía y certidumbre al sector privado. Al cambiar las reglas del juego, el gobierno no sólo abrió un nuevo capítulo de la historia económica y política del país, sino que sentó las bases para una era de desconfianza permanente entre los factores de la producción, era que, como podemos apreciar en estos días, todavía no llega a su fin. Dada la historia, resulta evidente que ya no es suficiente la existencia de un marco de estabilidad macroeconómica para poder lograr el objetivo del crecimiento. La economía mexicana ha gozado de ese marco de estabilidad por más de una década y, sin embargo, ha experimentado tasas bajas de crecimiento. Sería un grave error interpretar ese pobre desempeño como evidencia de que el marco macroeconómico es irrelevante. Más bien, y por eso este análisis histórico, la conclusión trascendental es precisamente la contraria: el marco de estabilidad macroeconómico es indispensable, pero requiere de un marco paralelo de certidumbre política, legal e institucional. En este sentido, es imperativo romper el círculo vicioso actual por medio de un nuevo arreglo político e institucional para reiniciar una era de crecimiento que sea robusto y sostenible por largos periodos de tiempo.

Lamentablemente, es más fácil analizar el problema y argumentar por su solución que romper con los amarres que aquella situación creó y que hemos heredado hasta la actualidad. Los gobiernos de aquella época no sólo destruyeron el pacto implícito, sino que construyeron una estructura de gasto público que alteró dramáticamente los equilibrios que habían sostenido a la economía por al menos dos décadas de crecimiento sin inflación. Aquellos gobiernos crearon nuevos

programas de gasto público, ampliaron el tamaño de la burocracia y otorgaron concesiones extraordinariamente onerosas a los principales sindicatos del país (cuyo costo se puede apreciar en la actualidad en cosas como las pensiones no financiadas de entidades como el IMSS y en regímenes de privilegio para los miembros de sindicatos como el del SUTERM, PEMEX, etcétera). El creciente gasto público se financió en parte con inflación y en parte con endeudamiento externo, creando obligaciones de gasto permanente que no contribuyen en lo más mínimo al crecimiento de la economía. Es decir, mientras que en los cincuenta y sesenta la mayor parte del gasto público se destinaba a promover el crecimiento económico, en la actualidad la mayor parte se destina a mantener el gasto corriente, a pagar el servicio de la deuda acumulada y a financiar los programas derivados de las obligaciones contraídas en los setenta con la burocracia y los sindicatos. En este sentido, aun si eso fuera posible o deseable, el gobierno ya no tiene márgenes para invertir como lo hizo en los cincuenta y sesenta. Además, las consecuencias de las concesiones y privilegios que se otorgaron entonces siguen siendo vigentes, lo que constituye un terrible fardo para el crecimiento de la economía en la actualidad.

En adición a los cambios experimentados en el interior del país, el mundo comenzó a cambiar de manera acelerada en los setenta y ochenta. En esa época comenzó a cobrar forma lo que hoy conocemos como globalización, que alteró las reglas del juego económico en todo el mundo. Hoy ninguna economía crece desvinculada de la del resto del mundo: el comercio exterior se ha convertido en un factor medular del crecimiento económico. Al mismo tiempo, la competencia por inversión, desarrollo tecnológico y comercio, se ha convertido en el motor más dinámico de crecimiento económico que el mundo haya conocido en su historia. Y el impacto de todo esto sobre la economía mexicana es muy obvio: ya no son funcionales los mecanismos que la hicieron crecer hace cuarenta o cincuenta años y no existen condiciones políticas para que crezca de manera permanente. En otras palabras, la atonía que caracteriza a la economía mexicana es producto de circunstancias reales y no meramente de un momento económico difícil o, incluso, de falta de reformas en tal o cual sector. Para poder enfrentar el reto que esto

entraña es necesario comprender la realidad actual, no la del pasado, pues sólo en ese contexto será posible construir los mecanismos institucionales idóneos para el crecimiento económico en esta era de la globalización.

Hacia un nuevo pacto

El tema clave es cómo recrear el pacto que establecía las reglas del juego con nitidez y que fue fundamental para lograr años de crecimiento económico elevado y sostenido. Cómo, en otras palabras, construir el andamiaje institucional que le permita al país tomar las decisiones que urgentemente requiere su desarrollo tanto en el ámbito político como en el económico. Un crecimiento robusto, a diferencia de uno meramente coyuntural, no se va a reiniciar hasta que no se eliminen los obstáculos que ahora lo impiden. Parte de esos obstáculos tiene un carácter esencialmente institucional: en esta era de pluralidad política, se requiere que todas las fuerzas políticas suscriban el contenido esencial de un pacto entre los sectores productivos y el gobierno. Es decir, se requiere de un conjunto de reglas del juego explícito, perfectamente definido y acotado que todas las fuerzas políticas suscriban. Este primer componente de lo que sería un pacto reduciría drásticamente la incertidumbre que caracteriza a la inversión privada y despolitizaría la inversión, facilitando tanto el crecimiento económico como el florecimiento de la democracia.

Pero existe otro componente, mucho más conflictivo, pero igualmente fundamental para el crecimiento, que sería necesario atender para que el crecimiento sea posible. En la actualidad, el país sigue padeciendo los enormes costos de muchos de los innumerables privilegios que se le concedieron a diversos grupos y sindicatos en los años setenta. En todos estos años de reforma a lo largo de los ochenta y noventa se le quitaron beneficios y privilegios a empresas y sindicatos de empresa, se privatizaron empresas antes gubernamentales y se regularizó la situación fiscal de sus contingentes laborales. Sin embargo, nada de eso ha ocurrido en la burocracia o en los sindicatos de empresas públicas, cuyos beneficios y pasivos contingentes ahogan a la economía. Si aspiramos a que se

reactive la economía, tendremos que atender estos enormes rezagos que, por definición, entrañan fuertes connotaciones políticas, dado que representan intereses reales que cruzan sectores y partidos políticos. A pesar de las dificultades, el pacto aquí propuesto, por difícil que pudiera parecer su consecución, es indispensable e impostergable. Este pacto, además, deberá contener un componente intergeneracional: que los jóvenes de hoy asuman la carga de las obligaciones contraídas en materia de pensiones, a cambio de que los candidatos a jubilación acepten las reformas estructurales que la economía necesita para crecer.

Un nuevo pacto tendría que ser coherente con las circunstancias y realidades del mundo de hoy, pues las condiciones de antaño ya no son viables. Es decir, es imposible reconstruir el pacto bajo las bases que existían hace cuarenta años, pues la realidad actual no guarda relación alguna con la de aquella era, además de que hay un sinnúmero de factores que limitan (pero que, al mismo tiempo, conducen) las características de un potencial nuevo pacto, como son los múltiples tratados de libre comercio que el país ha firmado.

Quizá más al punto, la recreación del pacto no puede darse sobre bases que eran posibles en el pasado no sólo porque hay nuevos factores que intervienen en el proceso, sino sobre todo porque nadie en la actualidad aceptaría un pacto implícito. Tal aceptación implicaría que todo mucho ignorara de manera voluntaria todo lo ocurrido –lo bueno y lo malo- a lo largo de los últimos cuarenta años. En un mundo crecientemente integrado en el que un inversionista, mexicano o extranjero, tiene múltiples opciones para invertir, los pactos implícitos son irrelevantes. Lo que cuenta es lo que dicen las leyes y la disposición gubernamental de hacerlas cumplir, así como de su propia disposición a sujetarse tanto a las leyes como a las resoluciones de los tribunales. La única manera de consolidar un pacto en esta era de nuestra historia es por medio de un marco legal fuerte y respetado por todas las partes y para eso se requiere un pacto político entre todos los que, a partir de ese momento, se comprometen a cumplirlo y a subordinarse al marco legal.

Como demuestra el proceso de integración europea a lo largo de las últimas cinco décadas, un entorno legal y político certero y propicio para el crecimiento es la mejor receta para el desarrollo integral de un país. La red de tratados comerciales que ha creado el gobierno mexicano nos ayuda al conferirle certeza al comercio y a la inversión, además de que nos confiere grandes beneficios potenciales en la forma de economías de escala que los productores mexicanos pueden alcanzar, mismos que antes, en el contexto de una economía relativamente pequeña, eran imposibles. El contexto está dado para dar el paso grande. La pregunta es si el entorno político está listo para darlo.

En otras palabras, es cada vez más crítico que exista un régimen legal confiable, además de adecuado para que el crecimiento económico sea posible. El crecimiento depende enteramente de la inversión privada y ésta sólo se da en la medida en que los empresarios encuentran condiciones propicias para planear a largo plazo. En un mundo caracterizado por una aguda y acusada competencia internacional y en el que los inversionistas tienen múltiples opciones de inversión y en el que la localización geográfica es cada vez menos importante para el éxito de la misma, el marco institucional y legal es el factor individual más importante del éxito económico. No es casualidad que los países que cuentan con reglas claras y no cambiantes para el desarrollo económico son los que acaparan la inversión, independientemente de que los costos de operación en sus países no siempre son los menores. Los ejemplos de Singapur, Inglaterra y Estados Unidos son paradigmáticos. Si queremos recuperar la capacidad de crecimiento económico, tenemos que crear un nuevo pacto político y éste sólo es posible a través de un marco legal que se cumple y a prueba de abuso. Esto ciertamente no se construye de la noche a la mañana, pero mientras no comencemos a desarrollarlo, nunca llegaremos ahí.

Conclusión: el futuro se construye hoy y no se construye solo

El futuro no es algo que se da por sí mismo. Más bien, es producto de las decisiones que se van tomando, o no tomando, día con día. El conjunto de decisiones que realiza un gobierno, así como la acumulación de acciones y decisiones que emprenden todos y cada uno de los miembros de una sociedad, va dándole forma a lo que será nuestro futuro. En este sentido, si no nos gusta el presente, tenemos que pensar en las acciones que serían necesarias hoy para que el futuro resulte no sólo muy diferente, sino mucho mejor.

El futuro se construye. Según San Agustín, el tiempo es presente en tres facetas: el presente como lo experimentamos; el pasado como memoria presente y el futuro como expectativa presente. Esta perspectiva del tiempo y del futuro nos dice que el presente determina tanto nuestra visión del futuro como la del pasado. Sin embargo, la del pasado solo se explica en función de la memoria que hoy tenemos de lo que ocurrió antes. En el caso del futuro, lo fundamental es que nuestras acciones de hoy determinan lo que será el futuro mañana. Esta es la perspectiva que anima a la construcción de un futuro mejor.

Si aceptamos la concepción de San Agustín, el futuro no es más que lo que hagamos hoy. Esa manera de observar al mundo es igual tanto si nos dedicamos a construir ese futuro con toda conciencia como si simplemente actuamos de la misma forma en que siempre lo hemos hecho. Es decir, el futuro se construye con lo que hacemos y con lo que no hacemos: todo se acumula para dar forma a las tradiciones, políticas, construcciones y formas de organización económica y social que van conformando el futuro. En este sentido, el futuro se construye cada día. Pero si no hay un claro sentido de intención, un objetivo explícito que perseguir, cualquier camino nos llevará al futuro, pues todos son iguales.

Esta manera de entender el proceso de cambio en una sociedad tiene la gran virtud de que permite entender al futuro no como una resultante inexorable del devenir cotidiano sino también como un posible producto de un proceso de transformación intencional, debidamente concebido, consensuado y planeado. Visto desde esta perspectiva, el futuro del país puede ser muy distinto al que hoy lo caracteriza. El futuro puede ser infinitamente mejor a la realidad actual si se conjuga una serie de condiciones que permitan conducir todos los esfuerzos que

se realizan en un momento dado hacia un proceso de transformación preconcebido y debidamente organizado.

Todas las sociedades que han logrado transformarse y modernizarse, desde Singapur hasta España, Portugal, Chile y Corea, cada una con sus características propias, lo han logrado gracias a que se crearon condiciones propicias para ese proceso de transformación. Es decir, su éxito no se debe a que las cosas hayan cambiado de manera súbita, sino a que se hizo todo lo necesario para que eso ocurriera. Se trata de un proceso intencional, planeado, organizado y que goza de amplia legitimidad social. Crear ese sentido de dirección y organizar a la población y al gobierno para alcanzarlo es el reto fundamental que tenemos en la actualidad.

En busca del camino perdido

Si contrastamos ese esquema de lo deseable con lo que ha ocurrido en las últimas décadas, el panorama es aciago. En medio de la vorágine democrática y descentralizadora que ha caracterizado al país a lo largo de la última década, perdimos algo fundamental: el rumbo al desarrollo que el país parecía haber encontrado tras largo tiempo de indefinición. No hay nada peor para el desarrollo de una nación que la ausencia de rumbo, porque es ahí donde se pierde la sensación de claridad sobre el futuro, se destruyen expectativas y, por si lo anterior no fuera suficiente, aparecen todos los intereses particulares, cuyos beneficios medran del malestar del resto de la población. No menos importante, sin claridad de rumbo no hay certidumbre que es, a final de cuentas, el factor que hace posible el funcionamiento de una economía, tanto para los ahorradores como para los inversionistas. El país tiene que recuperar el camino del crecimiento y del desarrollo.

Lograr un consenso en torno al objetivo del desarrollo es simple y directo. Nadie puede objetar, ni con la razón ni en la práctica, la imperiosa necesidad de alcanzar tasas elevadas de crecimiento económico o de crear condiciones para que sea posible la generación de empleos y de oportunidades para el desarrollo. La claridad y sensatez del objetivo son tan obvias que nadie puede, en su sano juicio,

disputarlas; las dificultades no comienzan en la definición del objetivo, sino en las decisiones concretas que deben adoptarse para hacerlo posible.

El problema no es nuevo. En realidad, el país perdió el rumbo desde finales de los sesenta y sólo lo recuperó de nuevo hacia el final de los ochenta, para volver a extraviarse una década después. La claridad meridiana de rumbo que aportaba el entonces llamado “desarrollo estabilizador”, se disipó cuando este modelo hizo crisis, generada mayormente por las desbocadas políticas en materia fiscal con que se inauguró la década de los setenta. El modelo de desarrollo que le había dado al país casi dos décadas de desarrollo estable, con tasas elevadas de crecimiento del producto, el empleo y el ingreso, había llegado a sus límites y requería ajustes y cambios significativos. Sin embargo, lo que ocurrió en los setenta no fue un ajuste o un cambio menor, sino la destrucción integral de un paradigma que había sido efectivo en las décadas anteriores.

Entre las crisis de los setenta y los ochenta, el país perdió dos décadas antes de encontrar nuevamente un sentido de dirección en materia económica. Aunque en la segunda mitad de los ochenta se hablaba de reformas en la estructura económica, la realidad es que se trataba de un nuevo modelo de desarrollo. Es decir, no se trataba de reformas aisladas e independientes unas de las otras, sino de un proceso de cambio económico que tenía por objetivo la transformación de la economía del país y la creación de nuevas bases para un desarrollo económico sostenido en el largo plazo. El Tratado de Libre Comercio (TLC) norteamericano no era sino la culminación simbólica de un proceso de reformas estructurales que, sin embargo, debía continuar para alcanzar el objetivo final.

Este último punto es crucial: el TLC acabó por convertirse en un fin en sí mismo, en lugar de constituirse en un punto de arranque para una transformación integral del país. Si bien el TLC consolidaba las reformas emprendidas en los años previos a su entrada en vigor, la economía mexicana distaba mucho de encontrarse en condiciones óptimas para competir con el resto del mundo. El TLC nos dio acceso al mercado más grande del mundo y permitió construir un marco legal e institucional tanto para la atracción de inversión productiva como para la resolución de disputas comerciales, pero no resolvió los problemas de

competitividad de cada sector de la industria y región del país. Esos problemas debieron ser objeto de atención gubernamental a lo largo de la década siguiente.

El caso de Canadá es ilustrativo. Con la política “ningún canadiense se quedará fuera”, el gobierno federal de aquella nación creó condiciones óptimas para que cada persona, región y empresa tuviera la oportunidad de beneficiarse del TLC. El gobierno canadiense construyó mecanismos para que los empresarios se informaran de oportunidades y retos, dedicó enormes recursos al reentrenamiento de la población en edad laboral, apuntaló el sistema educativo para que éste empatara las necesidades y requerimientos del proceso productivo. En una palabra, convirtió al TLC en un instrumento para el desarrollo de su país; no esperó a que la competencia rebasara a su población, sino que anticipó las necesidades y transformó un mecanismo comercial en un medio para acelerar el crecimiento económico y el enriquecimiento de su población.

Con la crisis del 94-95, el gobierno mexicano abandonó la pretensión de hacer con el TLC lo que hicieron sus pares canadienses. Si bien se le sacó todo el jugo que era posible dadas las condiciones en que éste se instrumentó (como lo muestran las elevadas tasas de crecimiento alcanzadas entre 1997 y 2000), también se perdieron ingentes oportunidades toda vez que en el camino se perdió el sentido de dirección. El TLC se convirtió en un objetivo, en lugar de ser un medio, y se asumió que los potenciales beneficios evolucionarían por sí mismos. Los resultados de esa falta de acción y decisión los sufrimos hoy en la forma de un estancamiento económico que dura ya varios años. Si bien en algunos momentos a partir de 2004 se han registrado mejores tasas de crecimiento, su ritmo será menor al que hubiera sido posible de haberse continuado con las reformas requeridas.

Hoy nos encontramos nuevamente ante una tesitura crítica. Todo mundo quiere que la economía recupere el crecimiento, pero nadie está dispuesto a cambiar el statu quo para alcanzarlo. Unos se oponen porque no quieren perder privilegios, mientras que otros se apegan a nociones ideológicas caducas que no hacen sino preservar la pobreza relativa del país. La oposición a cualquier reforma es enteramente explicable y lógica (pues, a final de cuentas, cualquier reforma

afectará siempre intereses), no así la falta de una estrategia de desarrollo integral por parte del gobierno. La dinámica política del gobierno actual (y de su predecesor) se ha caracterizado más por la ausencia de una estrategia de desarrollo que por la claridad del rumbo a seguir. De hecho, los opositores a las reformas han tenido mucho más claridad de objetivos que el propio gobierno al proponerlas.

Y ese es el meollo del asunto: en lugar de una estrategia de desarrollo, la dinámica política ha llevado a que se discutan planteamientos de reforma (en lo energético o en lo fiscal, en lo laboral o en las telecomunicaciones) que no siempre son coherentes entre sí, ni son animados por una misma concepción del desarrollo. En otras palabras, el problema del país no reside en la ausencia de tal o cual reforma, sino en la inexistencia de un claro sentido de dirección general. A falta de ese sentido de dirección, las iniciativas de reforma resultan ser superficiales y con frecuencia inoperantes. Cuando se discute cada reforma en lo individual, sin un marco estratégico de referencia, las batallas en torno a cada iniciativa se tornan campales y violentas en un sentido político. Cuando hay un sentido claro de dirección general, las reformas individuales adquieren un dinamismo tal que arrollan a la oposición interesada. El fracaso de las iniciativas de reforma recientes es una expresión de esa ausencia de rumbo y no al revés.

Por algunos años, la cercanía con los mercados más dinámicos le confirió a nuestra economía una ventaja competitiva excepcional. México no sólo contaba con acceso privilegiado al mercado estadounidense, sino que la proximidad, en conjunto con el TLC, convertía al país en una plaza de enorme atractivo para la localización de nuevas plantas industriales. Sin embargo, esas ventajas se fueron erosionando a la par que otras naciones elevaron su productividad de tal manera que nos dejaron atrás. Nosotros, dormidos en nuestros laureles, dejamos que naciones como China nos desplazaran en los mercados de exportación. Aunque se le quieren atribuir condiciones mitológicas al éxito chino, lo cierto es que México se rezagó en todos los órdenes: desde el educativo hasta el de infraestructura, pasando por lo fiscal y la eliminación de obstáculos burocráticos. Mientras que los chinos remueven impedimentos para la creación de empresas nuevas, en México

hacemos cada vez más oneroso el privilegio de contribuir al crecimiento de la economía. El éxito chino en nuestros mercados de exportación se explica al menos en parte por nuestra incapacidad para resolver problemas elementales en materia de infraestructura que ellos han sabido manejar con mayor sabiduría.

El éxito de la economía mexicana está severamente determinado por el entorno internacional en que vivimos. Cuando México lanzó la iniciativa de negociar un TLC norteamericano, el país llevaba la delantera en el proceso de desarrollo. Diez años después, ese espíritu de avance se ha extinguido y ya no resulta claro cuál es el objetivo que se persigue. Desde el terreno de lo abstracto, es obvio que se busca el crecimiento, pero una vez que se intenta aterrizar ese objetivo, lo que encontramos es encono y parálisis. China no permitió la inversión privada en electricidad porque soslayara el tema de la soberanía. Justamente porque reconoció que la soberanía se fortalece con una economía más fuerte y pujante es que emprendió reformas en el sector. La reforma eléctrica en China fue un medio para el fin buscado y no un objetivo imposible como se discute en México en la actualidad.

Las oportunidades para el desarrollo económico del país son enormes, pero no van a darse por sí mismas. Se requiere de una concepción clara de lo que se persigue y de una gran habilidad para aterrizarla. Hoy no tenemos la claridad de miras ni la disposición de las fuerzas políticas para hacerla posible. El gran problema es que la competencia a nivel internacional crece cada minuto. China sigue reformando sus estructuras, Malasia eleva la calidad de su educación e India penetra los mercados de servicios de información. México podría estar en todos esos mercados, pero parece seguir esperando algún milagro sobrenatural.

Las últimas décadas son testimonio fehaciente de que no hemos sido capaces de articular una estrategia de desarrollo que le dé sentido de dirección al país. Es decir, no hemos sido capaces de sostener un proceso transformador que es la única manera en que el país se va a modernizar y, en el camino, crear los empleos y las oportunidades que la población con justicia demanda. Es tiempo de reconocer que el futuro se construye hoy, pero que tiene que ser construido. El futuro no se construye sólo: más bien, es producto de lo que hagamos todos y

cada uno de nosotros en todas nuestras actividades cotidianas.

¿Hacia dónde?

No basta con definir un rumbo. El rumbo que se defina también tiene que ser factible. Esto que parecería de Perogrullo, es un problema central en la era de la historia que nos ha tocado vivir. Las cosas cambian tan rápido que en ocasiones es imposible anticipar el ritmo o dirección de los acontecimientos. Lo que sí es claro es que muchas de las nociones que se encuentran profundamente arraigadas en nuestro sistema político e imaginario colectivo respecto a lo que genera crecimiento y riqueza son profundamente erradas. Este libro ha tratado de explicar por qué ha cambiado todo y qué se puede hacer para recobrar el camino. Lo que sigue es un replanteamiento de las ideas centrales.

Ante todo, es clave reconocer que lo que hizo ricas a las sociedades de antaño ya no les permite funcionar en la actualidad. Mientras que la minería y la agricultura sostuvieron a nuestra economía por siglos, hoy son los servicios y, sobre todo, los servicios derivados del uso del raciocinio y la información, los que generan riqueza. La producción de acero y vidrio (además de maíz y plata), por dar dos ejemplos históricos, se ha convertido en un proceso estandarizado en el que el valor agregado es muy pequeño y donde la competencia es tan acusada que es muy difícil derivar un gran beneficio en términos de crecimiento económico o riqueza de ahí. En la era de los servicios, han dejado de ser relevantes muchos de los criterios y marcos de referencia que sirvieron de fundamento para el desarrollo agrícola e industrial. Lo relevante en esta era es la agregación de valor, proceso que ocurre a través del desarrollo de redes, marcas, sistemas de distribución y otros medios que muchas veces tienen más que ver con conceptos que con productos o bienes tangibles. Por ello, nuestros esfuerzos y recursos deberían concentrarse en el desarrollo de productos y servicios de alto valor agregado, para lo cual tendríamos que reformular muchas de nuestras instituciones (como la educación y los sindicatos) a fin de darle viabilidad al país en el futuro.

En segundo lugar, aunque a lo largo de la última década se ha logrado recuperar

la estabilidad macroeconómica, se entiende poco su importancia. Sigue permeando en el discurso público y político la noción de que la inflación no es tan mala como se pensaba y que un déficit fiscal puede convertirse en el estímulo que hacía falta para acabar de transformar a la economía. La realidad es exactamente la opuesta. Sin estabilidad macroeconómica es imposible elevar la productividad y sin elevar la productividad es imposible crear riqueza y generar empleos. No hay nada más importante que la productividad para el crecimiento de una economía y ésta sólo se desarrolla en el contexto de una situación financiera y económica estable. Una requiere de la otra.

La pregunta es cómo enfocar nuestras baterías para recuperar el camino. La economía jamás se había comportado como lo hace en el siglo XXI: todo cambia y todo se transforma. Hoy en día ya no hay factores fijos que garanticen el desarrollo, con la posible excepción de la tierra. Son las expectativas y la información los factores que determinan el desarrollo de una economía. Y, en este contexto, lo que determina el éxito es menos el anhelo de los políticos que la efectividad institucional que perciben los inversionistas, pues estos se concentran en aquellos lugares que les den la mayor certidumbre y los menores costos en el corto plazo. En la medida en que se tienen regímenes estables, tanto en términos económicos como políticos, tal como sucede en una democracia, es mucho más fácil ponerse de acuerdo y lograr la estabilidad.

Sin duda, nuestra gran falla radica precisamente ahí. Las instituciones mexicanas fueron diseñadas en otra época, para dar cabida a todos los grupos políticos que luego conformaron al PRI y que hicieron posible la estabilidad política que caracterizó al país por medio siglo. Pero el mundo cambió, mientras que han permanecido esas mismas instituciones. Lo que es peor, la apertura tanto política como económica, así como la tolerancia política se dieron bajo la misma lógica priísta de apaciguamiento de grupos. Aunque se abrió el sistema electoral, no se ha creado un verdadero sistema competitivo que permitiera un sistema de decisiones colectivo en el que toda la ciudadanía participa y comparte tanto los costos como los beneficios. Seguimos utilizando la lógica de un sistema de efectividad presidencial, cuando en la realidad ya no existe ese poder, y quienes

ahora lo comparten tienen un horizonte de planeación muy corto. Esto incluye a legisladores (locales y federales), al sistema judicial, a los medios de comunicación y a las iglesias.

Llegamos bajo la lógica de la dádiva, más no en la de un ejercicio de poder compartido y responsable. Los partidos representan a sus grupos de interés, más que a los ciudadanos. Este andamiaje es hoy en día esclerótico y no permite facilitar la toma de decisiones que, bajo una lógica de horizonte medio o largo, podrían ser muy sencillas de tomar. Y el resultado de todo esto es que se complica de gran manera el hacer negocios y, por tanto, se extingue el atractivo para inversionistas, tanto nacionales como extranjeros. Todo en el país es costoso: desde los trámites hasta la energía. En lugar de hacer públicos los contratos laborales de los proveedores de la energía, lo que reduciría la corrupción, elevaría la productividad e incorporaría una saludable transparencia a la función pública, se protege a personas y entidades, independientemente del partido en el poder.

El tema clave es cómo lograr que los actores políticos cooperen y que, en lugar de ver siempre hacia el corto plazo, amplíen su horizonte de planeación. Contamos con las instituciones para lograr que se dé el marco de estabilidad. Faltan cambios, no espectaculares, para lograr que se logre el funcionamiento de partidos y Congreso. Esos cambios deben partir de un acuerdo sobre lo elemental: la democracia, el imperio de la ley y los derechos de propiedad. Nada de esto es esotérico o particularmente nuevo; tampoco implica grandes reformas, pero sí grandes implicaciones. Con cambios mínimos, sería posible ampliar el horizonte de visión tanto para políticos y burócratas como de los empresarios al lograr su cooperación cada uno en la esfera de su competencia. Con ello sería más fácil tomar la decisión de arriesgar más ahorro para nuevas inversiones.

El tiempo apremia. Lo que se logre o no en el futuro depende de lo que hagamos hoy. Esto es cierto tanto en el ámbito interno como en el externo. La población rural mexicana migra de manera inexorable. La vinculación con Estados Unidos es creciente, pero persisten las dudas sobre el camino que hay que seguir. Los partidos se duermen en sus laureles, suponiendo que el tiempo perdido se puede

recuperar. La realidad, todos la sabemos, es que el tiempo pasa sin que el país mejore. Es tiempo de decisión y de organización. Es tiempo de definir imperativos clave en materia de nuestra relación con Estados Unidos y en torno a la macroeconomía. De no menor importancia es la urgencia de definir, y actuar, en torno a la economía del conocimiento que poco a poco lo domina todo. Es tiempo de innovar y de construir. Es tiempo de construir el futuro. Lo que no se construya hoy, se perderá para siempre.

Bibliografía

Aghion, Philippe, and Peter Howitt. "A Model of Growth Through Creative Destruction," *Econometrica* 60 (2), March 1994.

Alesina Alberto and Dani Rodrik, Distributive politics and economic growth, *Quarterly Journal of Economics*, May 1994, Volume 109, Issue 2, pp.465-490.

Baily, Martin Neil, Charles Hulten and David Campbell, "Productivity Dynamics in Manufacturing Plants," *Brookings Papers on Economic Activity. Micro*: 1992, 187-268.

Banerjee Abhijit and Duflo Esther, Inequality and Growth: What Can the Data Say?, *Journal of Economic Growth*, September 2003, Volume 8, Issue 3, pp.267-299.

Barro Robert J., *Determinants of Economic Growth*, Cambridge, MA: MIT Press, 1997.

Becker, Gary. (1994) *Human Capital : A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*. Third Edition.

Bénabou, R. 1996. "Inequality and Growth". In: B.S. Bernanke and J.J. Rotemberg, editors. *NBER Macroeconomics Annual*. Volume 9. Cambridge, United States: MIT Press.

Berman, Eli, John Bound, and Stephen Machin. "Implications of Skill-Biased Technological Change: International Evidence," *NBER Working Paper* 6166, September 1997.

Berman, Eli, John Bound, and Zvi Griliches. "Changes in the Demand for Skilled Labor within U.S. Manufacturing: Evidence from the Annual Survey of Manufacturing," *Quarterly Journal of Economics* 109, May 1994, pp. 367-98.

Bhagwati, Jagdish y T.N. Shrinivasan, "Trade and Poverty in the Poor Countries", *American Economic Review Papers&Proceedings*, Mayo 2002.

Brynjolfsson, Erik, and Lorin Hitt, "Beyond Computation: Information Technology, Comité Técnico para la Medición de la Pobreza, Variantes metodológicas y estimación preliminar, Serie: Documentos de investigación, Secretaría de Desarrollo Social, México, 2002.

Commission Reform USA – SER. (1997), Mexico. Estudio binacional México – Estados Unidos sobre migración, y

Consejo Nacional de Población (CONAPO). México en cifras. Proyecciones de la Población de

México 2000 – 2050. <http://www.conapo.gob.mx/00cifras/5.htm>

Convención Nacional Hacendaria. (2003). Documentos de trabajo, mimeo.

Cornelli, Francesca, and Mark Schankerman. "Patent Renewals and R&D Incentives," *RAND Journal of Economics* 30 (2), Summer 1999, pp. 197-213.

Cortés Fernando, D. Hernández, E. Hernández Laos, M. Székely y H. Vera Llamas, *Evolución y Características de la pobreza en México en la última década del siglo XX*, *Economía mexicana*. Nueva Época, vol. XII, núm 2, segundo semestre de 2003.

Cortés, F., D. Hernández, E. Hernández, M. Székely y H. Vera (2002) "Evolución y Características de la Pobreza en México en la Última Década del sigloXX". SEDESOL serie de Documentos de Trabajo 2002-2.

Datt, G. and Ravallion, M. "Growth and Redistribution Components of Changes in Poverty Measures. A Decomposition Analysis with Applications to Brazil and India in the 1980s", *Journal of Development Economics*, pp. 275-95, 1992.

Davies, Gavyn, Martin Brookes, and Neil Williams. "Technology, the Internet and the New Global Economy," *Global Economics Paper No. 39*, March 2000.

De Soto, Hernán. (1992), *El Otro Sendero*, Ed. Sudamericana.

Deaton, A. (1997). *The analysis of Household Surveys: A Microeconomic Approach to Development Policy*. Johns Hopkins University Press.

Economics and the New Economy: The Invisible Hand Meets Creative Destruction Leonard I. Nakamura

Edwards, Sebastián y Rudiger Dornbusch. (1992) *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, University of Chicago Press.

Farrell, Diana, Puron, Antonio y Jaana Remes. (2005) "Beyond cheap labor, Lessons for developing economies", *McKinsey Quarterly*, Núm. 1.

Fondo Monetario Internacional. *GDP growth, potencial output and output gaps in Mexico, 2004*.

Fortin, Nicole M., and Thomas Lemieux. "Institutional Changes and Rising Wage Inequality: Is There a Linkage?" *Journal of Economic Perspectives*, 11 (2) Spring 1997, pp. 75-96.

Frank, Robert H., and Philip J. Cook. *The Winner-Take-All-Society*. New York: Viking Penguin, 1996.

Galeano, Eduardo. (1971). *La venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI.

Gleick, James. *Faster: The Acceleration of Just About Everything*. New York: Pantheon, 1999.

Gottschalk, Peter. "Inequality, Income Growth and Mobility: The Basic Facts," *Journal of Economic Perspectives*, 11 (2) Spring 1997, pp. 21-40.

Griliches, Zvi. "Productivity, RD, and the Data Constraint," *American Economic Review*, Vol. 84, No. 1, March 1994, PP. 1-23.

Grossman, Gene M., and Elhanan Helpman. *Innovation and Growth in the Global Economy*. Cambridge: MIT Press, 1991.

Hall, Robert E., "E-Capital: The Link between the Stock Market and the Labor Market in the 1990s,"

Brookings Papers on Economic Activity, 2000, (2), 73-118.

Hunt, Robert. "Patent Reform: A Mixed Blessing for the United States Economy?" Federal Reserve Bank of Philadelphia Business Review, November/December 1999, pp. 15-29.

Instituto Mexicano para la Competitividad, "Competitividad en el transporte de carga", en Los retos de la competitividad en México. Una agenda de reformas inmediatas, México, CIDAC/IMCO, 2004, p. 13.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, Documento Metodológico, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México, 1994.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares. Años de 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2002, 2004.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Banco de información Económica. <http://dgcnesyp.inegi.gob.mx>

Jorgenson, Dale W., "Information Technology and the US Economy," American Economic Review, 91 (1) March, 2001, 1-32.

Jorgenson, Dale W., and Kevin J. Stiroh, "Raising the Speed Limit: U.S. Economic Growth in the Information Age," Brookings Papers on Economic Activity, 2000, (1), 125-211.

Knight, Frank. Risk, Uncertainty and Profit. Boston: Houghton Mifflin, 1921.

Krugman, Paul R. "The Adam Smith Address: What Difference Does Globalization Make?" Business Economics (January 1996b), pp. 7-10.

Krugman, Paul R. Pop Internationalism, MIT Press, 1996a.

Krugman, Paul, "In praise of cheap labor", mimeo, p. 6. Publicado en Slate, 20 de marzo de 1997.

Krugman, Paul. Peddling Prosperity. New York: Norton, 1994.

Levy, Santiago (1994). La Pobreza en México. FCE, México.

Litan, Robert E., "Projecting the Economic Impact of the Internet," American Economic Review, May 2001(Papers and Proceedings), 91 (2), May, 2001.

Maddison, Angus. Monitoring the World Economy 1820-1992. Paris: OECD, 1995.

Maloney, W. (1999). "Does Informality Imply Segmentation in Urban Labor Markets? Evidence from Sectoral Transitions in Mexico". The World Bank Economic Review. 13(2):275-302

Mandel, Michael J. The High-Risk Society: Peril and Promise in the New Economy. New York: Random House, 1998.

Markoff, John, "Researchers Make an Ultra-Tiny Chip" New York Times, National section page 30, Sunday, June 10, 2001.

McConnell, M., and G. Perez-Quiros, "Output Fluctuations in the United States: What Has Changed Since the Early 1980s?" American Economic Review, December 2000, 90 (5), 1464-76.

Nakamura, Leonard. "Is the U.S. Economy Really Growing Too Slowly? Maybe We're Measuring Growth Wrong," Federal Reserve Bank of Philadelphia Business Review, March/ April 1997.

Nakamura, Leonard. "The Retail Revolution and Food-Price Measurement," Federal Reserve Bank

of Philadelphia Business Review, May/June 1998.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2004) Learning for Tomorrow's World. First Results from PISA 2003.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. Repaso a la Enseñanza: indicadores de la OCDE. OCDE, 2004. SEP. Plan Nacional de Educación 2001-2006. México.

Banco Mundial, Doing Business in 2005, Oxford University Press, 2005

Organizational Transformation and Business Practices." Journal of Economic Perspectives, 14 (4), Fall 2000, 23-48.

Penn World Table, http://pwt.econ.upenn.edu/php_site/pwt61_form

Persson Torsten. and Guido Tabellini, Is inequality harmful for growth? American Economic Review, June 1994, Volume 84, Issue 3, pp.600-621.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2003). Informe sobre el Desarrollo Humano: México 2002.

Psacharopolous, G. "Contributions of Education to Economic Growth: International Comparisons", en J.W. Kendrick, ed., International Comparisons of Productivity and Causes of Slowdown. Cambridge. American Enterprise Institute/Ballinger, p. 337.

Rodrik, D. (1998), "Where Did all the Growth Go? External Shocks, Social Conflict and Growth Collapse", National Bureaus of Economic Research Working Paper, No. 6350.

Romer, Paul M. "Endogenous Technical Change," Journal of Political Economy 98, 1990, pp. S71-S102.

Romer, Paul M. "Increasing Returns and Long-Run Growth," Journal of Political Economy 94, 1986, pp. 1002-37.

Rose, Mark. Authors and Owners: The Invention of Copyright. Cambridge: Harvard University Press, 1993.

Samuelson, Paul A. (1954). "The Pure Theory of Public Expenditure". Review of Economics and Statistics 36 (4): 387-389.

Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS). Encuesta Nacional de Empleo. 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004. <http://www.stps.gob.mx/>

SEDESOL, Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (2002) "Medición de la Pobreza: Variantes Metodológicas y estimación Preliminar". SEDESOL serie de Documentos de Trabajo 2002-1.

Stiglitz, Joseph E. Whither Socialism? Cambridge: MIT Press, 1994.

Székely, M. (2003) "Es Posible un México con Menor Pobreza y Desigualdad". SEDESOL serie de Documentos de Trabajo 2003-5.

Székely, M. (2005) "Pobreza y Desigualdad en México entre 1950 y El 2004" Serie de Documentos de Investigación, Secretaría de Desarrollo Social, México DF, 2004.

Székely, M., y E. Rascón, "México 2000-2002: Reducción de la Pobreza con Estabilidad y Expansión de Programas Sociales", Serie de Documentos de Investigación, Secretaría de

Desarrollo Social, México DF, 2004.

Tornell, A., Westermann, F, y Martinez, L, NAFTA and Mexico's Less-Than-Stellar Performance, NBER Working Paper No 10289, Feb, 2004.

United States Patent and Trademark Office. Patent Statistics Reports Available For Viewing. Statistics By Calendar Year, Extended Year Set - Historic Patent Counts by Country/State and Year, Utility Patents Report http://www.uspto.gov/web/offices/ac/ido/oeip/taf/reports.htm#pat_trends

Watson, Thomas J. Jr. Father, Son & Co.: My Life at IBM and Beyond. New York: Bantam, 1990.

Williamson, Jeffrey G., Is Protection Bad for Growth? Will Globalization Last? Looking for Answers in History, Paper delivered to the 13th Congress of the International Economic History Association, Session "Historical Perspectives on Structural Changes in the World Economy, 1980-2000," Buenos Aires (July 21-26, 2002).

El periodo de las crisis y el ajuste de la década de los 80 lo analizan a profundidad Sebastián Edwards y Rudiger Dornbusch en un muy recomendable material titulado The Macroeconomics of Populism in Latin America, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

En 2003, la Convención Nacional Hacendaria advirtió que el déficit actuarial de los sistemas de pensiones del ISSSTE y de los estados había alcanzado 70 por ciento del PIB. Y si se sumaban los pasivos del IMSS por Retiro, Jubilaciones y Pensionados (RJP), los del sector paraestatal y de la banca de desarrollo, la cifra se acercaba a 100 por ciento del PIB. Un año después, los pasivos aumentaron 50 por ciento, y ahora equivalen a 1.5 veces el PIB.

La metodología establece tres líneas de pobreza. La primera de ellas, denominada "pobreza alimentaria", identifica a población cuyo ingreso es inferior al necesario para adquirir una canasta suficiente de alimentos. De acuerdo con el último valor dado a conocer por el Comité Técnico, el ingreso mensual requerido fue de \$739.6 y \$548.17 pesos a precios del año 2004, por persona para zonas urbanas y rurales, respectivamente. La segunda línea se denomina "pobreza de capacidades" y se refiere al ingreso que permite cubrir las necesidades mínimas de alimentación, pero que es insuficiente como para realizar la inversión necesaria en la educación y la salud para cada miembro del hogar. En este caso, el ingreso mensual establecido fue de \$909.71 y \$651.77 pesos de 2004 por persona para zonas urbanas y rurales, respectivamente. Finalmente, la tercera línea se denomina "pobreza de patrimonio" y se refiere a la población que cuenta con el ingreso suficiente para cubrir sus necesidades mínimas de alimentación, educación y salud (superior a la línea de pobreza de capacidades), pero que no les permite adquirir los mínimos aceptables de vivienda, vestido, calzado y transporte, para cada uno de los miembros del hogar. El ingreso establecido para esta línea de pobreza equivalió a \$1,487.34 y \$1000.4 pesos de 2004 por persona para zonas urbanas y rurales, respectivamente. Cada línea de pobreza se actualiza utilizando el Índice Nacional de Precios al Consumidor (INPC) por objeto de gasto. De esta forma, cada rubro de la línea de pobreza respectiva se deflacta. Esto supone que tanto los patrones de consumo como las preferencias y necesidades de los individuos no varían en el tiempo.

Székely, Miguel (2005).

Una explicación detallada de este hecho se encuentra documentada en Székely y Rascón (2004). Commission Reform USA – SRE Mexico. Estudio binacional México – Estados Unidos sobre migración, 1997 y estimaciones de CONAPO.

Las nueve divisiones de actividad económica son: Agropecuario; Silvicultura y Pesca; Minería; Industria Manufacturera; Construcción; Electricidad; Gas y Agua; Comercio; Restaurantes y Hoteles; Transporte; Almacenaje y Comunicaciones; Servicios Financieros; Seguros; Actividades Inmobiliarias y de Alquiler y Servicios Comunales; Sociales y Personales.

A su vez la Industria Manufacturera se divide de la siguiente manera: Productos Alimenticios; Bebidas y Tabaco; Textiles; Prendas de Vestir e Industria del Cuero; Industria de la Madera y Productos de Madera; Papel; Productos de Papel; Imprenta y Editoriales; Químicas; Derivados del Petróleo y Plástico; Minerales no Metálicos sin Petróleo y Carbón; Industrias Metálicas Básicas; Productos Metálicos; Maquinaria y Equipo; y, Otras Industrias Manufactureras.

La definición de bien público puede encontrarse en Paul A. Samuelson (1954). "The Pure Theory of Public Expenditure". *Review of Economics and Statistics* 36 (4): 387-389. Es un término económico estandarizado para referirse a bienes que, una vez producidos, benefician a todos. Por ejemplo, un marco legal, sistema de justicia, normas y estándares; un medio ambiente limpio o la educación extendida. Los bienes públicos tienen la propiedad de no rivalizar en cuanto a consumo o exclusividad, la paz por ejemplo cuesta poco o nada para que la disfruten otros individuos.

G. Psacharopolous. "Contributions of Education to Economic Growth: International Comparisons", en J.W. Kendrick, ed., *International Comparisons of Productivity and Causes of Slowdown*. Cambridge. American Enterprise Institute/Ballinger, p. 337.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. Repaso a la Enseñanza: indicadores de la OCDE. OCDE, 2004.

SEP. Plan Nacional de Educación 2001-2006. México.

Banco Mundial, *Doing Business in 2005*, Oxford University Press, 2005

De Soto, Hernán. *El Otro Sendero*, Ed. Sudamericana, 1992.

McKinsey, "Food Retail Sector Cases" en *New Horizons: Multinational Company Investment in Developing Economies*, McKinsey Global Institute, San Francisco, octubre 2003.

Tornell, A., Westermann, F, y Martinez, L, *NAFTA and Mexico's Less-Than-Stellar Performance*, NBER Working Paper No 10289, Feb, 2004.

Galeano, Eduardo. *La venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI.

No obstante, debe señalarse que la condena latinoamericana de la globalización no carece necesariamente de fundamento histórico, pero debiera acotarse a la mediocre experiencia del periodo de "globalización mercantilista" de 1492-1820, época coincidente con la etapa colonial latinoamericana. Ese fue un periodo en el que, en efecto, la enorme expansión del comercio

internacional trajo reducidos beneficios a las poblaciones del mundo, gracias entre otras cosas a la proliferación de sobrepuestos monopólicos, restricciones arancelarias y no arancelarias, guerras y piratería. La globalización que el mundo ha vivido a partir de 1950 tiene características diferentes. La diferencia fundamental entre ambas épocas consiste en que la globalización reciente sí se ha traducido en la reducción de las diferencias de los precios de mercancías entre los países del mundo, mientras que la "globalización mercantilista" del pasado no trajo consigo esa reducción de los precios pagados por la población. Ver Williamson, Jeffrey G., Is Protection Bad for Growth? Will Globalization Last? Looking for Answers in History, Paper delivered to the 13th Congress of the International Economic History Association, Session "Historical Perspectives on Structural Changes in the World Economy, 1980-2000," Buenos Aires (July 21-26, 2002), pp. 2-5.

Bhagwati, Jagdish y T.N. Shrinivasan, "Trade and Poverty in the Poor Countries", American Economic Review Papers&Proceedings, Mayo 2002, p.6.

Krugman, Paul, "In praise of cheap labor", mimeo, p. 6. Publicado en Slate, 20 de marzo de 1997.

Ver Farrell, Diana, Puro, Antonio y Jaana Remes "Beyond cheap labor, Lessons for developing economies", McKinsey Quarterly, Núm. 1, 2005, pp. 6-7.

Ver Instituto Mexicano para la Competitividad, "Competitividad en el transporte de carga", en Los retos de la competitividad en México. Una agenda de reformas inmediatas, México, CIDAC/IMCO, 2004, p. 13.